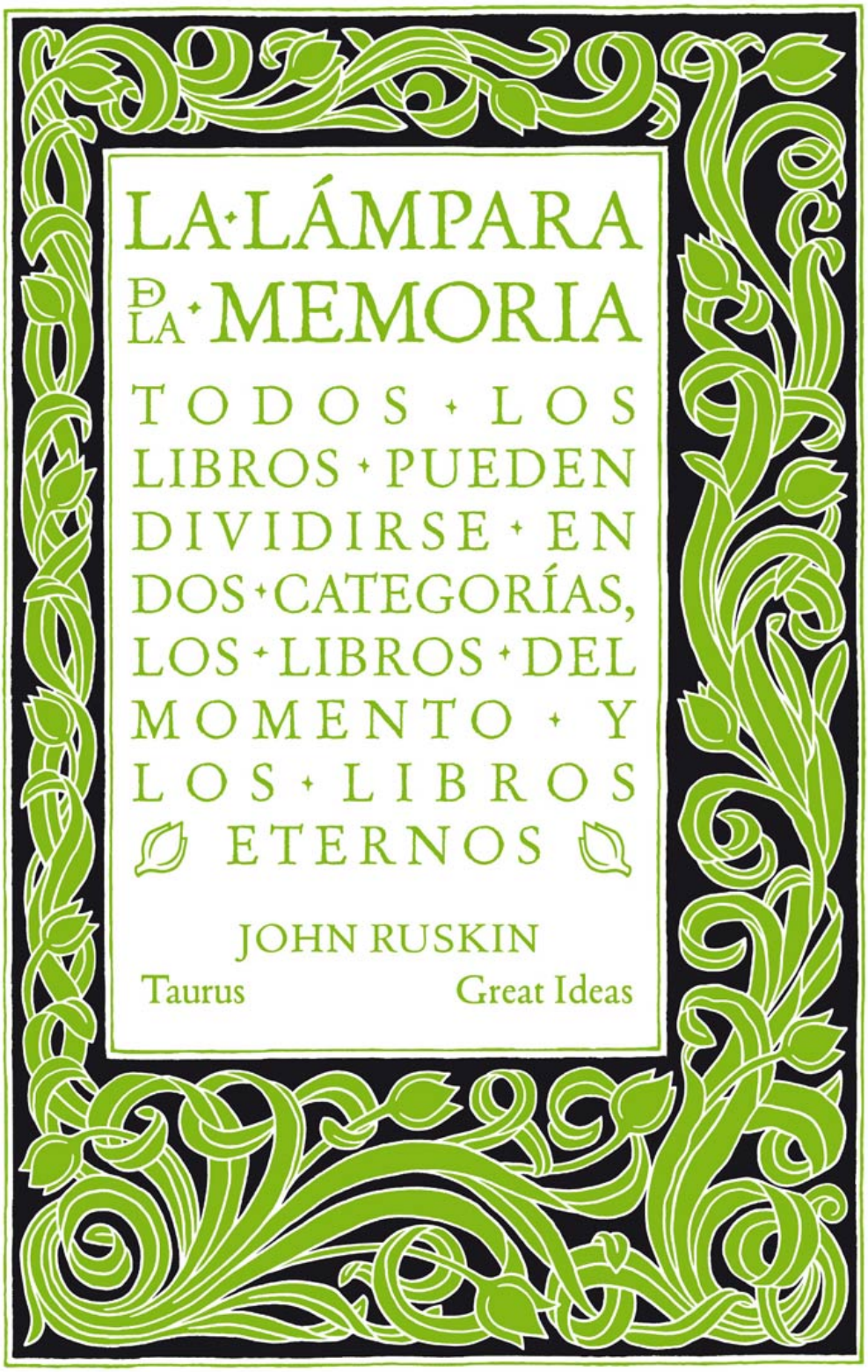
LA LÁMPARA DE LA MEMORIA

TODOS LOS LIBROS PUEDEN DIVIDIRSE EN DOS CATEGORÍAS, LOS LIBROS DEL MOMENTO Y LOS LIBROS ETERNOS

JOHN RUSKIN

Taurus Great Ideas


LA·LÁMPARA
Y LA·MEMORIA
TODOS · LOS
LIBROS · PUEDEN
DIVIDIRSE · EN
DOS · CATEGORÍAS,
LOS · LIBROS · DEL
MOMENTO · Y
LOS · LIBROS
ETERNOS
JOHN RUSKIN
Taurus
Great Ideas

John Ruskin

La lámpara de la memoria

TRADUCCIÓN DE ANTONIO LOZANO

GREAT IDEAS

taurus

Índice

Portadilla
Índice
La lámpara de la memoria
Escuela de Arte de Cambridge: discurso inaugural (1858)
Sobre la tesorería de los reyes
Tráfico
Notas
Notas del traductor
Notas de la conversión
Créditos
Grupo Santillana

La lámpara de la memoria

Entre las horas de su vida a las que este escritor echa la vista atrás con mayor gratitud, por haber estado marcadas por algo más que el común gozo absoluto o la claridad de una enseñanza, se cuenta una que aconteció hace algunos años, cerca de la puesta de sol, entre los abundantes restos de pinares rotos que rodean el curso del Ain, por encima del poblado de Champagnole, en el Jura. Se trata de un enclave que reúne toda la solemnidad, mas nada del salvajismo, de los Alpes; donde uno puede sentir el arranque de un gran poder que emana de la tierra, así como una profunda y majestuosa concordia en el modo en que se alzan las extensas líneas bajas de las colinas de pinares; los acordes iniciales de las sinfonías creadas por esas vigorosas montañas, prestas a elevar su volumen y a irrumpir con estruendo a lo largo de las almenas de los Alpes. Su poder, sin embargo, permanece contenido; y las lejanas crestas de las pastoriles montañas se suceden unas tras otras, al modo en que un susurrante y amplio oleaje, proveniente de algún remoto mar tormentoso, agita unas aguas tranquilas. Y existe una honda ternura que impregna tan vasta monotonía. Las fuerzas destructivas y la adusta expresión de las cordilleras centrales son convocadas por igual. No existen senderos del antiguo glaciar que, arados por la escarcha o sembrados de polvo, inquieten a las pasturas del Jura; no hay astilladas pilas de ruinas que rompan las ordenadas hileras de su bosque; no hay pálidos, contaminados ni furiosos ríos que irrumpan entre sus rocas con sus modos bruscos y cambiantes. Pacientemente, remolino a remolino, riachuelos de un verde prístino serpentean a lo largo de sus conocidos lechos; y, bajo el oscuro sosiego de los imperturbados pinos, año tras año brota una compañía de jubilosas flores para la que no he encontrado parangón entre el resto de bendiciones de la tierra. Nos hallábamos en primavera y salían formando racimos unidos de puro amor; había sitio para todos, pero aplastaban sus hojas generando toda suerte de dibujos extraños con el solo deseo de estar cerca las unas de las otras.

Estaba la anémona de bosque, estrella tras estrella, plegándose de tanto en tanto en una nebulosa; y estaba la oxalis, tropa tras tropa, como las procesiones virginales del Mois de Marie, los oscuros y verticales hoyuelos en la caliza rebosantes de ella, como si se tratara de nieve endurecida, y con muestras de hiedra en los márgenes; hiedra tan ligera y encantadora como la vid; y, de forma intermitente, un borbotón azul de violetas y campanillas de prímulas en rincones soleados; y en terrenos más abiertos, la algarroba, la consuelda, el mezereón y los diminutos capullos de color zafiro de la Polygiana Alpina, así como la fresa salvaje, apenas una floración o dos, esparcidas todas entre la suavidad dorada del profundo, cálido y ambarino musgo. Enseguida desemboqué en el filo de un barranco: el solemne murmullo de las aguas se elevó de repente del suelo, mezclado con el canto de los tordos en las ramas de los pinos; y, en el lado opuesto del valle, amurallado en toda su extensión por grises acantilados de caliza, se veía a un halcón navegando lentamente por sus cimas, tocándolas casi con sus alas, mientras las sombras de los pinos titilaban sobre su plumaje desde las alturas; el ímpetu de un centenar de brazas bajo su pecho y los rizados remansos del verdoso río deslizándose y reluciendo vertiginosamente allá abajo, sus globos de espuma desplazándose con el ave durante su vuelo. Resultaría difícil concebir una escena menos dependiente de otros intereses que no fueran su propia belleza, recóndita y grave; mas el escritor bien recuerda el vacío y el frío que súbitamente la cubrieron, al tratar, por un momento y en aras de llegar a las fuentes del sobrecogimiento que provocaba, de imaginársela perteneciendo a un bosque aborigen del Nuevo Continente. En un instante las flores perdieron su luz, el río, su música; las colinas se tornaron opresivamente desoladoras; una pesadez en las ramas del umbrío bosque reveló cuánto de su antiguo poder había dependido de una vida que no le era propia, cuánta de la gloria de lo imperecedero o de lo continuamente novedoso en la creación es, en verdad, un reflejo de cosas más preciadas por la memoria que por la renovación misma. Aquellas flores que brotaban y aquellos estanques que fluían sin descanso se habían visto teñidos por los vivos colores de la resistencia, el valor y la virtud humanas; y las marronosas cimas de las colinas, que se recortaban contra el cielo del atardecer, eran objeto de una mayor adoración porque sus lejanas sombras descendían por el este sobre los muros de hierro de Joux y el incólume castillo de Grandson.

Es en tanto que núcleo y protección de tan sagrada influencia que debemos contemplar a la Arquitectura con la máxima seriedad. Podemos vivir sin ella, adorar sin ella, pero no podemos recordar sin ella. Cuán fría es toda historia, cuán desprovista de vida toda imaginería en comparación con aquello que contiene el mármol incorrupto y sobre lo que decide escribir una nación despierta, cuántas páginas de dudosos recuentos podríamos ahorrarnos de no ser ¡por unas pocas piedras apiladas las unas sobre las otras! La ambición de los antiguos constructores de Babel estaba bien encaminada a las necesidades de este mundo: no hay más que dos vigorosos conquistadores del carácter olvidadizo del hombre, la Poesía y la Arquitectura; y esta última, en cierto modo, contiene a la primera, siendo su realidad más poderosa; es bueno contar no solo con aquello que el individuo ha pensado y sentido, sino también con aquello que sus manos han acarreado, su fuerza, forjado, y sus ojos, contemplado, todos los días de su vida. La época de Homero está envuelta en sombras y su personalidad en dudas. No tanto la de Pericles: se acerca el día en que deberemos confesar que hemos aprendido más acerca de Grecia gracias a los pedazos de sus desmoronadas esculturas que a los bellos relatos de sus cantores o de sus belicosos historiadores. Y si ciertamente podemos sacar algún provecho de nuestro conocimiento del pasado, o algún gozo de la conciencia de que seremos recordados por la posteridad, lo cual a su vez puede otorgarnos fuerzas de cara a desempeñar el esfuerzo, o paciencia para resistir, ello radica en la inconmensurable importancia detrás de los dos deberes de la arquitectura nacional: el primero, proyectar la arquitectura del presente con miras históricas; y, el segundo, preservar la arquitectura del pasado como la más valiosa de las herencias.

Es dentro de la primera de estas direcciones que podemos afirmar que la Memoria es en verdad la Sexta Lámpara de la Arquitectura, porque los edificios civiles y domésticos solo adquieren su plena perfección al apuntar a la memoria y a la monumentalidad; y ello porque, a tal efecto, son, por un lado, erigidos de un modo estable y, por el otro, sus motivos decorativos están impregnados de significados históricos o metafóricos.

En lo que respecta a los edificios domésticos, el hombre siempre debe imponer a su corazón y a su poder ciertos límites en la aplicación de estos principios; de todos modos, no puedo dejar de ver como una muestra de maldad el que una persona construya su casa con la intención de que

perdure una sola generación. La casa de un buen hombre posee una santidad que no puede ser renovada con cada bloque de pisos que se alce desde sus ruinas: y creo que los buenos hombres son, por lo general, capaces de percibirlo; y que, habiendo llevado vidas felices y honorables, les dolería, llegado su fin, pensar que el lugar de su morada terrenal, testigo de todo su honor, regocijo y sufrimiento, un lugar que se diría también capaz de mostrar consuelo —ese sitio con todos los recuerdos que guarda de ellos, con todas las cosas materiales que amaron y sobre las que gobernaron, con todo aquello sobre lo que dejaron huella— se viera barrido en el mismo instante en que ellos encontraran acomodo bajo tierra; que no se le mostraría respeto, que nadie sentiría nada por él, que sus hijos no obtendrían de él provecho alguno; que, aunque existiera un monumento en la iglesia que recordara a esa persona, no lo habría en el hogar que lo cobijó; que todo cuanto atesoró fue despreciado, y los sitios que lo habían resguardado y garantizado comodidad habían quedado reducidos a polvo. Yo afirmo que un buen hombre temería todo esto: y es más, que un buen hijo, un noble descendiente temería hacérselo a la casa de su padre. Yo afirmo que si los hombres vivieran como tales, sus casas serían templos —templos que no nos atreveríamos a profanar y que, de permitírsenos vivir en ellos, deberían hacernos sentir santos—; y que se produciría una extraña disolución de los afectos naturales, un extraño desagradecimiento por todo aquello que los hogares han ofrecido y los padres enseñado, una extraña conciencia de haber sido infieles al honor de nuestro padre, y que nuestras propias vidas no se conducen con el fin de convertir nuestras moradas en algo sagrado para nuestros hijos, en el caso de que cada hombre solo se ocupara de buen grado de construir para sí mismo, con la mirada puesta únicamente en la pequeña revolución de su propia vida. Y contemplo esas lamentables moles de cal que en mohoso avance brotan en masa por los campos que rodean nuestra capital —entre esas delgadas y tambaleantes cáscaras sin cimientos, hechas de madera astillada y piedra de imitación—, dispuestas en sombrías hileras de minuciosa formalidad, idénticas y distantes entre sí, tan solitarias como similares, y lo hago no solo con el indiferente disgusto de un ojo ofendido, no solo con pesar por un paisaje profanado, sino con la dolorosa premonición de que las raíces de nuestra grandeza como nación deben estar profundamente ulceradas cuando se muestran tan castigadas en su tierra de origen; que esas moradas

deshonradas y desprovistas de cualquier comodidad constituyen señales de un enorme y muy extendido espíritu de descontento popular; que son prueba de una época en que la aspiración de todo hombre es posicionarse en una esfera más elevada de la que le corresponde por naturaleza, en la que su vida pasada es motivo de desprecio; una época en que los hombres construyen con la esperanza de dejar atrás aquello que han levantado, y viven con la esperanza de olvidar los años vividos; cuando el consuelo, la paz y la religión del hogar ya no se sienten más; y los abarrotados bloques de edificios de una población incansable y luchadora apenas difieren de las tiendas de los árabes y de los gitanos por su acceso menos saludable al aire del cielo, por una no tan afortunada elección de su enclave sobre la tierra, por sacrificar la libertad sin la recompensa del descanso y la estabilidad sin el lujo del cambio.

Esto no es un mar menor y sin consecuencias; resulta ominoso, infeccioso y fecunda otros defectos e infortunios. Cuando los hombres no aman sus hogares ni reverencian sus umbrales dan señales de haber deshonrado a ambos, y de que jamás comprendieron la verdadera universalidad del culto cristiano, consistente en reemplazar la idolatría, que no la piedad, del pagano. Nuestro Dios es un Dios doméstico, a la par que uno divino: Él tiene un altar en el hogar de cada individuo; que el hombre pose la vista en este cuando quiera arrancarlo con ligereza y esparcir sus cenizas. No es una mera cuestión de deleite óptico, de orgullo intelectual, de gusto refinado y discerniente, cómo y con qué grado de duración y acabado deberían erigirse los edificios domésticos de una nación. Hablamos de una de esas tareas morales, cuya desatención no deja de ser punible, puesto que la percepción de aquéllos depende de una afinada y equilibrada meticulosidad a la hora de construir nuestros hogares con cuidado, paciencia y cariño, al tiempo que diligencia en su compleción y con la mirada puesta en que duren, cuanto menos, un período de tiempo similar al que, durante el curso natural de las revoluciones nacionales, se espera que lo hagan todas las alteraciones introducidas en beneficio de los intereses locales. Esto cuanto menos; sería preferible, no obstante, que, siempre que se pudiera, los hombres construyeran sus casas a una escala proporcional al estado de sus carreras en el momento del inicio de las obras, antes que a la derivada de sus logros al final de las mismas; y erigirlas pensando que aguantarán en pie tanto tiempo como vaya a perdurar el mayor de los

esfuerzos acometidos por el género humano; mostrándoles a sus hijos lo que fueron y, si así les fue permitido, desde donde se alzaron. Cuando las casas sean construidas de esta manera, quizás alcancemos la verdadera arquitectura doméstica, el inicio de todo cuanto seguirá, aquello que no despreciará el tratar con idéntico respeto y detenimiento a la vivienda grande como a la pequeña, y que combatirá con la digna satisfacción de la madurez las limitaciones de las circunstancias mundanas.

Considero este espíritu de honorable, orgulloso y pacífico autodominio, esta sabiduría perdurable de lo que es una vida alegre como probable fuente soberana de un gran poder intelectual a cualquier edad y, más allá de toda discusión, como la raíz primigenia de la magnífica arquitectura de Italia y Francia. Hasta el día de hoy, el interés que despiertan sus mejores ciudades no recae en la aislada riqueza de los palacios, sino en la estimada y exquisita decoración de hasta el menor de sus edificios pertenecientes a sus más valiosas épocas. La más elaborada muestra arquitectónica de Venecia es una pequeña casa al inicio del Gran Canal, la cual comprende un sótano y dos pisos por encima de él, con tres ventanas en el primero y dos en el segundo. Muchos de los más exquisitos edificios se hallan en los canales más estrechos y de dimensiones más reducidas. Uno de los más interesantes ejemplos de la arquitectura del siglo XV en el norte de Italia es una casita en un callejón, detrás del mercado de Vicenza; data del año 1481 y una inscripción reza *Il. n´est. rose. sans. épine.;* consta apenas de un sótano y de dos pisos con tres ventanas, separadas por esmerados grabados florales, y tres balcones, el central con un soporte en forma de águila con las alas extendidas, y los laterales con soportes que representan grifos alados sobre una cornucopia. La idea de que una casa debe ser espaciosa para estar bien construida es un producto de la modernidad, encontrando su reflejo en aquella que proclama que una pintura no puede ser histórica a menos que sea de un tamaño tal que admita figuras más grandes que la vida.

En consecuencia, yo haría que nuestras viviendas se construyeran para perdurar y resultar encantadoras; tan ricas y agradables como pudieran llegar a ser, tanto por dentro como por fuera; acerca de los grados de similitud y divergencia entre ellas, en lo que respecta al estilo y las maneras, ya me extenderé; pero, en cualquier caso, con las diferencias necesarias para complacer y reflejar el carácter y ocupación de cada

hombre, así como parcialmente su historia. Bajo mi punto de vista, este derecho sobre la casa recae en su constructor original y debe se respetado por sus hijos; y estaría bien que se depositaran piedras blancas en varios puntos, de cara a ser grabadas con recuentos de su vida y de sus experiencias, elevando lo que era solo una morada a una suerte de monumento, y practicando, con ánimo de instruir de forma sistemática, esa buena costumbre, antaño universal y que persiste entre algunos suizos y alemanes, consistente en reconocer la gracia de Dios por permitirnos construir y poseer un lugar tranquilo en el que descansar, empleando unas palabras tan bellas como las que siguen, las cuales bien podrían servir para cerrar la discusión sobre este asunto. Las he tomado prestadas de la fachada de una casa de campo erigida recientemente entre las verdes pasturas que descienden desde el pueblo de Grindelwald hasta el bajo glaciar:

Mit herzlichen Vertrauen
Hat Johannes Mooter und Maria Rubi
Dieses haus bauen lassen.
Der liebe Gott woll uns bewahren
Vor allem Unglüuck und Gefahren,
Und es in Segen lassen stehn
Auf der Reise durch diese Jammerzeit
Nach dem himmlischen Paradiese,
Wo alle Frommen wohnen,
Da wird Gott sie belohnen
Mit der Friedenskrone
Zu alle Ewigkeit.(1)

En los edificios públicos la intención histórica debería estar aún más marcada. Una de las ventajas de la arquitectura gótica —empleo el término «gótico» en su sentido más amplio, en tanto que abiertamente opuesto a lo clásico— es que permite una ilimitada riqueza de manifestaciones. Sus minuciosas y múltiples decoraciones escultóricas están abiertas a expresar, tanto simbólica como literalmente, todo cuanto necesitamos saber acerca de los sentimientos o logros nacionales. Por lo general se ha recurrido a más decoración de la que podía sostener un carácter tan elevado: y mucho, incluso en los períodos más considerados, se ha dejado en manos del capricho o no ha consistido más que en repeticiones sobre un mismo motivo o símbolo nacional. De todas maneras, suele ser poco acertado, incluso en las superficies puramente ornamentales, ceder al poder y a los variados

privilegios que admite el espíritu de la arquitectura gótica: con más motivo si se trata de elementos clave: los capiteles de columnas o pinjantes, las hileras de voladizos y, por descontado, de todos los bajorrelieves confesos. Es preferible el más tosco de los trabajos, pero que cuenta una historia o que registra un hecho, que el más rico si bien vacío de significado. No debería colocarse un solo ornamento en los grandes edificios cívicos que no tenga detrás algún propósito intelectual. En los tiempos modernos la representación de hechos históricos se ha enfrentado a una dificultad tan maliciosa como obtusa: el vestuario inmanejable; sin embargo, mediante un tratamiento lo suficientemente atrevido e imaginativo, y un empleo franco de los símbolos, tales obstáculos pueden superarse; quizás no en grado suficiente para alumbrar escultura satisfactoria en sí misma pero, sin ningún género de dudas, sí capaz de convertirla en un elemento notable y expresivo de composición arquitectónica. Tomemos, por ejemplo, el tratamiento dado a los capiteles del palacio ducal de Venecia. A los pintores de su interior se les confió sin duda la tarea de hacer Historia, pero cada uno de los capiteles de sus arcadas se llenó de significado. El mayor de ellos, situado en una de las esquinas del conjunto, junto a la entrada, se destinó a simbolizar la Justicia Abstracta; sobre él hay una escultura del Juicio a Salomón, remarcable por la belleza con que su tratamiento cumple con su propósito decorativo. Las figuras, en el caso de que el motivo hubiera estado compuesto por entero a partir de ellas, habrían interrumpido de forma extraña el ángulo de la línea, disminuyendo su fuerza aparente; y, por consiguiente, en mitad de todas ellas, de hecho entre el ejecutor y la madre que intercede, se alza, sin mantener la menor relación, el estriado tronco de un árbol majestuoso, que sostiene y prolonga la vara del ángulo, y cuyas hojas superiores vierten sombra y enriquecen el conjunto. El capitel inferior contiene entre su follaje una entronizada figura de la Justicia, a Trajano haciendo justicia con la viuda, a Aristóteles «che die legge» y a dos o tres sujetos irreconocibles debido al deterioro. Los capiteles más próximos representan sucesivamente las virtudes y los vicios, como formas de preservar o de destruir el poder y la paz nacionales, cerrando con la Fe, que lleva la inscripción «Fides optima in Deo est». Se detecta una figura en el lado opuesto del capitel, adorando al sol. Después vemos uno o dos capiteles decorados imaginativamente con aves, luego desfila una serie que primero representa los variados frutos, a continuación la vestimenta

nacional y al final los animales procedentes de los diversos países bajo el gobierno de Venecia.

De cara a no seguir hablando de importantes edificios públicos, imaginemos ahora nuestra propia casa hindú, adornada según estos parámetros, es decir, a partir de esculturas históricas o simbólicas: para empezar, muy recargada toda ella; cubierta de bajorrelieves de nuestras batallas hindúes o de tallas de follaje oriental, o taraceado de piedras orientales; y los más relevantes elementos decorativos comprendiendo aspectos de la vida y del paisaje de la India y expresando de forma prominente los fantasmas del culto hindú a resultas de su sometimiento a la cruz. ¿No sería uno solo de ellos más eficaz que un millar de historias? Si, de todos modos, carecemos de la inventiva necesaria para semejante esfuerzo o si, recurriendo a la que probablemente sea una de las más nobles excusas que podemos brindar para justificar nuestras deficiencias en la materia, aseguramos no disfrutar tanto hablando acerca de nosotros mismos, incluso por medio del mármol, que las naciones continentales, cuanto menos carecemos de excusa para no prestar atención a los puntos que garantizan la durabilidad del edificio. Y dado que esta cuestión es de gran interés al estar relacionada con la elección de varios modelos decorativos, será necesario abordarla en algún momento.

Cuando los hombres actúan en masa, raramente puede esperarse que sus consideraciones y propósitos se extiendan más allá de su propia generación. Pueden tratar a la posteridad como si fuera un auditorio, desear su atención y trabajar de cara a recibir sus elogios: pueden confiar en que reconocerá méritos que han pasado desapercibidos y reclamará justicia por los errores de sus contemporáneos. Pero todo ello no es más que egoísmo y no implica la menor atención o consideración hacia los intereses de aquellos cuyo número de buen grado desearíamos ver crecer entre el círculo de nuestros aduladores, y de aquellos cuya autoridad con satisfacción querríamos que guiara la causa de nuestras reclamaciones presentes. Supongo que la idea de la abnegación en beneficio de la posteridad, de conducir la economía en beneficio de deudores nonatos, de plantar bosques bajo cuya sombra vivirán nuestros descendientes, o de levantar ciudades a ser habitadas por naciones futuras, jamás cristalizan de modo eficiente entre muestras públicas de reconocimiento a los esfuerzos que acarrean. Esto no significa que no formen parte de nuestras tareas; y nuestro papel en esta tierra no se sostiene,

a menos que el arco de nuestra utilidad deliberada e intencionada incluya no solo a nuestros compañeros de peregrinaje, sino también a nuestros sucesores. Dios nos ha cedido la tierra para que vivamos en ella; supone una gran exigencia. Pertenece por igual a aquellos que vendrán después de nosotros, cuyos nombres ya están escritos en el libro de la creación, que a nosotros; y no tenemos derecho, tanto por acción como por omisión, a involucrarlos en penalidades innecesarias, o privarlos de beneficios que estaba en nuestro poder legar. Y ello con más motivo puesto que una de las condiciones que conlleva el trabajo del hombre es que la riqueza del fruto está en proporción al tiempo que transcurre entre la siembra y la cosecha; y que, por consiguiente, cuanto más lejos desplacemos nuestro objetivo, y cuanto menos deseemos ser testigos de lo que ha producido nuestro trabajo, más amplia y rica será la medida de nuestro éxito. El hombre no puede beneficiar tanto a aquellos que están junto a él como a aquellos que lo sucederán; y de todos los púlpitos desde los que se difunde la voz humana, ninguno tiene mayor alcance que la tumba.

Es bien cierto que nada pierde el presente por mirar al futuro. Cualquier acción humana crece en honor, gracia y magnificencia verdadera al sopesar lo que está por llegar. Es la vista a largo plazo, la paciencia hecha de tranquilidad y confianza, el mayor de los atributos que distingue a un hombre de otro, al tiempo que el que más lo acerca al Creador; y no hay acción ni obra de arte que no pueda ser medida bajo este baremo. Por tanto, al ponernos a construir, pensemos que estamos construyendo para siempre. No lo hagamos solo para el deleite del presente, ni para el exclusivo uso del presente; que sean trabajos por los que nuestros descendientes nos estarán agradecidos, y pensemos, mientras colocamos piedra sobre piedra, que llegará un tiempo en que estas piedras serán sagradas porque nuestras manos las habrán tocado, y que al contemplar el trabajo y los materiales con que fue forjado exclamarán: «¡Mirad! Esto lo hicieron nuestros padres por nosotros». Porque no hay duda de que la mayor gloria de un edificio no radica en sus piedras ni en su oro. Su gloria radica en su antigüedad, en ese profundo sentido de resonancia, de vigilancia adusta y de consuelo misterioso, incluso de aprobación o condena, que nos golpea frente a muros barridos por sucesivas olas de humanidad. Es en su calidad de testigo duradero que no posee el hombre, en su plácido contraste con el carácter transitorio de todas las cosas, en la fortaleza con que, a través del paso de

las estaciones y de las épocas, del declinar y el nacimiento de las dinastías, de los cambios en la faz de la tierra y de los límites de los mares, conservando su forma escultórica durante un tiempo insuperable, conectando épocas consecutivas y olvidadas, y representando la mitad de la identidad de las naciones al concentrar su compasión: es en esta dorada mancha de tiempo que debemos buscar la verdadera luz y el color, y la hermosura de la arquitectura; y no ha de ser hasta que un edificio ha adquirido su carácter, hasta que se le ha confiado la fama y se ha visto consagrado por las hazañas de los hombres, hasta que sus muros han sido testigos del sufrimiento, y sus pilares se han erigido desde las sombras de la muerte, que su existencia, más duradera que aquella de las obras de la naturaleza que lo rodean, puede dotarse con todo cuanto estas poseen, con el lenguaje y con la vida…

No hablemos pues de restauración. Encierra una Mentira de principio a fin. Uno puede realizar el molde de un edificio como lo puede hacer de un cuerpo, y su modelo puede conservar la cáscara de las viejas paredes, al igual que la escayola del esqueleto. La utilidad de esto ni la veo ni me importa, pero el viejo edificio es así destruido de una forma más absoluta e inmisericorde que si se hubiese hundido hasta formar un montón de polvo, o derretido hasta ser un montón de barro: más se ha podido deducir de la arrasada Nínive que de la reconstruida Milán. Pero hay quien asegura que ¡la restauración puede ser necesaria! De acuerdo. Afrontemos el problema de cara con el fin de entender sus implicaciones. Supone una necesidad de destruir. Aceptémoslo pues, derruid el edificio, arrojad sus piedras a rincones abandonados, o haced con ellas lastres o mortero si lo deseáis; pero hacedlo con honestidad, no lo tapéis con una Mentira. Y si, antes de abordarla, miras de frente esta necesidad, quizás la prevengas. El principio de los tiempos modernos (un principio que sospecho que, cuanto menos en Francia, es *contemplado sistemáticamente por los masones*, con el objetivo de encontrar trabajo, de aquí que la abadía de St Ouen fuera demolida por los jueces del pueblo con el fin de emplear a algunos vagabundos) consiste en comenzar desatendiendo a los edificios para acabar restaurándolos. Procura cuidados eficientes a tus monumentos y no necesitarás restaurarlos. Colocar a tiempo unas pocas hojas de plomo sobre un tejado, quitar unos contados palos y hojas muertas que bloquean el curso del agua, salvarán de la ruina al techo y a los muros. Dedícale a un viejo edificio un cuidado

ansioso: protégelo lo mejor que puedas y a *cualquier* coste de toda amenaza dilapidadora. Cuenta sus piedras como si se trataran de las joyas de una corona; establece turnos de vigilancia como si se tratara de las puertas de una ciudad asediada; cíñelo con hierro allá donde se afloje; estabilízalo con madera donde baile; no te preocupes por la fealdad de los remiendos: es mejor una muleta que un miembro perdido; y todo esto hazlo con ternura, reverencia y constancia, y así las generaciones se sucederán a su sombra. El día fatídico finalmente llegará; deja que lo haga de forma abierta y declarada, no permitas que un sustituto falso y deshonroso lo prive de los oficios funerarios que su memoria merece.

Resultaría vano abordar estragos aún más gratuitos e ignorantes: mis palabras no alcanzarían a aquellos que los cometen[1] pero, caiga o no en oídos sordos, una vez más no puedo dejar la verdad sin constatar: el hecho de si debemos o no preservar los edificios antiguos no es una cuestión de conveniencia o sentimiento. *No tenemos ningún derecho a tocarlos.* No son nuestros. En parte pertenecen a aquellos que los construyeron y en parte a todas aquellas generaciones que nos seguirán. Los muertos preservan sus derechos sobre los mismos: no tenemos derecho alguno a borrar aquello por lo que trabajaron, el elogio por lo conseguido o la expresión del sentir religioso, o cualquier otra cosa que buscaran dejar de forma permanente en esos edificios. Estamos facultados para derruir lo que hemos construido con nuestras manos; no así aquello a lo que otros hombres consagraron sus fuerzas, riquezas y vidas de cara a completar, el derecho sobre ello no se traspasa a su muerte; y aún menos nos es conferido el derecho a hacer uso exclusivo de lo legado. Pertenece al conjunto de sus sucesores. Por consiguiente, puede haber sido motivo de perjuicio o pesar para millones de personas el haber escuchado solo a nuestra conveniencia presente y haber despreciado edificios arrogándonos la decisión de cómo tratarlos. No tenemos derecho a infligir ese dolor, esa pérdida. ¿Acaso la catedral de Avranches pertenecía más a la turbamulta que la destruyó que a nosotros que caminamos con pesar sobre sus cimientos? Ningún edificio pertenece a la multitud que ejerce violencia sobre él. Porque una turbamulta es lo que es y así será siempre: no importa lo furiosa que esté ni la locura deliberada que la aflija; ni si son incontables sus miembros o se organizan en comités; todo aquel que destroza algo sin causa alguna forma parte de ella, y la Arquitectura siempre es destruida sin motivo. Un buen edificio es

necesariamente digno de la tierra sobre la que se levanta, y así lo seguirá siendo hasta que África Central y América alcancen la misma población que Middlesex; y no existe la causa que justifique su destrucción. Independientemente de si alguna vez la hubo, ciertamente hoy no la hay, cuando el inquieto y descorazonador presente usurpa en exceso los lugares del pasado y del futuro en nuestras mentes. El mismo sosiego de la Naturaleza nos es arrebatado gradualmente; miles de personas que antaño, en sus viajes forzosamente largos, estaban expuestas a influencias tales como los cielos silenciosos o los adormilados campos, ahora cargan incluso en su presencia con la incansable fiebre de la vida; y a lo largo de las arterias de hierro que atraviesan el marco de nuestro país, fluyen y golpean los feroces pulsos de sus esfuerzos, más asfixiantes y veloces cada hora que pasa. Toda la vitalidad concentrada a lo largo de esas palpitantes arterias desemboca en las ciudades principales; se pasa por encima del campo como un mar verde que se supera cruzando estrechos puentes y, formando multitudes que se van apretujando más y más, somos arrojados de vuelta a las puertas de las urbes. La única influencia que en semejantes circunstancias es capaz de ocupar sabiamente el lugar de los bosques y campos es el poder de la Arquitectura antigua. No nos desprendamos de ella en nombre de la plaza elegante, o del paseo vallado o bien sembrado de plantas, o de la calle principal y el embarcadero abierto. El orgullo de una ciudad no yace en ellos. Dejémoselos a las multitudes; pero no olvidemos que entre esos muros inquietos habrá quienes reclamen otros lugares por los que pasear; otras formas en las que depositar con familiaridad su mirada: igual que aquel que con tanta frecuencia tomaba asiento, allá donde el sol se vertía desde el oeste, con el fin de reseguir las líneas de la cúpula de Florencia grabadas sobre el profundo cielo, o como aquellos, sus Huéspedes, que se prometían a diario velar, desde las cámaras de sus palacios, por los lugares donde yacían sus padres, mientras la oscuridad se cernía sobre las calles de Verona.

Escuela de Arte de Cambridge: discurso inaugural (1858)

Supongo que las personas interesadas en abrir una Escuela de Arte para los trabajadores pueden dividirse esencialmente en dos clases. Primero están aquellos cuyo principal deseo radica en conseguir que sus miembros sean más felices, más sabios y mejores personas. En segundo lugar hallamos aquellos cuyo deseo se orienta a conseguir que sus miembros sean capaces de realizar un trabajo de mayor calidad y más valioso. Por descontado, estos dos objetivos pueden contemplarse de forma simultánea; sin embargo, existe una notable diferencia en el espíritu con que abordaremos la tarea, dependiendo de cuál de ambas motivaciones tenga más peso —una diferencia lo suficientemente grande, como ya les he señalado a dos grupos distintos de promotores de una iniciativa semejante—; un espíritu filantrópico en el núcleo de sus intenciones, y el otro mercantilista en el núcleo de sus intenciones; uno que desea que el trabajador adquiera más conocimiento por su propio bien, y otro que lo haga con la idea de quedar facultado para producir valiosas mercancías en sí mismas, orientadas a competir exitosamente con sus pares del resto de países.

Semejante división en los motivos también debe conducirnos a una distinción en lo que se refiere a la maquinaria del trabajo. Los filántropos no se dirigen meramente al artesano, sino al trabajador en general, aspirando de todas las formas posibles a refinar los hábitos o aumentar la felicidad del conjunto de la población activa, a base de otorgarles nuevas distracciones o nuevos pensamientos: y los principios de la educación artística adoptados por una escuela que contemple miras tan amplias a la vez que algo indeterminadas son, o deberían ser, muy diferentes de aquellos adoptados por una escuela encaminada a la formación especializada del artesano. Creo que esta distinción no ha arraigado aún lo suficiente en nuestras mentes, ni forma parte de nuestros cálculos en la planificación de las operaciones. Me da la sensación de que, hasta la fecha, hemos actuado bajo la vaga impresión de que las artes del dibujo y la pintura pueden

enseñarse, hasta cierto punto, de un modo harto genérico a todo el mundo, y que a todos haría bien por igual; y que, a continuación, cada clase de trabajador podría aplicar estos conocimientos genéricos a su propia especialidad, satisfaciendo sus requerimientos. Ahora bien, esto no es así. Un tallador de madera necesita aprender dibujo con vistas a su oficio de un modo muy diferente al del pintor de porcelana, igual que el joyero respecto al trabajador del hierro. Deben ser animados a estudiar diferentes elementos extraídos de la naturaleza de cara a introducirlos en sus variadas manufacturas. No reviste utilidad alguna enseñar a un trabajador del acero la pelusilla de un melocotón, como tampoco la hay en enseñar los principios atmosféricos a un tallador de madera. En lo que a sus oficios se refiere, sus cerebros estarían ocupados en vano por tales tareas, evitándoles ir detrás, con la intensidad y el discernimiento suficientes, de las cualidades del Arte que solo pueden expresarse a través de los materiales que les son propios.

Sin embargo, se me antoja del todo imposible enseñar a varios gremios en una sola escuela aplicaciones especializadas de los principios del Arte. La aplicación especializada solo puede aprenderse correctamente a base de años de experiencia en el trabajo concreto. El poder de cada material y las dificultades resultantes de su tratamiento no pueden enseñarse tanto como sentirse; solo a partir del contacto repetido y la prueba continuada podría forjarse un mueble, el orfebre descubrirá cómo gobernar su oro, o el trabajador del vidrio dominará el cristal; y es únicamente a base de observar y asistir a un maestro en su labor que el aprendiz es capaz de aprender de forma eficiente los secretos de la manipulación, o percibir los verdaderos límites impuestos por las condiciones del diseño. Por consiguiente, me parece que toda idea centrada en trabajos concretos debería abandonarse en escuelas como la que acaba de abrirse: no podemos contar con los materiales, las facilidades ni la destreza empírica del maestro requeridos para que semejante formación devenga fructífera. Toda lección sobre Arte de carácter especializado debe ofrecerse en escuelas montadas por cada gremio para sí mismo: y, cuando nuestros trabajadores se hayan instruido un poco sobre estas cuestiones, nos encontraremos, tal y como ya he sostenido en mis charlas sobre la política económica del Arte, con la absoluta necesidad de establecer escuelas gremiales de un modo activo y práctico, con el objetivo de fijar los principios del Arte que a cada una le sean propios, y de instruir a sus aprendices sobre ellos, así como de

experimentar con los materiales y con nuevos procedimientos; a lo que se suman muchas otras funciones en las que ahora no me puedo detener. A todo esto, repito, no podemos aspirar en el presente, y tampoco en una escuela como esta: no obtendremos resultados satisfactorios, a menos que renunciemos a tal aspiración, proponiéndonos educar a los trabajadores con independencia de su tarea —sea un trabajador del campo, o un productor de manufacturas; sea un mecánico o un artificiero, dueño de una tienda, marinero o labrador— educarlos, digo, hasta allá donde seamos capaces, en una única tarea para todos; a saber, la Vista.

Esto no es algo menor que enseñar: quizás sea en definitiva lo más importante que pueda llegar a enseñarse. Que te enseñen a leer, ¿qué utilidad tiene cuando no puedes saber si lo que lees es verdadero o falso? Que te enseñen a escribir o a hablar, ¿qué sentido tiene si no tienes nada que decir? Que te enseñen a pensar, ¿qué sentido tiene si no tienes nada en que pensar? Sin embargo, ser instruido en ver supone adquirir la palabra y el pensamiento a la vez, siendo ambos verdaderos. Se detecta un reconocimiento sutil de esto en la manera en que la gente expresa de forma constante su anhelo de luz, hasta que el lenguaje común a nuestras plegarias e himnos ha quedado reducido a una monótona metáfora, tenuemente retorcida en lenguajes alternativos, solicitando primero en latín ser iluminados; luego en inglés ser bañados en luz; de nuevo en latín ser liberados de la oscuridad; a continuación en inglés que se nos expulse de las tinieblas; y seguidamente pedimos haces, rayos, soles, estrellas y lámparas, hasta que en ocasiones uno desearía que, al menos en lo concerniente a los propósitos religiosos, no existieran términos como luz u oscuridad. Aun así, el instinto básico que mueve a la gente a soportar la repetición a perpetuidad es auténtico; solo que aquello que deberían solicitar de forma prioritaria no es luz, sino Vista. Resulta indiferente cuánta luz poseas si no sabes cómo emplearla. Puede llegar a cegarte en vez de serte de ayuda. Además, en este mundo nuestro queremos con frecuencia ser capaces de ver en la oscuridad —ese es el mayor de los dones—; pero, en cualquier caso, ver las cosas tal como son, independientemente de bajo qué luz. Créanme que no tardaríamos en cambiar el mundo si nos agenciáramos un poco —¡una minucia!— del ungüento del derviche de *Las mil y una noches*, para que nos mostrara no los tesoros de la tierra, sino los hechos que la componen.

De todas maneras, sea todo esto cierto o no en un sentido genérico, no cabe duda que nuestra labor más urgente en una escuela de estas características prosperará antes si nos guiamos más por los ojos que por las manos; siempre haremos mayor bien empeñándonos simplemente en permitir que los estudiantes vean con claridad y autenticidad los objetos. Ni siquiera debemos intentar concederles de forma enérgica el poder de representarlos. Esa facultad puede adquirirse, más o menos, a través de ejercicios que no conducen con sabiduría a la precisión de la mirada; y, viceversa, la precisión de la mirada puede obtenerse mediante ejercicios que no conducen con sabiduría a la precisión en la representación. Por ejemplo, ayuda en gran medida a adquirir la facultad de dibujar aplicarse muchas horas a la tarea de lavar *tintes llanos*; pero toda esta práctica manual no aumenta en lo más mínimo el poder del estudiante para determinar cuál es el tinte de un objeto en concreto. Estaría más versado en el conocimiento de la materia dedicando una hora a un esfuerzo bien encaminado y corregido, consistente en restregar y rellenar de nuevo, aligerar y oscurecer, rasgar y embadurnar en empeños pacientes, de cara a obtener concordancia entre los motivos, consiguiendo quizás, después de todo, la completa destrucción del dibujo o dejarlo impresentable, pero también una aguda percepción de las cosas que ha intentado copiar. Por descontado, siempre existe una voraz tentación, sentida tanto por el maestro como por el alumno, de avanzar en pos de resultados visibles, y obtener así algo bello, digno de crédito, vendible, que se acerque a un dibujo de verdad: pero cuantas más escuelas visito, más me armo de razones para mirar con recelo aquellas en las que los pupilos producen muchas obras completas y llamativas. Una obra ostentosa siempre revelará, bajo una mirada escrutadora, haber sido realizada de acuerdo a alguna regla convencional —cierta complacencia servil con indicaciones a las que el estudiante no acabe de captarles el sentido, o representaciones de verdades que no ha sido capaz de percibir por sí mismo—: la ejecución de semejantes dibujos resultará monótona y carente de vida; sus luces y sombras, formales y engatusadoras, pero falsas. Un dibujo del que el pupilo ha aprendido mucho está casi siempre repleto de equivocaciones y percances, y es altamente necesario, de cara a la formación de una escuela de Arte verdaderamente pública o universal, que los maestros no intenten ocultar o anticipar tales errores, sino limitarse a

orientar el tiempo del alumno a la consecución de los más valiosos resultados para su entendimiento y su corazón, no para su mano.

Y es que cabe observar que lo mejor que puede obtenerse en la elaboración de un dibujo, o de un delineado, nunca será nada en sí mismo a menos que se le conceda plena vida. El dibujo de un aficionado o de un trabajador, el de cualquiera que no sea un artista, siempre carece de valor en sí. Puede que sea… más valioso como recuerdo, como regalo o como mecanismo de cara a registrar datos útiles; pero en tanto que Arte, el dibujo de un aficionado siempre carece por completo de valía; y uno de nuestros principales objetivos debería ser conseguir que el alumno lo entendiera y lo sintiera, evitando que intente hacer pasar su trabajo baladí por algo realmente bueno, recurriendo para ello a algún método superficial, hipócrita, llamativo o codicioso.

Si, por consiguiente, estamos tratando con pupilos ya entrados en la edad adulta, nuestra tarea prioritaria consistirá en convertirlos en buenos jueces del Arte antes que en artistas; porque, aunque tuviera un mes en vez de una hora para dirigirme a ustedes, aún me faltaría tiempo para procurar argumentar la variedad de maneras en que sufrimos a nivel nacional debido a la carencia de facultades, entre las clases altas y medias, a la hora de juzgar con lucidez el Arte. No es que semejante juicio pueda alcanzarse jamás sin la disciplina de la mano: no ha habido hombre capaz de ser un concienzudo juez de la pintura sin haber sido previamente capaz de pintar; pero el dibujo solo debe verse como un instrumento para conducir su atención hacia las sutilezas del Arte desplegado delante suyo, o para permitirle prestar atención a elementos de la Naturaleza de cara a establecer comparaciones. También recalcaría como de suma importancia que tuviera capacidad de discernimiento al ser confrontado con diversos ejemplos. Estudiar a un gran maestro hasta haberlo comprendido nos enseña mucho más que establecer tratos superficiales con un millar: la capacidad crítica no consiste en conocer el nombre y el estilo de muchos pintores, sino en ser capaz de reconocer la excelencia de unos pocos.

Si, por el contrario, nuestras enseñanzas se dirigen más al trabajador, no debemos gastar muchos esfuerzos en conseguir que agudicen su capacidad crítica. Mejor cuanto menos sepa acerca de muchas de las ramas del Arte existentes. Su sensibilidad debe alimentarse básicamente de la Naturaleza; y su imaginación desarrollarse, siempre que sea posible, aunque ello pueda ir

en contra de su juicio. Es preferible que su trabajo resulte atrevido que inmaculado: y mejor que sea encantador que discreto.

Esto me lleva a la segunda cuestión, la del mercantilismo: concretamente a cómo obtener del trabajador, una vez lo hemos preparado, lo mejor y más valioso de su desempeño con el fin de ser capaces de competir con los países extranjeros, o de abrir nuevas vías comerciales propias.

Quizás a muchos de nosotros nos da la impresión de que una escolarización intensiva lo hará posible; que clases en abundancia lo harán posible; que acudir al extranjero a buscar modelos lo harán posible; o que la paciencia, el tiempo, el dinero y la buena voluntad lo harán posible. Pero hete aquí que ninguna de estas cosas por sí solas, ni la suma de todas ellas, lo harán posible. Si de verdad aspiras a un gran trabajo, capaz de ser reconocido como tal por todo el mundo, solo hay una manera de obtenerlo, y ciertamente difícil. Puedes ofrecer por ella la prima que escojas, solo para descubrir que no puede hacerse a cambio de primas. Puedes marcharte a las antípodas en busca de modelos, solo para descubrir que no puede conseguirse por medio de modelos. Puedes aleccionar acerca de los principios del Arte a todas las escuelas del reino, y descubrirás que no puede realizarse a través de principios. Puedes aguardar con paciencia a que los tiempos progresen, y descubrirás que tu Arte es incapaz de progresar. O puede vencerte la impaciencia e intentar adquirirlo de urgencia gracias a las innovaciones de tu época, y te encontrarás con que ni la hélice ni el remo son capaces de mover el carro de tu Arte. Repito que no existe más que una forma de conseguir buen Arte —la más simple y la más compleja al tiempo —, y ésa es su disfrute. Examina la historia de las naciones y lisa y llanamente encontrarás el siguiente hecho abriendo camino: que el buen Arte solo ha salido de aquellas naciones que se regocijaron en él; que se alimentaron de él como si se tratara de pan; que lo tomaron como si fuera sol; que exclamaron de júbilo en su presencia; que danzaron con el placer que les procuró; que discutieron por él; que lucharon por él; que pasaron hambre por él; que, de hecho, hicieron todo lo contrario de lo que queremos hacer con él —ellos lo hicieron todo para conservarlo, nosotros, para venderlo—.

En tanto que nación de mercaderes, esto nos plantea auténticas dificultades. El motor esencial que mueve nuestros negocios torna los negocios imposibles. La condición primaria y absoluta de cara a que algo

sea vendible es que debemos fabricarlo sin el deseo de venderlo luego; es más, con la resolución de no venderlo a ningún precio si llegamos a tenerlo en nuestras manos. Intenta hacer tu Arte popular, corriente, un artículo correcto para tu mercado extranjero; y el mercado extranjero siempre te mostrará algo mejor. Hazlo en cambio con el único propósito de disfrutarlo tú, incluso muéstrate resuelto a que no esté al alcance de nadie más; e inmediatamente comprobarás que todo el mundo lo desea. Y observa que la más insuperable de las dificultades consiste en fabricarlo con vistas a nuestro placer, aunque seamos incapaces de ese mismo placer. Tomemos, por ejemplo, el más sencillo de los casos, comprensible por todos y que se encuentra en el arte de la vestimenta. Últimamente hemos armado mucho revuelo con los patrones de la seda; queriendo competir con Lyon y hacer de Londres un París. Bueno, podemos pasarnos toda la eternidad intentándolo: hasta que no llegue el día en que disfrutemos con los patrones de seda, ni uno solo conseguiremos. Y no los disfrutamos. Por descontado que todas las damas quieren que sus vestidos les caigan bien y resulten favorecedores; pero del gozo auténtico por la belleza que desprende la seda, no veo ni rastro; y ello porque la prueba de ese gozo se hallaría en que desearan que también les cayera bien y resultara favorecedor a otras damas. El placer de ir bien vestido, o incluso de observar a gente bien vestida —dado que presupongo en mis amables y juiciosos oyentes tal grado de generosidad—, ya sea grande o pequeño, es bastante diferente al gozo que procuran la belleza y los pliegues de la seda y de los colores mismos, resultado de su gracia y preciosidad innatas.

Acabo de obtener una prueba relevante del alcance de este sentimiento en la mente moderna. Parte de este verano he residido en Turín, impulsado por el estudio de una obra de Paolo Veronese, la ofrenda de la reina de Saba a Salomón. Bien, uno de los rasgos más notables de este cuadro es el esplendor de sus vestidos de seda; y, en concreto, una pieza de brocado blanco con diseños de oro sobreimpresos, razón primordial de mi deseo de acercarme a Turín a copiarlo. Es probable que esto les sorprenda, pero debo apuntar al vuelo que comparto esta gozosa inclinación por los patrones de los vestidos con todos los buenos estudiantes y pintores. Independientemente de la escuela a la que pertenezcan, Fra Angelico, Perugino, Giovanni Bellini, Giorgione, Tiziano, Tintoretto, Veronese, Leonardo da Vinci, sin importar cuánto difieran en otros aspectos, todos

ellos aprecian los patrones de los vestidos: aún diré más, cuanto más noble es un pintor, más se esfuerza en acabar bien sus patrones.

Retomando el hilo, acudí a realizar un estudio sobre ese brocado blanco. Es costumbre en las pinacotecas públicas que los mejores cuadros sean los peor colocados; y este Veronese no solo estaba colgado a una altura considerable por encima de los ojos, sino encima de una puerta, la cual, por otra parte, todos los visitantes de la pinacoteca debían atravesar, lo que dificultaba que pasaran por alto la obra, aunque luego encontraran grandes obstáculos para examinarla. Junto a esta puerta había dispuesto una plataforma para desarrollar mi trabajo, la cual, al ser de cierta altura y estar situada en un rincón, me permitía observar sin ser observado la impresión causada por el cuadro sobre los diferentes visitantes. Abrigaba la opinión de que, si alguna vez había existido una obra de Arte destinada a llamar la atención popular, era esta. Es de gran tamaño; de color brillante y de tema atractivo. Cuenta con veinte figuras, siendo las principales de tamaño natural: la de Salomón, aunque permanece en las sombras, es de sobra la más perfecta concepción del joven rey en todo su orgullo, sabiduría y belleza, al menos hasta donde yo sé de arte italiano; la reina es una de las criaturas femeninas más encantadoras de Veronese; todos los accesorios están tocados por la gracia y la imaginación; y el acabado del conjunto resulta tan perfecto que un día me pasé dos horas intentando en vano reproducir, con impecable precisión, las curvas de dos hojas del brocado de seda. Eran numerosos los viajantes ingleses que solían entrar en la sala; y, en la eventualidad de no haber reparado en el cuadro, su atención era dirigida hacia él por su *laquais de place.* Y descubrí que, de media, a este cuadro —mientras que a mí me había llevado seis semanas examinar con propiedad dos de sus figuras—, el viajero inglés, que estaba recorriendo Italia a conciencia, deteniéndose a mirarlo todo según lo que juzgaba necesario, le dedicaba medio minuto o tres cuartas partes de él; pero el viajero con prisas o ahíto de novedades, aquel dispuesto a ver el mayor número de cosas en un tiempo limitado, jamás le dedicaba más que un único vistazo, y la mayoría optaba por girarse al instante a contemplar un paisaje mediocre que colgaba a la derecha y mostraba una pared blanca ejecutada con vigor y un foso de un verde opaco. De todos modos, lo que me impresionó particularmente fue que ninguna de las damas se detuviera jamás a mirar los vestidos de Veronese. No cabe duda de que su belleza era

infinitamente mayor que la de aquellos expuestos en cualquiera de las tiendas de la enorme plaza, pero, aun así, les pasaban desapercibidos. En ocasiones, cuando una chica bonita, de mirada penetrante y ojos luminosos entraba en la sala, acostumbraba a observarla en todo momento, pensando: «Vamos, al menos *tú* verás lo que lleva puesto la reina de Saba». Pero no; entraba con aire despreocupado, ladeando ligeramente la cabeza en un gesto que parecía decir «nada hay en *esta* sala digno de verse excepto yo misma», atravesaba la puerta y ya se había marchado.

Lo cierto es que no damos importancia a los cuadros: sin duda no lo hacemos. Las exposiciones de la Academia son un tema de conversación y una forma de matar las horas; aquellos de entre nosotros que tienen riqueza adquieren un cuadro o dos, por razones varias, en ocasiones para llenar el rincón de un pasillo, a veces para amenizar la conversación en los salones antes de proceder a cenar, a veces porque el artista está de moda —ocasionalmente porque es pobre—. No es infrecuente que contemos con una colección de especímenes pictóricos, igual que contamos con colecciones de especímenes minerales o de mariposas. y, en el mejor y más excepcional de los casos, porque realmente nos hemos encaprichado de él, así es como lo definimos; refiriéndonos al mismo tipo de encaprichamiento que uno mostraría por un bello sillón o un decantador de formas novedosas. Pero lo que es amor verdadero por el cuadro, y placer derivado de su posesión, no creo que lo alcancen ni siquiera a una de cada mil personas.

Me temo que esta apatía que nos embarga no será fácilmente vencida; pero aun suponiendo que lo fuera, y que comenzáramos pues a disfrutar de los cuadros con propiedad, y que el número de cuadros de calidad se incrementara, como no hay duda de que se incrementaría, entonces asomaría otra cuestión. Quizás a los oídos de alguno de los presentes esta tarde les haya llegado el comentario de que muestro una gran aptitud a la hora de contradecirme a mí mismo. Espero hacerlo sobradamente. Aún no me he encontrado con ninguna cuestión de importancia que, de cara a su óptima resolución, no demande por lo menos una respuesta positiva y otra negativa, tal y como ocurre con las ecuaciones de segundo grado. El grueso de las cuestiones significativas posee tres lados, o cuatro, o son poligonales; y corretear alrededor de un polígono supone una tarea muy ardua para las personas aquejadas de opiniones rígidas. Por lo que a mí respecta, nunca me quedo satisfecho con el modo en que he enfocado un asunto si no me he

contradicho por lo menos tres veces. Esta noche, sin embargo, bastará con una. Acabo de mencionar que no existe ninguna posibilidad de obtener buen Arte a menos que gocemos de él: lo siguiente que diré, con idéntica firmeza, es que no existe ninguna posibilidad de obtener buen Arte a menos que opongamos resistencia al deleite que nos procura. Debemos comenzar por amarlo para, acto seguido, refrenar nuestro amor por él.

Esto puede sonar extraño; y, no obstante, os aseguro que es cierto. De hecho, siempre que algo no suene extraño, por norma se puede dudar que sea cierto; pues toda verdad es maravillosa. Acerquémonos al terreno de la física en busca de contradicciones similares. Imaginemos que le estuvieran enseñando a un joven estudiante de astronomía el modo en que la tierra se mantiene constante en su órbita; deberían instruirle sobre el hecho —¿cómo no hacerlo?— de que la tierra siempre mostró tendencia a arrimarse al sol; y simultáneamente que siempre mostró tendencia a alejarse del sol. He aquí dos enunciados opuestos que, antes de ser capaz de entender el movimiento de la tierra, deberá digerir a su conveniencia. De forma semejante, cuando el Arte discurre por su verdadera y útil senda, avanza, por un lado, bajo la luminosa atracción del placer y, por el otro, con un férreo propósito moral derivado de su deseo de cumplir un papel servicial. Si el artista trabaja desprovisto de placer, queda flotando en el espacio y muere de frío: si solo trabaja por placer, impacta contra el sol y su existencia queda reducida a cenizas. No afirmaré que, por lo general, el segundo de estos destinos funestos sea al que más debamos temer, pero sí que es aquel que, a día de hoy, le ha provocado más sufrimiento al Arte, consiguiendo con ello hacer padecer también a las grandes naciones de la tierra.

Porque si mirando al pasado histórico resulta bien palmario que el Arte solo ha sido llevado a cabo por naciones que han disfrutado con él, igual de evidente y seguro resulta el hecho de que el Arte siempre ha destruido el poder y la vida de aquellos que lo han buscado impelidos exclusivamente por el placer. Estoy convencido que esto les ha sorprendido al meditar sobre la trayectoria de las grandes naciones de la tierra: estoy convencido de que han cavilado seriamente hasta qué extremos, incluso en estos días, es sabio fomentar el desarrollo de placeres que se diría que no han conseguido otra cosa que corromper las almas e insensibilizar las fuerzas de aquellos en cuya posesión han caído. Me he estado lamentando del modo en que Inglaterra menosprecia a las Artes; pero en verdad demostraría ser más justo

si lamentara que las desprecie en vez de que las tema. ¿Qué ha comportado si no la ruina de las naciones desde que el mundo existe? ¿Las plagas, el hambre, los temblores de los terremotos o las llamas de los volcanes? Ninguno de estos ha prevalecido sobre las grandes personas, consiguiendo borrar sus nombres de la faz de la tierra. En cada época y lugar donde se ha asistido a un declive nacional han estado operando otras causas desencadenantes, concretamente el lujo, el afeminamiento, el amor al placer, la exquisitez en el Arte, la ingenuidad en el disfrute. ¿Cuál es la principal lección que, al acudir a las fuentes clásicas, somos capaces de transmitir a nuestros jóvenes partiendo de la historia antigua? Sin duda las que siguen; la simplicidad en la vida, el lenguaje y las formas dota de fortaleza a una nación; y que una vida de lujos, un lenguaje lleno de sutilezas y unas formas afables comportan la debilidad y el derrumbe de una nación. Mientras los hombres poseen poco y desean menos, permanecen valientes y nobles: mientras desdeñan todas las artes lujosas, son percibidos como bárbaros por otras naciones, sus espadas no tienen rival y su influencia es ilimitada: ahora bien, permite que se muestren sensibles a los refinamientos del gusto y diestros en las habilidades del placer, y, desde ese mismo instante, de entre los dedos que asieron la barra de hierro se escurre el cetro dorado. No me pueden acusar de estar exagerando al respecto; imposible declarar que semejante verdad adolece de falta de fuerza o de universalidad. Siempre ha procedido que la nación más simple y tosca ha demostrado ser más virtuosa y victoriosa que aquella versada en las artes. Fijémonos en cómo los lidios fueron derrocados por los persas; los persas por los atenienses; los atenienses por los espartanos; luego el conjunto de los refinados griegos por los toscos romanos; los romanos, que a su vez se refinaron, se vieron aplastados por los godos; y, en el tránsito hacia la Edad Media, fue un grupo de pastores de las montañas, sin arte ni literatura, casi sin lengua, los que cimentaron en primer lugar la libertad de Europa, al tiempo que practicaron las virtudes del cristianismo y contemplaron sus doctrinas de la mejor manera posible, y todo ello sin ser conquistados a resultas de las rivalidades teutonas ni verse corrompidos por las jerarquías de Roma…

Recapitulando lo expuesto hasta ahora, todos aquellos de ustedes que deseen promover el Arte en Inglaterra deben hacer dos cosas: en primer lugar, deleitarse; y, en segundo lugar, procurar que sirva a una labor seria.

Por seria no entiendo forzosamente moral: entiendo que, de algún modo, debe ser útil, no meramente egoísta, despreocupada e indolente. Antes de encarar la recta final de mi alocución, espero ciertamente haber trazado algunas de las direcciones en las que, a mi juicio, el Arte puede servirnos en un sentido práctico y riguroso durante el curso de la civilización. Aspiraba a mostrarles cuántos de los fenómenos de la Naturaleza aún le quedan a este por registrar, y a nosotros hacerlo; cuántos de los monumentos históricos de Europa estaban decayendo sin exequias, por falta únicamente de la más honesta, simple, laboriosa y amorosa labor de delineación; cuántos de los más impresionantes hechos históricos de su día se revelaron incapaces de enseñarnos ni la mitad de las lecciones que contenían por falta de pintores capaces de reproducirlos con fidelidad en vez de con la imaginación, centrándose en la verdad histórica en vez de en la autoglorificación nacional. Aspiraba a mostrarles cuántos de los más valiosos impulsos del corazón cayeron en la frivolidad o la sensualidad por falta de una belleza más pura a la que contemplar, así como de pensamientos nobles a asociar con el fervor de las huecas pasiones humanas; cómo, finalmente, buena parte del poder vital de nuestra fe religiosa se perdió en nosotros, por falta de un arte capaz de reflejar de un modo racional, probable y creíble aquellos acontecimientos de la historia sagrada que podrían haber sido representados con la misma visibilidad e inteligencia con la que ocurrieron. Por el momento, sin embargo, me privaré de tales aspiraciones. Mientras le daba vueltas a estos asuntos, sentía que no había llegado aún el momento de acometerlas: su tiempo llegará, y pienso que no tardará en hacerlo; pero, mientras tanto, el hombre solo se muestra receptivo a las cargas de la vanidad, la imaginación y a una improductiva querencia por la esperanza, de modo que ¿quién se aventurará a trazar en palabras el rumbo de las más altas bendiciones que las Artes pueden estar almacenando para la humanidad? Por ahora no hay necesidad de hacerlo: cuanto podemos demandar es un compromiso serio y directo con los planes de estudio que día tras día se nos abren, creyendo solo en seguirlos con rigurosidad y propósito serios, tal y como lo haría un hombre, no un niño. Por último, me dirijo a todos los llamados a convertirse en pupilos de esta escuela a que se mantengan bien alejados de la noción del Arte en tanto que diletantismo: debe deleitarles, igual que la lectura les deleita —pero jamás piensen en sus lecturas en términos diletantes—. Debe deleitarles como lo hacen sus

estudios de ciencias físicas —pero a las ciencias físicas no las llaman diletantes—. Si están decididos a considerar el Arte solo como un juego o un placer, abandonen ahora mismo: no se harán ningún bien a ustedes mismos y degradarán la actividad a la vista del resto. Será mejor, infinitamente mejor, que jamás pongan un pie en una pinacoteca antes que hacerlo con el propósito de pasearse y sonreír: será mejor, infinitamente mejor, que jamás sostengan un lápiz que hacerlo con la sola intención de complacerse en su minúscula destreza. Mejor, infinitamente mejor, que permanezcan absolutamente desinteresados y desinformados acerca de los cuadros, que apenas sepan lo suficiente como para detectar manchas en grandes obras, revestir una presunción con los colores de lo razonable, y un malentendido con una apariencia de agudeza. Pido todo esto con la mente puesta fundamentalmente en que las enseñanzas de estas escuelas se dirijan a los miembros más jóvenes de la universidad. Los hombres empleados en cualquier tipo de tarea manual, la cual les procura su sustento, no suelen abrazar la noción de que pueden aprender cualquier otro arte con el único propósito de divertirse; no ocurre así con los aprendices: y es de la máxima importancia, diré más, es la única cosa de verdad importante, enseñarles lo que significa realmente dibujar; y no tanto con el objetivo de enseñarles cómo producir un buen trabajo por sí mismos, sino de que sepan reconocerlo cuando lo hayan hecho otros. Como ya he apuntado, un buen trabajo, en el más estricto sentido de la palabra, no está al alcance de un aficionado; y un buen trabajo, en todos los sentidos, es decir, provechoso para uno mismo y para el resto, solo puede alcanzarse si desde el principio se le ha mostrado al aprendiz de lo que es capaz, y de lo que no; qué le es accesible, y qué no; que tengan desplegados delante de sí el esplendor y la severidad que emanan de la infinitud de reglas demostradas. No es una cuestión que deba apabullarlo: el hombre bien capaz de sentirse apabullado ya reviste grandeza; tampoco somos capaces de esperar con sabiduría, ni de entender de verdad, hasta que no hemos sido humillados por nuestra esperanza y deslumbrados por nuestro entendimiento. Iré aún más lejos, atreviéndome a asegurar que lo que deben enseñar principalmente a estos hombres no es tanto lo que son capaces de hacer, como aquello de lo que son incapaces; hacerles ver cuánto hay en la naturaleza que se resiste a ser imitado, y cuánto en el hombre imposible de ser emulado. Solo puede considerarse realmente formado en el Arte aquel cuya obra completa sea

apenas una débil señal de glorias que ni siquiera puede expresar, un débil canal para medirse, con creciente admiración, con ese abismo enorme e imposible de atravesar que Dios ha dispuesto entre las inteligencias excepcionales y las inteligencias comunes de la humanidad: y todos los triunfos del Arte accesibles al hombre solo están genuinamente coronados por el puro deleite en las escenas mismas de la Naturaleza, y por la sagrada y desinteresada veneración, susceptible de verse noblemente avergonzada, y trémulamente exaltada, frente a la presencia de un espíritu humano superior al suyo.

Sobre la tesorería de los reyes

«Cada uno tendréis un pastel de sésamo, y diez libras»
LUCIANO. *El pescador*

Mi primer deber esta tarde es pedirles perdón por la ambigüedad del título bajo el que se ha anunciado el tema de esta conferencia: porque no cabe duda de que no me dispongo a hablar de reyes, conocidos por reinar, ni de tesorerías, entendidas como procuradoras de riqueza; sino de realezas y de tipos de riquezas de un orden muy distinto al habitual. Incluso me había propuesto solicitar durante un rato su atención confiando en ocultar, con la más imperfecta astucia de la que fuera capaz, lo que más deseaba mostrarles (al igual que uno en ocasiones se las ingenia para arrastrar a un amigo a ver su objeto de decoración favorito), hasta que, después de recorrer serpenteantes senderos, hubiéramos alcanzado inesperadamente el enfoque más óptimo. Sin embargo —y dado que también he oído a personas duchas en dirigirse a un auditorio comentar que un conferenciante no cuenta con método más eficaz de agotar a sus oyentes que forzarlos a seguirle sin ofrecerles pistas acerca de sus propósitos—, voy a arrancarme la liviana máscara de buen principio, diciéndoles abiertamente que deseo hablarles acerca de los tesoros ocultos en los libros; y acerca de cómo los encontramos y cómo los perdemos. Un asunto serio, dirán; ¡y amplio! Sí; tan amplio que ni siquiera me esforzaré en abarcar su perímetro, me limitaré a exponerles unos contados pensamientos sencillos sobre la lectura, los cuales me resultan más acuciantes cada día que pasa, mientras asisto al posicionamiento de la opinión pública respecto al crecimiento diario de los recursos educativos; y la correspondiente expansión de los exámenes surgidos de la irrigación de la literatura.

Ocurre que tengo una conexión práctica con escuelas que atienden a jóvenes de diferentes clases; y recibo numerosas cartas de padres sobre la educación de sus hijos. Entre esta montaña de cartas siempre me llama la

atención la relevancia que tiene en la mente de los padres —y particularmente en la de las madres— la idea de «una buena posición», muy por encima de otras cuestiones. «La educación apropiada para tal o cual *posición*». Esta es la frase, y este el objetivo, siempre. Hasta donde yo entiendo, nunca van detrás de una buena educación en sí misma; incluso el concepto abstracto de una óptima capacitación raramente es mencionado por los escritores. Pero una educación destinada a «colocar sobre los hombros de mi hijo un buen abrigo; una que debería facultarle para llamar con resolución al timbre de las visitas en aquellas puertas con doble timbre; una que, en última instancia, debería desembocar en la instalación de una puerta de doble timbre en su propia casa; en pocas palabras, una que le permitiera progresar en la vida; es *esto* por lo que rezamos de rodillas y esto es *todo* por lo que rezamos». A los padres nunca parece ocurrírseles que pueda existir una educación que, en sí misma, sea un progreso en la Vida; que toda educación que no lo sea quizás suponga un progreso en la Muerte; y que esta educación esencial podría adquirirse, u ofrecerse, más fácilmente de lo que se imaginan, si se encaminaran hacia ella del modo correcto; mientras que no se deriva precio y ventaja alguno de hacerlo del modo incorrecto.

Ciertamente, entre las ideas predominantes y eficaces en la mente de este país, laborioso donde los haya, la primera de todas —o, por lo menos, aquella que es expresada con la mayor de las franquezas, y servida a los jóvenes como el más apropiado de los estímulos de cara a que se esfuercen — es esta del «progreso en la vida». ¿Puedo rogarles que reflexionen conmigo acerca de lo que implica esta idea en la práctica, y lo que debería abarcar?

Hoy, desde un punto de vista práctico, «progresar en la vida» significa hacerse visible en esta vida; alcanzar una posición que pueda ser considerada honorable y respetable por los demás. Por lo general, no entendemos por semejante avance el mero hecho de ganar dinero, sino el que se sepa que se ha ganado; no el simple hecho de haberse alcanzado un objetivo, sino el que se note que así ha sido. En pocas palabras, de lo que hablamos es de la gratificación de nuestra sed de aplausos. Aunque debilidad de las mentes nobles, esta sed también lo es de las mentes débiles; y, en su conjunto, la influencia de más vigoroso impulso entre los seres humanos corrientes: los mayores esfuerzos de la raza siempre se han podido

rastrear hasta el amor al elogio, igual que las mayores catástrofes se han rastreado hasta al amor por el placer.

No me dispongo a atacar o defender tal impulso. Solo pretendo que entiendan cómo se halla en la raíz del esfuerzo; especialmente del esfuerzo moderno. Para nosotros la gratificación de la vanidad es el estímulo del esfuerzo y el bálsamo del reposo; toca de tan cerca los mismos resortes de la vida que, cuando nos referimos (de verdad) a las heridas infligidas a nuestra vanidad, las medimos en relación a la *mortalidad*; lo llamamos «mortificación», empleando idéntica expresión que la que aplicaríamos a un incurable dolor corporal fruto de una gangrena. Y, aunque algunos de nosotros poseamos los conocimientos médicos suficientes para reconocer los variados efectos que semejante pasión tiene sobre la salud y la energía, creo que los hombres honestos reconocen, y admitirían sin dudarlo, el poder troncal que ejerce sobre sus motivaciones. No es común que el marinero desee que lo nombren capitán solo porque es consciente de poder gobernar mejor el barco que el resto de marineros a bordo. Quiere que lo nombren capitán para que lo llamen capitán. No es usual que el clérigo quiera ser nombrado obispo solo porque se crea el único capacitado para sortear con firmeza las dificultades a las que se enfrenta la diócesis. Por encima de todo, quiere ser nombrado obispo para que lo llamen «Mi Señor». Y el príncipe no acostumbra a desear extender, o un sujeto obtener, un reino porque esté convencido de que nadie está más capacitado para servir al Estado desde su trono; sino, en pocas palabras, para ser llamado «Su Majestad» por el mayor número de labios que puedan ser obligados a pronunciarlo.

Siendo esta la principal idea contenida en «progresar en la vida», su grado se aplica a cada uno de nosotros de acuerdo a nuestra condición, reflejada especialmente en un efecto secundario que se deriva de tal avance, al que llamamos «frecuentar la buena sociedad». Deseamos entrar en ella, no de cara a poseerla, sino a ser vistos dentro de ella: y nuestra noción de su calidad depende primariamente de su visibilidad.

¿Me disculparán si realizo una pausa con la intención de formular una pregunta que temo que valorarán impertinente? Nunca puedo avanzar con una conferencia a menos que sienta, o sepa, si mi audiencia está conmigo o contra mí: no me importa mucho al principio; pero debo saber dónde se encuentra; y de buen grado querría saber en este instante si consideran que

estoy rebajando las motivaciones de la acción común. Esta noche estoy resuelto a rebajarlas lo necesario para que lleguen a admitirse como probables; pues, siempre que en mis escritos sobre Ciencias Económicas asumo que algo de honestidad, o generosidad —o lo que solía llamarse «virtud»— pueden suponerse entre las motivaciones humanas para la acción, la gente por sistema me replica: «No puede contar con ello: eso no se halla en la naturaleza humana: fuera de la codicia y los celos, nada puede asumirse como común al hombre; ningún otro sentimiento influye jamás sobre él, solo con alguna excepción accidental y siempre que no tenga relación con los negocios». En consecuencia esta noche empiezo de muy abajo en la escala de motivaciones; mas debo saber si piensan que procedo bien. Por lo tanto, permítanme solicitarles que levanten la mano aquellos que admitan que el amor al elogio supone, por lo general, la más fuerte de las motivaciones en la mente humana a la hora de progresar, y que el deseo honesto de realizar algún tipo de deber queda por entero en un segundo plano. *[En torno a una docena de manos se alzan; la audiencia se muestra en parte insegura acerca de la seriedad del conferenciante, y en parte reservada a la hora de manifestar su opinión]*. Hablo en serio, de verdad quiero saber lo que piensan; de todas formas, puedo conseguirlo lanzando la pregunta inversa. ¿Podrían levantar la mano aquellos que piensen que el deber es la primera motivación y el amor al elogio la segunda? *[Se informó de que una mano se alzó detrás del conferenciante]*. Muy bien: veo que están conmigo, y que no consideran que he arrancado demasiado cerca del suelo. A continuación, sin seguir provocándoles a base de preguntarles sobre más asuntos, me aventuraré a asumir que admitirían que el deber es una motivación secundaria o terciaria. Consideran que el deseo de realizar algo útil, o de obtener algún provecho real, es sin duda una idea colateral en la actualidad, de carácter secundario, en el anhelo por avanzar de la mayoría de los hombres. Me concederán que hombres moderadamente honestos desean una posición y un cargo que, por lo menos en cierta medida, les otorguen un poder caritativo; y que desearían asociarse antes con gente sensata e instruida que estúpida e ignorante, independientemente de si se los ve o no en compañía de los sensatos. Y, finalmente, sin que les incordie con la repetición de perogrulladas muy gastadas acerca del valor de los amigos, y de la influencia de los compañeros, admitirán sin duda que nuestras opciones básicas de alcanzar la felicidad y la utilidad dependerán de la

sinceridad detrás de nuestro deseo de que nuestros amigos sean auténticos y nuestros compañeros inteligentes, y en proporción a la seriedad y la discreción con que escojamos a ambos.

Pero aun considerando que tuviéramos tanto la voluntad como la sensatez para escoger bien a nuestros amigos, ¡qué pocos contamos con el poder! O, cuanto menos, ¡qué limitado resulta para la mayoría el abanico de opciones! El grueso de nuestras asociaciones está determinado por el azar o la necesidad; y restringidas a un círculo estrecho. No podemos conocer a los que quisiéramos; y aquellos a los que sí conocemos no podemos tenerlos cerca cuando más los necesitamos. Todos los círculos superiores de la inteligencia humana solo están parcial y momentáneamente abiertos a aquellos que están debajo. La buena fortuna puede permitirnos un atisbo de un gran poeta, escuchar el sonido de su voz; o formularle una pregunta a un hombre de ciencia y obtener de él una respuesta amable. Podemos entrometernos diez minutos en la conversación que se desarrolla en el gabinete de un ministro, probablemente obteniendo respuestas peores que el silencio, viéndonos engañados; o cazar al vuelo, en una o dos ocasiones a lo largo de nuestra vida, el privilegio de lanzar un *bouquet* de flores a los pies de una princesa, o ser destinatarios del afable vistazo de una reina. Y, sin embargo, codiciamos estas oportunidades; dedicamos nuestros años, pasiones y energías a ir detrás de poco más que ellas; mientras, en paralelo, existe una sociedad continuamente abierta a nosotros, gente dispuesta a hablarnos el tiempo que queramos, independientemente de nuestro rango u ocupación; hablarnos seleccionando las mejores palabras a su alcance, y sobre los temas más cercanos a su corazón. Y dado que esta sociedad resulta tan numerosa y gentil, y que podemos hacerla esperar cuanto nos plazca, reyes y hombres de Estado aguardando con paciencia, no a otorgar audiencia, ¡sino a recibirla!, en antesalas estrechas y parcamente amuebladas, las estanterías de nuestras bibliotecas, no nos apercibimos de su compañía, quizás no escuchemos jamás ni una sola de las palabras que nos dirían, ¡y así el día entero!

Posiblemente me comenten, o piensen para sí mismos, que la apatía con que respondemos a la compañía de esta noble gente, que nos suplica que la escuchemos; y las ansias con que buscamos la compañía de aquellos que nos desprecian, probablemente gente innoble, que nada tiene que enseñarnos, está enraizada en lo siguiente, que podemos ver la cara de los

vivos, y que es con ellos, y no con sus palabras, con lo que deseamos familiarizarnos. Pero esto no es así. Imaginen que nunca tuvieran la oportunidad de ver sus rostros; imaginen que pudieran colocarse detrás de una pantalla en el gabinete del hombre de Estado, o en la cámara del príncipe, ¿acaso no agradecerían poder escuchar sus palabras, pese a estarles vetada la posibilidad de apartar la pantalla y salir a su encuentro? Y, en cambio, cuando la pantalla es un poco menor, doblada en dos partes en vez de en cuatro, y pueden ocultarse tras la cubierta que encuaderna un libro, y escuchar durante todo el día, no conversaciones descuidadas, sino discursos pensados, firmes y escogidos de los más sabios entre los hombres, ¡desprecian formar parte de semejante audiencia y de un consejo tan honorablemente informado!

Probablemente me dirán que esto es debido a que los seres vivos hablan de asuntos que están ocurriendo, los cuales despiertan su inmediato interés, su deseo de escucharlos. No, no es así, puesto que los seres vivos te hablarán mucho mejor acerca de los asuntos de actualidad por escrito que en sus conversaciones descuidadas. Pese a todo, admito que esta motivación sí que les influye desde el momento en que prefieren los escritos rápidos y efímeros a los lentos y perdurables; a los que, en propiedad, llamamos libros. Porque todos los libros pueden dividirse en dos categorías, los libros del momento y los libros eternos. Quédense con esta distinción, no implica solo una cuestión de calidad. No es meramente que el libro malo no dure y que los buenos sí lo hagan. Es una distinción de especies. Existen buenos libros para el momento y buenos libros para la eternidad; malos libros para el momento y malos libros para la eternidad. Antes de ir más lejos, debo definir cada tipo.

Empecemos por el buen libro del momento —no hablo de los malos—, que es simplemente aquella conversación agradable o útil con una persona con la que, de otro modo, no podrías conversar y a la cual accedes por la vía impresa. Con frecuencia resulta de mucha utilidad, al explicarte lo que debes saber; con frecuencia resulta muy placentera, como lo serían las razonables palabras de un amigo cercano. Estos brillantes recuentos de viajes; amables e inteligentes discusiones; vívidas o patéticas narraciones en forma de novela; hechos explicados con rigor por los verdaderos actores implicados en los acontecimientos históricos; todos estos libros del momento, que se van multiplicando entre nosotros a medida que la

educación se extiende, suponen un peculiar atributo de la época actual: deberíamos estarles por entero agradecidos, al tiempo que por entero avergonzados de nosotros mismos si no hacemos un buen uso de ellos. Sin embargo, hacemos el peor uso de ellos si les permitimos usurpar el lugar de los libros auténticos; pues, en sentido estricto, no se trata en absoluto de libros, sino de cartas o periódicos impresos con calidad. Las cartas de nuestros amigos pueden resultar hoy encantadoras, o necesarias: si debemos conservarlas o no, será una cuestión a meditar. El periódico se revelará de lo más pertinente durante el desayuno, pero seguramente no nos procurará lectura para todo el día. Así pues, aunque se presente encuadernada en forma de volumen, esa larga carta que tan placenteramente te pone al corriente de los hoteles, las carreteras, el clima, lo que ocurrió tal año en tal sitio, o que te cuenta una historia divertida, o que te ofrece las verdaderas circunstancias de este o aquel evento, por valiosa que sea de cara a hacer referencia ocasional a todo esto, no puede considerarse en absoluto un «libro» ni se puede «leer» en el sentido estricto del término. Esencialmente, un libro no es algo que habla sino algo que está escrito; y escrito no con vistas a una mera comunicación sino a perdurar. El libro del habla se imprime por la sola razón de que su autor es incapaz de hablar con miles de personas a la vez; si pudiera, lo haría —el volumen resultante supone una simple *multiplicación* de su voz—. No puedes hablar con tu amigo que se encuentra en India; si pudieras, lo harías; en vez de eso le escribes: esto no significa más que una *transferencia* de la voz. No obstante, un libro no se escribe con el único objetivo de multiplicar una voz, ni de transportarla, sino de perpetuarla. Su autor tiene algo que decir que percibe como auténtico y provechoso, o bello en el sentido de que es susceptible de ayudar. Hasta donde él es consciente, aún no lo ha dicho nadie; hasta donde él es consciente, nadie más puede decirlo. Está llamado a decirlo, con claridad y de forma melodiosa, si está capacitado para ello; le resulta evidente que ha de hacerlo ocurra lo que ocurra. En el conjunto de su vida encuentra que este asunto, o grupo de asuntos, se le ha manifestado —se trata de un pedazo de conocimiento auténtico o de visión que su ración de sol y de tierra le han permitido capturar—. De buen grado lo registraría para siempre; si pudiera, lo grabaría sobre la roca, diciendo: «He aquí lo mejor de mí; en cuanto al resto, comí, bebí, dormí, amé y odié, igual que el resto; mi vida fue como el vapor, y ya no es; pero esto sí que lo vi y lo supe: si

hay algo mío digno de ser recordado, es esto». He aquí su «escritura»; pese a la modesta escala humana, y con independencia del grado de verdadera inspiración que mostró, esto es su inscripción, su firma. Esto es un «Libro».

¿Quizás piensen que jamás se escribieron libros así?

Pero de nuevo les pregunto si creen en absoluto en la honestidad, o en la amabilidad, ¿o acaso piensan que nunca hay rastro de honestidad o benevolencia en la gente sabia? Espero que no haya nadie entre nosotros tan infeliz como para pensar así. En cualquier caso, todo ingrediente del trabajo de un hombre que ha sido confeccionado con honestidad y sabiduría puede considerarse su libro o su creación artística. Siempre aparece mezclado con fragmentos desafortunados; un trabajo defectuoso, redundante y afectado. Mas si lo lees correctamente, no te costará descubrir los ingredientes auténticos, y esos *son* el libro.

Libros de este tipo han sido escritos en todas las épocas por los hombres más elevados, por grandes líderes, estadistas y pensadores. Todos están a su disposición: y la Vida es corta. Ya lo han oído en múltiples ocasiones: sin embargo, ¿han cartografiado y le han tomado las medidas a esta vida tan corta? ¿Y a sus posibilidades? ¿Saben que si leen esto no pueden leer lo otro, que lo que hoy pierden no lo podrán recuperar mañana? ¿Acudirán a cotillear con la criada o con el mozo de los establos, cuando pueden hablar con reyes y reinas; o se vanagloriarán de haber sido valiosamente conscientes de que sus aspiraciones a obtener estima les han conducido a repartir empujones entre los hambrientos y las vulgares muchedumbres con tal de conseguir acceder aquí y obtener una audiencia allá, cuando todo el rato esta eterna corte ha permanecido accesible, al igual que su sociedad, tan extensa como el mundo, tan multitudinaria como sus días, la sociedad de los escogidos y los poderosos de todas las épocas y lugares? En ella siempre tienes las puertas abiertas; en ella puedes obtener hermandad y rango de acuerdo a tus deseos; una vez dentro de ella, nada puede desterrarte excepto tus propios errores; por la aristocracia y compañerismo que en ella encuentres, la aristocracia inherente a ti será puesta a prueba con toda seguridad, y se valorarán las motivaciones que te empujan a alcanzar altos puestos en la sociedad de los vivos, así como toda la verdad y autenticidad que hay en ellos, de acuerdo al lugar que desees ocupar cuando les hagas compañía a los Muertos.

«Al lugar que desees» y, añadiría, al lugar en el que encajes; pues obsérvese que esta corte del pasado difiere de cualquier aristocracia viva en lo siguiente: está abierta al trabajo y al mérito, a nada más. No habrá riqueza capaz de sobornar, nombre, de intimidar, ni artificio, de engañar a los guardianes de estas puertas del Eliseo. En un sentido profundo, ninguna persona vulgar o vil accede jamás ahí. Ante las *portières* de este silencioso Faubourg Saint-Germain solo se formula una pregunta breve: «¿Mereces entrar? Adelante. ¿Solicitas ser compañero de los nobles? Procede con nobleza y lo serás. ¿Ansías la conversación de los sabios? Aprende a entenderla y la escucharás. ¿Existen otros términos? No. Si no te elevas hacia nosotros, nosotros no nos agacharemos hacia ti. El caballero vivo puede simular cortesía; el filósofo vivo explicarte su credo con una molestia considerable; pero aquí ni fingimos ni interpretamos; deberás alzarte hasta el nivel de nuestros pensamientos para regocijarte en ellos, y compartir nuestros sentimientos si deseas reconocer nuestra presencia».

Esto es lo que entonces debes hacer, y he de admitir que es mucho. Dicho sucintamente, debes amar a esta gente si vas a encontrarte entre ella. La ambición no tiene cabida. Ellos desprecian tu ambición. Debes amarlos y demostrarles tu amor de las dos maneras siguientes.

(1) Primero por un deseo auténtico de que te enseñen y de entrar en sus pensamientos. Entrar en los suyos, atención; no hallar los propios expresados por ellos. Si la persona que escribió el libro no es más sabia que tú, no necesitas leerlo; si lo es, pensará de modo distinto a ti respecto a muchas cosas.

(2) Estamos muy predispuestos a decir de un libro: «Qué bueno es, ¡eso es exactamente lo que pienso!». Sin embargo, el sentimiento correcto es: «¡Qué extraño es! Jamás había pensado en eso, pero ahora veo que es cierto; o si ahora no lo veo, espero hacerlo algún día». Independientemente de si actúas de forma sumisa o no, asegúrate, por lo menos, de acudir al autor en busca de *su* significado, no con el fin de encontrar el tuyo. Si te consideras cualificado, júzgalo después; pero primero determínalo. Y, en el caso de que el autor merezca la pena por algo, asegúrate también de que no abrazarás su significado de golpe; no llegarás de un modo sensato a su significado completo hasta que haya transcurrido mucho tiempo. Esto no significa que no diga lo que piense, y además con palabras contundentes; mas no puede decirlo todo; y, lo que resulta más extraño, no *querrá* decirlo,

sino a través de un método oculto y construido a partir de parábolas, con el fin de asegurarse que lo deseas de verdad. No acabo de entender la razón de esto, ni de la cruel reticencia que albergan algunos sabios con el fin de esconder sus pensamientos más profundos. No te los ofrecen tanto en forma de ayuda como de recompensa; y se asegurarán que los merezcas antes de que puedas acceder a ellos. Lo mismo ocurre con un equivalente físico de la sabiduría, el oro. Ni para usted ni para mí parece haber razón alguna por la que las corrientes eléctricas de la tierra no debieran transportar todo el oro que en ella hubiera hasta las cimas de las montañas, de modo que los reyes y el pueblo pudieran saber que todo el oro a su alcance se halla ahí; y, sin las molestias derivadas del cavar, de la ansiedad, del azar o de la pérdida de tiempo, poder desmenuzar y acuñar tanto como necesitaran. Pero la Naturaleza no funciona así. Lo coloca en pequeñas grietas de la tierra, nadie sabe dónde: puedes cavar largo rato y no encontrar nada; debes cavar penosamente para encontrar algo.

Y lo mismo ocurre con la mayor de las sabidurías del hombre. Cuando aterrizas en un buen libro, debes preguntarte: «¿Me siento inclinado a trabajar como lo haría un minero de Australia? ¿Están mis picos y palas en orden, y yo mismo en óptima forma, mis mangas arremangadas hasta los codos, mi respiración y mi estado anímico a punto?». Aun a riesgo de cansar, estiremos un poco más la analogía dado que es profundamente útil, imaginando que el metal tras el que vamos es la mente o el pensamiento del autor, y sus palabras son las rocas que debes romper y fundir para acceder a él. Y tus picos son el cuidado, la astucia y el aprendizaje que pongas; y los altos hornos son tu propia alma pensativa. No esperes llegar hasta el significado de ningún buen escritor sin estas herramientas y este fuego; antes de poder obtener un solo gramo de metal, con frecuencia requerirás del más preciso y afilado de los cinceles, y de una pacientísima labor de fundición.

Por consiguiente, con plena seriedad y autoridad les digo (sé que *llevo la razón* en esto) que lo primero que han de hacer es habituarse a mirar con intensidad las palabras, asegurándose de entender su significado, sílaba a sílaba —aún mejor, letra a letra—. Pues si bien es solo gracias al modo en que se oponen unas palabras a otras, y sus respectivos sonidos, en tanto que signos que podemos llamar al estudio de los libros «literatura» y, si bien existe consenso entre las naciones a la hora de llamar a un hombre versado

en ellos un hombre de letras, en vez de un hombre de libros o de palabras, uno no puede dejar por todo ello de conectar tan accidental nomenclatura con el siguiente hecho probado: que uno podría leer todos los libros del Museo Británico (en el supuesto de poder vivir lo suficiente) y seguir indefectiblemente siendo una persona «analfabeta» y sin formación; en cambio, bastaría leer diez páginas de un buen libro, letra a letra —es decir, con verdadero rigor—, para ser por siempre jamás, y en cierta medida, una persona formada. La diferencia esencial entre la formación y la no formación (en lo que concierne meramente a la parte intelectual) radica en el rigor. Un *gentleman* con una buena educación puede no conocer muchos idiomas, puede que no sea capaz de hablar más que el propio, y puede haber leído escasos libros. Pero sea cual sea el idioma que conozca, lo conoce con rigor; cualquier palabra que pronuncie, la pronunciará con corrección; por encima de todo, está versado en el *peerage* de las palabras; distingue de un vistazo las palabras de linaje auténtico y de sangre antigua de las palabras del moderno *canaille*; recuerda todos sus ancestros, matrimonios endogámicos, parientes lejanos, hasta qué extremo fueron admitidas y los cargos que desempeñaron entre la nobleza nacional de las palabras en cualquier momento histórico y país. Por el contrario, una persona no educada puede conocer, de memoria, muchos idiomas, y hablarlos todos, aunque no conocer en verdad una sola palabra de los mismos, ni siquiera una palabra del suyo propio. Un marinero astuto y sensato del montón estará capacitado para partir con destino a la mayoría de puertos; mas basta con que pronuncie una única frase en cualquier idioma para demostrarse una persona analfabeta: de idéntica forma, el acento o un giro expresivo en una sola frase delatará de inmediato a un erudito. Y esto es sabido con rotundidad y admitido sin ninguna reserva entre las personas formadas, hasta el punto que un falso acento o una sílaba equivocada bastan en el parlamento de cualquier nación civilizada de cara a otorgar a un hombre un nivel de inferioridad para siempre.

Y esto es correcto; pero supone una lástima que tal precisión no sea más contundente y se destine a más altos propósitos. Está bien que el abuso de equivocados términos en latín provoque sonrisas en la Cámara de los Comunes; pero está mal que equivocados *significados* en inglés *no* provoquen en ella un alzamiento de cejas. Préstese atención al acento de las palabras; y con detenimiento; pero, si es a su significado a lo que se le

presta todavía más atención, serán menos los que superen la prueba. Unas pocas, bien seleccionadas y distinguidas palabras harán el trabajo que se le niega a un millar, cuando todas actúan equívocamente ejerciendo las funciones que les corresponden a otras. En efecto; y las palabras, al verse desatendidas, desempeñarán en ocasiones una labor nefasta. Ahora mismo tenemos palabras enmascaradas zumbando y merodeando entre nosotros en Europa; jamás hubo tantas, debido a la expansión de una «información» superficial, emborronada, torpe e infecciosa o, mejor dicho, de una desinformación omnipresente, y debido a la enseñanza en las escuelas del catecismo y de frases hechas, en vez de significados. Hay palabras enmascaradas que vienen de fuera, las cuales nadie comprende pero todo el mundo usa, y la mayoría de la gente llegará a pelear por ellas, vivir por ellas e incluso morir por ellas, imaginando que significan esto o lo otro, o lo de más allá, cualquier cosa que les resulte valiosa: pues tales palabras visten mantos camaleónicos, mantos del color de la tierra más a gusto del consumidor; sobre esa tierra yacen a la espera, resquebrajándola con un salto. Nunca hubo depredadores más traviesos, diplomáticos más astutos ni envenenadores más mortales que estas palabras enmascaradas; son los injustos custodios de todas las ideas del hombre: sea cual sea el capricho o el instinto favorito que más le embelese, el hombre se lo entrega a su predilecta palabra enmascarada para que se lo cuide; al final la palabra acaba teniendo un poder infinito sobre él, no puedes acceder a él si no es a través de su mediación.

Y en el caso de idiomas tan mestizos en su crianza como el inglés, se ha hecho entrega al hombre de un poder fatal de equivocación, tanto si lo desea como si no, al ser capaz de emplear términos en latín o en griego para expresar ideas que quieren que suenen horribles, y sajonas o términos comunes cuando quieren que suenen vulgares. Qué efecto más saludable y singular, por ejemplo, se produciría en las mentes de los hombres habituados a confundir la Forma de la «Palabra» que suelen emplear con el Poder que esta palabra les comunica, si por sistema nos abstuviéramos de, o rechazáramos, la forma griega «biblios» o «biblion» como expresión correcta de «libro», utilizándola solo cuando buscáramos revestir de dignidad a la idea, traduciéndola en el resto de las ocasiones. Qué saludable resultaría para tanta gente sencilla si, en lugares como (tomemos por caso) Hch 19,19, conserváramos la expresión griega en vez de traducirla,

teniendo pues que leer: «Muchos de ellos recurrieron también a raras artes, reunieron sus biblias y les prendieron fuego delante de todos los hombres; y procedieron a calcular su precio, ¡descubriendo que alcanzaba el de cincuenta piezas de plata!». O si, de forma inversa, tradujéramos en vez de abstenernos, y siempre dijéramos «El Libro Sagrado», en vez de «La Sagrada Biblia», con lo que quizás entraría en más cabezas que ahora el hecho de que la Palabra de Dios, antaño artífice del reino de los cielos y garante hoy de su llegada[2], no puede regalarse a nadie encuadernada en cuero marroquí; ni ser sembrada en cualquier esquina con la ayuda de un arado o de una plancha a vapor; pero, de todas maneras, nos es ofrecida y la ofrecemos a diario con desprecio; y es sembrada en nosotros y por nosotros para, al instante, atragantarnos.

Por lo que, de nuevo, reflexionemos acerca del efecto producido en la vulgar mente inglesa por el uso de la forma latina *damno*(2) al traducir la griega καταδικάζω{1}, cuando la gente caritativa desea imponerla a la fuerza; y la sustitución de la misma por el moderado «condenar», cuando optan por mostrarse suaves; y cuántos notables sermones han sido pronunciados por clérigos analfabetos sobre «Aquel que cree no será condenado»; aunque se encogerían horrorizados si tradujeran Hb 11,7: «La salvación del hogar por el que maldijo al mundo», o Jn 10,11, «“Mujer, ¿no te ha maldecido hombre alguno?” Ella dijo: “Ningún hombre, Señor”. Jesús le respondió: “Yo tampoco te maldigo: marcha y no vuelvas a pecar”». Y causas que han dividido la mente de Europa, provocando mares de sangre, y por la defensa de las cuales se ha enviado a las más nobles mentes humanas a una vertiginosa desolación, incontables en número como las hojas de un bosque —aunque en su corazón estuvieran fundadas en motivos profundos — y, pese a todo, causas defendidas principalmente gracias a la adopción en Europa del término griego para designar una reunión pública, «ecclesia», de cara a otorgar una peculiar respetabilidad a tales reuniones cuando tuvieran detrás motivos religiosos; y otras equivocaciones colaterales, como la nacida de emplear en inglés vulgar la palabra *priest* [sacerdote] en tanto que contracción de *presbyter* [presbítero].

Así las cosas, y de cara a hacer un uso apropiado de las palabras, detengámonos en el hábito de adoptar. Prácticamente todas las palabras de un idioma lo han sido con anterioridad de algún otro —del sajón, alemán, francés, latín, o griego (por no hablar de los dialectos orientales y

primitivos)—. Y muchas palabras lo han sido de todos; es decir, primero fueron griegas, luego latinas, a continuación francesas o alemanas, y por último inglesas: atravesando ciertos cambios de sentido y uso en los labios de cada nación; pero conservando un profundo significado vital, que todos los buenos académicos sienten al emplearlas, incluso a día de hoy. Si desconoces el alfabeto griego, apréndelo; ya seas joven o viejo —chico o chica—, quienquiera que seas, si tu intención es leer seriamente (lo que, por descontado, implica que dispones de algo de tiempo libre), estudia el alfabeto griego; luego provéete de buenos diccionarios de todas esas lenguas y, siempre que te asalte una duda acerca de alguna palabra, rastréala con paciencia. Empieza por leer con detenimiento las lecciones de Max Müller; y, acto seguido, jamás dejes escapar una palabra que te parezca sospechosa. Supone una labor ardua; mas la encontrarás, incluso al principio, interesante y te acabará resultando infinitamente divertida. Y, a nivel general, la ganancia que le reportará a tu carácter, tanto en poder como en precisión, será bastante incalculable.

Atención, esto no implica saber, o intentar aprender, griego o latín, o francés. Se necesita toda una vida para llegar a dominar a la perfección un idioma. Pero puedes determinar con facilidad los significados por los que ha atravesado un término inglés; y aquellos que deben seguir palpitando en el trabajo de un gran escritor.

A continuación, de cara a echar mano de un ejemplo, con su permiso les leeré detenidamente unas líneas de un libro de verdad; y veré qué obtenemos de ellas. Recurriré a un libro que es de sobra conocido por ustedes. No hay palabras inglesas que nos resulten más familiares, aunque pocas se han visto declamadas con menos sinceridad. Tomaré prestadas las siguientes líneas de *Lycidas*:

El último en llegar, el último en partir,
el piloto del lago de Galilea.
Dos pesadas llaves acarreaba de metales idénticos,
(la de hierro abre, la de hierro cierra con firmeza),
sacudió sus mechones mitrados, y con voz grave habló:
«¡Con cuánto placer te hubiera sustituido, joven admirador,
por tantos de aquellos que para saciar su apetito
reptan, penetran y trepan por el redil!
Poco reparan en otros menesteres
que no sea el de mezclarse en los banquetes de los esquiladores,

y expulsar de ellos a los que fueron dignamente invitados;
¡bocas ciegas! ¡Apenas saben cómo sostener
un cayado, ni han aprendido la menor de las tareas
propias del noble arte del pastoreo!
¿Qué los inquieta? ¿Qué necesitan? Solo van apresurados;
y cuando escuchen sus magras y estruendosas canciones
rechinar en los chamizos de desmenuzada paja;
las hambrientas ovejas alzarán la cabeza, y no serán alimentadas,
sino que infladas por el viento, y por la nauseabunda neblina que expulsan,
se pudrirán por dentro, esparciendo su fétido contagio;
excepto aquellas que el encarnizado lobo de avispadas patas
a diario devora con fruición, sin ser visto.

Reflexionemos acerca de este pasaje, y examinemos sus palabras.

En primer lugar, ¿no resulta singular el hecho de que Milton asigne a San Pedro no solo su plena función episcopal, sino los componentes de la misma que los protestantes acostumbran a rechazar de forma más apasionada? ¡Sus «mechones mitrados»! Milton no era amante de los obispos; ¿cómo puede ser entonces que San Pedro lleve mitra? «Dos pesadas llaves acarreaba». ¿Es este pues el poder de las llaves reclamadas por el Obispo de Roma? ¿Y aquí da cuenta Milton, solo al modo de una licencia poética dado lo pintoresco que resulta, de que quizás es capaz de percibir el resplandor de las llaves doradas con el fin de conseguir el efecto que busca?

No se lo crean. Los grandes hombres no hacen trucos sobre un escenario con las doctrinas de la vida y la muerte; eso solo lo hacen los hombres insignificantes. Milton sabe lo que dice; y desea comunicarlo también con su poder —va a volcar toda la fuerza presente de su espíritu en decirlo—. Pues si bien no era amante de los falsos obispos, *sí* que lo era de los auténticos; y el piloto del Lago está aquí, en sus pensamiento, fuente y cabeza del verdadero poder episcopal. Pues Milton sirve con honestidad este pasaje, «I will give unto thee the keys of the kingdom of heaven» («Y a vosotros os concederé las llaves del reino de los cielos»). Por puritano que fuera, no lo eliminaría de sus libros porque hubieran existido malos obispos; no, con el fin de entenderlo *a él*, debemos primero entender ese verso; no nos servirá mirarlo de reojo, o susurrarlo muy bajito, como si se tratara de un arma de una secta adversa. Es una aserción solemne, universal, a ser tenida profundamente en cuenta por el conjunto de las sectas. Pero quizás seamos capaces de razonar mejor sobre ella si avanzamos un poco de

cara a regresar luego a su encuentro. Pues resulta evidente que esta marcada insistencia en el verdadero episcopado se encamina a hacernos sentir con mayor hondura lo que se le puede reprochar a los falsos reclamantes del obispado; o, a nivel general, a los falsos reclamantes de poder y rango dentro del cuerpo del clero; a aquellos que «para saciar su apetito reptan, penetran y trepan por el redil».

No se piense nunca que Milton emplea estas tres palabras con el objetivo de rellenar su verso, tal y como haría un escritor descuidado. Necesita a las tres —especialmente a estas tres, más que a ningunas otras— «reptan», y «penetran» y «trepan»; no hay otras palabras que puedan o pudieran ofrecer el giro que busca, ni se podrían añadir más. Pues comprenden de forma exhaustiva las tres clases de hombres, que a su vez se corresponden con los tres caracteres, los cuales buscan de manera deshonesta el poder eclesiástico. En primer lugar, los que «reptan» hacia el redil; a los que no les importa el cargo, ni el nombre, solo la influencia secreta, y proceder desde las sombras y con astucia, consintiendo cualquier servilismo que conlleve el cargo o la conducta, con la vista puesta en discernir íntimamente, y dirigir inconscientemente, las mentes de los hombres. Luego están aquellos que «penetran» (esto es, se meten a la fuerza) en el redil, los que obtienen la atención de la vulgar multitud, y ejercen la autoridad sobre ella, por medio de la natural insolencia del corazón, la vigorosa elocuencia de la lengua y la perseverancia en una autoafirmación que a nada teme. Por último, aquellos que «trepan», los que por medio del trabajo y el aprendizaje, a un tiempo constantes y sólidos, si bien surgidos ambos de una causa egoísta desde el momento en que sirven a su propia ambición, alcanzan una alta dignidad y autoridad, convirtiéndose en «lords over the heritage» («señores sobre el patrimonio»), aunque no en «ensamples to the flock» («ejemplos para el rebaño»).

Ahora prosigamos:

Poco reparan en otros menesteres,
Que no sea el de mezclarse en los banquetes de los esquiladores.
Bocas ciegas.

Realizo de nuevo una pausa, ya que esta es una expresión rara; una metáfora equivocada podría llegar a pensar una mente precipitada y no

académica.

No es el caso; su propia audacia y concisión están pensadas de cara a invitarnos a analizar la frase con más detenimiento y a recordarla.

Precisamente esos dos monosílabos expresan con exactitud lo que se opone al recto carácter subyacente en los dos grandes cargos de la Iglesia, el de obispo y pastor.

Un «Obispo» significa «una persona que ve».

Un «Pastor» significa «una persona que alimenta».

Lo menos afín al carácter de un obispo resulta pues ser Ciego.

Lo menos afín al carácter de un pastor es desear que lo alimenten, en vez de ser él el que alimente —ser, pues, una Boca—.

Juntemos ambos reversos y obtenemos «bocas ciegas». Quizás sea pertinente profundizar un poco en esta idea. Casi todos los males de la Iglesia han brotado del hecho de que los obispos hayan deseado más *poder* que *luz*. Quieren ejercer autoridad, no velar. Su verdadero cometido no es gobernar; aunque sí pueda serlo exhortar y reprender con vigor: aquél sí que es el cometido del rey; el cometido del obispo es *velar* por el rebaño; llevar su recuento, oveja a oveja; estar siempre listo para dar explicaciones sobre el mismo. Es evidente que no puede dar cuenta de las almas que conforman su rebaño si antes no ha contabilizado sus cuerpos. Por lo tanto, lo prioritario que ha de realizar un obispo es colocarse, cuanto menos, en una posición que le permita, en cualquier momento, disponer de la historia, desde la infancia, de cada una de las almas de su diócesis, y conocer su estado actual. Al fondo de ese callejón, ¡Bill y Nancy se están sacando los dientes a puñetazos! ¿Es consciente de ello su obispo? ¿Tiene un ojo puesto en ellos? ¿Ha *tenido* en algún momento el ojo puesto en ellos? ¿Puede explicarnos bajo qué circunstancias Bill adquirió el hábito de golpear a Nancy en la cabeza? Si no es así, no es un obispo, por mucho que posea una mitra tan alta como el campanario de Salisbury; no es un obispo, ha buscado permanecer al timón en vez de subirse al mástil; ha carecido de visión panorámica sobre las cosas. «No», dirán ustedes, «no es su labor vigilar lo que hace Billy en el callejón trasero». ¡Qué! La oveja cebada que conserva toda la lana, ¿es esta la única de la que debe preocuparse mientras (volviendo a su Milton) «las ovejas hambrientas alzarán la cabeza, y no serán alimentadas, excepto aquellas que el encarnizado lobo de avispadas

patas» (no teniendo los obispos conocimiento alguno de ello), («a diario devora con fruición, sin ser visto»)?

«Pero esta no es nuestra idea de un obispo». Quizás no lo sea; mas sí que era la de San Pablo, y la de Milton. Puede que tuvieran razón, o puede que la tuviéramos nosotros; sin embargo, no debemos pensar que estamos leyendo al uno o al otro con el objetivo de cargar sus palabras con nuestros significados.

Prosigo.

> *Sino que infladas por el viento, y la nauseabunda neblina* que expulsan.

Esto supone adherirse a la vulgar explicación de que «si no se vela por los cuerpos de los pobres, sí que se vela por sus almas; cuentan con alimento espiritual».

Y Milton dice: «No disponen de nada que pueda considerarse alimento espiritual; solo están inflados por el viento». Al principio, uno puede creer que se trata de una expresión grosera y oscura. No obstante, es una vez más de una precisión muy literal. Agarren sus diccionarios de latín y griego, y encuentren el significado de «Espíritu». No es más que una contracción del término latino para «viento». Se emplea la misma palabra a la hora de escribir: «El viento sopla donde gusta»; que al escribir: «Y así son todos aquellos nacidos del Espíritu»; esto es, nacidos del *aliento*; dado que significa el aliento de Dios, en cuerpo y alma. Tenemos su verdadero significado contenido en las palabras «inspiration» («inspiración») y «expire» («expirar»). Veamos, existen dos formas de aliento que pueden colmar al rebaño, el aliento de Dios y el aliento del hombre. El aliento de Dios es salud, vida y paz para ellos del mismo modo en que lo es el aire del cielo para los rebaños en las colinas; pero el aliento del hombre —la palabra a la que él llama espiritual— supone enfermedad y contagio para ellos, igual que la niebla de la ciénaga. Con él se pudren internamente; son absorbidos por él, como un cadáver por los vapores de su propia descomposición. Esto es literalmente cierto de todas las falsas enseñanzas religiosas; la primera y última señal, y la más fatídica, es esa «absorción». Sus hijos convertidos, que aleccionan a los padres; sus convictos convertidos, que aleccionan a los hombres honestos; sus zoquetes convertidos, que, habiendo vivido la mitad de sus vidas en un estupor

cretino, de repente despiertan al hecho de que existe un Dios, creyéndose ellos Su gente y sus mensajeros; sus sectarios de todas las especies, grandes y pequeños, católicos o protestantes, de iglesias altas o bajas, por cuanto se creen poseedores en exclusiva de lo que es correcto, mientras el resto está equivocado; y, de manera preeminente en cada secta, aquellos que sostienen que los hombres pueden salvarse pensando correctamente en vez de obrando correctamente, por medio de las palabras y no de los actos, y de los deseos en vez del trabajo; estos son los verdaderos hijos de la neblina; nubes, estas, sin agua; cuerpos, estos, hechos de vapor pútrido y de piel, sin sangre ni carne; gaitas para ser tocadas por los demonios —corruptos, y corruptores—, «inflados con viento, y la nauseabunda neblina que expulsan».

Por último, volvamos a esas líneas sobre el poder de las llaves, puesto que ahora podemos entenderlas. Nótese la diferencia entre Milton y Dante en lo que respecta a la interpretación de este poder; para empezar, el segundo muestra un pensamiento más débil; supone que ambas llaves son de las puertas del cielo; una es de oro, la otra, de plata: le son entregadas a San Pedro por el ángel centinela; y no resulta sencillo determinar el significado de las esencias de los tres escalones de la puerta ni de las dos llaves. Milton, en cambio, habla de una de oro, la del cielo; la otra, de hierro, es la de la prisión a la que deben ser arrojados los perversos maestros que «se han apoderado de la llave del conocimiento, aunque sin haber entrado este en ellos».

Hemos visto que los deberes del obispo y del pastor consisten en observar y alimentar; y que, de todos aquellos que así proceden, se dice «quien da agua, agua recibe». Pero lo contrario también es cierto. Aquel que no dio agua, se marchitará a sí mismo; y aquel que no vio por los demás; se privará a sí mismo de la visión, encerrado a perpetuidad en la casa-prisión. Y esta prisión abre sus puertas aquí, igual que en el Más Allá: aquel que quiera entrar en el cielo primero tendrá que ganarse su lugar en la tierra. Un mandato de los poderosos ángeles, a imagen de los cuales era el apóstol de la roca: «Cogedlo, atadlo de pies y manos, y desterradlo», ordena, tomando medidas contra el maestro, por cada ayuda que no ha prestado, por cada verdad que ha rehusado, por cada falsedad que ha impuesto; de tal manera que más encadenado se ve cuanto más ha encadenado él, y más desterrado cuanto más ha engañado, hasta que, al final, los barrotes de la prisión de

hierro se ciñen sobre él, y «mientras el oro abre, el hierro de inmediato cierra».

Pienso que hemos extraído algo de esas líneas y que aún queda mucho por encontrar en ellas; pero ya hemos hecho suficiente de cara a poner ejemplos del tipo de análisis palabra a palabra del autor, lo que en propiedad puede considerarse «leer»; observando cada acento y expresión, y poniéndonos siempre a nosotros mismos en el lugar del autor, aniquilando nuestra propia personalidad, y buscando penetrar en la suya, de cara a ser capaces de afirmar con seguridad, «Así pensó Milton», y no: «Así pensé yo al malinterpretar a Milton». Y, por medio de este proceso, uno irá quitándole gradualmente peso al propio: «Así pensé yo» en futuras ocasiones. Empezará a percibir que lo que *uno* pensaba no era una cuestión de gran importancia; que sus pensamientos acerca de cualquier tema no son quizás los más claros y sabios a los que se puede llegar: de hecho que, a menos que uno sea una persona muy singular, no puede decirse que tengas ni siquiera «pensamientos»; que, cuando se trata de asuntos serios, careces de fundamentos para ellos[3] —no se tiene derecho a «pensar», solo a intentar aprender más acerca de los hechos—. No, lo más probable (a menos, insisto, que seas una persona singular) es que a lo largo de toda tu vida no tengas el derecho legítimo a ofrecer una «opinión» sobre asunto alguno, excepto si se trata de algo que esté al alcance de tu mano de forma instantánea. Uno siempre puede averiguar la forma de hacer aquello que dicta la necesidad, no hay ninguna duda. ¿Debes poner orden en una casa, vender una mercancía, arar un campo, limpiar una zanja? Semejantes procedimientos no requieren dos opiniones enfrentadas; es asunto tuyo si no dispones más que de una «opinión» sobre el modo con el que lidiar con asuntos de esta naturaleza. Además, fuera de las cuestiones que solo le competen a uno, no existen más que uno o dos asuntos susceptibles de que sobre ellos se tenga más que una opinión. Que la vileza y la mentira son reprobables, y que, siempre que sean descubiertas, deben ser apartadas del camino de forma instantánea; que la codicia y el amor por la confrontación son disposiciones peligrosas, incluso en los niños, y mortales en los hombres y las naciones; que, en definitiva, el Dios del cielo y de la tierra ama a la gente activa, modesta y amable, odiando a la ociosa, la orgullosa, la avariciosa y la cruel; sobre estos asuntos generales uno está llamado a tener una única y muy firme opinión. En cuanto al resto, aquello que

concierne a las religiones, los gobiernos, las ciencias, las artes, uno descubrirá que, en su conjunto, NADA puede saber, nada juzgues; por mucho que seas una persona formada, lo mejor que puedes hacer es permanecer en silencio, luchando por ser más sabio cada día, y entender un poco más los pensamientos ajenos, los cuales, a poco que procedas con honestidad, descubrirás que, incluso en el caso de aquellos surgidos de los más sabios, no consisten de mucho más que de preguntas pertinentes. Mostrar la complejidad bajo una luz más clara y desplegar frente a ti las bases para la *in*decisión, ¡eso es todo lo que pueden hacer por ti en un sentido general!, y bien por ellos y bien por nosotros si ciertamente son capaces de «mezclar la música con nuestros pensamientos y entristecernos con dudas celestiales». Este escritor, del que les he estado leyendo a ustedes, no se encuentra entre los primeros ni entre los más sabios: cuanto ve lo hace con perspicacia y, por tanto, resulta sencillo desentrañar su significado completo; pero con los más grandes entre los hombres uno no puede comprender su significado; ni siquiera ellos mismos son capaces de abarcarlo en su totalidad, resulta demasiado extenso. Supongamos que, por ejemplo, les hubiera pedido que, en vez de la opinión de Milton, buscaran la de Shakespeare respecto a este asunto de la autoridad de la Iglesia. O la de Dante. ¿Tiene alguno de ustedes, en este instante, la más remota idea de lo que ambos pensaban sobre ello? ¿Alguna vez han comparado la escena con los obispos en *Ricardo III* con el personaje de Cranmer? ¿La descripción de San Francisco y San Dominico con la de aquel que condujo a un reflexivo Virgilio a alzar la vista hacia él, *«disteso, tanto vilmente, nell´eterno esilio»;* o la de aquel junto al que Dante se irguió, *«come ‘ l frate che confessa lo perfido assassin»?* ¡Supongo que Shakespeare y Dante conocían mejor a los hombres que la mayoría de nosotros!

Ambos estaban atrapados en mitad de la lucha primordial entre los poderes temporales y espirituales. Podemos sospechar que se habían formado una opinión. ¿Pero dónde se halla? ¡Tráiganla frente a un tribunal! ¡Viertan sus credos en artículos y que puedan ser juzgados por las Cortes Eclesiásticas!

De nuevo les digo que no podrán, por mucho empeño que le pongan, llegar a las verdaderas motivaciones y lecciones de estos grandes hombres; mas un pequeño y honesto estudio de los mismos les permitirá percibir que lo que tomaron por su propio «juicio» fue un mero y azaroso prejuicio, que

iba sin remedio a la deriva, como enmarañadas hierbas de pensamiento náufrago; es más, verán cómo la mayoría de las mentes humanas no son mucho más que ásperos páramos salvajes, abandonados y persistentes, en parte yermos y en parte frondosos con pestilentes matojos, y venenosos pastos sembrados por el viento y plagados de conjeturas diabólicas; que lo primero que debes hacer por ellas, y por ti mismo, es prenderle fuego a *esto* con ansias y desprecio; reducir a montoncitos de cenizas toda la jungla, y luego arar y sembrar. Cuanto auténtico trabajo literario te aguarde en la vida debe partir de la obediencia a esta orden, «Trabaja tus tierras en barbecho, y *no siembres entre espinas*».

Una vez se ha prestado fielmente atención a los grandes maestros, de tal modo que se ha accedido a sus Pensamientos, a uno le queda un avance mayor que realizar; debe entrar en sus Corazones. Igual que uno acude en primer lugar a ellos en busca de clarividencia, luego debe permanecer con ellos con la idea de compartir finalmente su justa y poderosa Pasión. Pasión, o «sensación». No temo a esta palabra; aún menos a la cosa en sí. Últimamente han de verterse muchas acusaciones contra la sensación; sin embargo, yo puedo decirles que no es menos sensación lo que queremos, sino más. La más noble diferencia entre un hombre y otro —entre un animal y otro— es precisamente esa, que uno es capaz de sentir más que el otro. Si fuéramos esponjas, quizás la sensación no nos resultaría fácil de obtener; si fuéramos gusanos de tierra, susceptibles de vernos en cualquier momento cortados por la mitad por una pala, quizás no nos convendría demasiada sensación. Pero tratándose de seres humanos, es buena para nosotros; es más, solo somos humanos en la medida que somos sensibles, y nuestro honor está precisamente en proporción a nuestra pasión.

Ya saben que acerca de esa grande y pura sociedad de los Muertos he comentado que no permitiría «la entrada a una persona banal y vulgar». ¿A qué creen que me refería por una persona «vulgar»? ¿Qué entienden ustedes mismos por «vulgaridad»? Encontrarán que es un área de pensamiento muy fructífera; pero, en pocas palabras, la esencia de toda vulgaridad yace en la querencia de sensación. La llana e inocente vulgaridad es meramente una subdesarrollada y desentrenada brusquedad del cuerpo y de la mente; pero en la vulgaridad verdaderamente innata anida una insensibilidad espantosa que, conducida al extremo, se torna capaz de cualquier hábito o crimen bestial, sin temor, sin placer, sin horror, sin piedad. Es a través de la mano

áspera y del corazón muerto, del hábito enfermizo, de la conciencia endurecida, que los hombres se convierten en vulgares; permanecen vulgares para siempre justamente en la medida en que son incapaces de mostrar compasión —una rápida comprensión— sobre todo cuanto atañe a lo que, recurriendo a un término que no por común es impreciso, podemos llamar el «tacto» o la «capacidad de verse afectado» del cuerpo y de la mente: el tacto que la Mimosa practica con los árboles, que la mujer pura practica sobre todas las criaturas; exquisitez y completitud en la sensación, más allá de toda razón; la guía y el santificador de la razón misma. La razón no puede hacer otra cosa que determinar lo que es cierto: es la pasión que Dios le concedió a la humanidad y que por sí sola puede reconocer las buenas obras de Dios.

Así llegamos al gran vestíbulo de los Muertos, no solo para conocer gracias a ellos lo que es Verdad, sino principalmente para sentir junto a ellos lo que es justo. Ahora bien, para sentir junto a ellos debemos ser como ellos; y ninguno de nosotros puede alcanzar esto sin sufrimiento. Porque el conocimiento auténtico es conocimiento disciplinado y puesto a prueba, no el primer pensamiento en acudir, igual que la auténtica pasión es una pasión disciplinada y puesta a prueba, no la primera pasión en acudir. Lo primero que llega es lo banal, lo falso, lo engañoso: si cedes a ello te conducirá lejos y febrilmente en una búsqueda vana, arrastrado por un entusiasmo hueco, hasta vaciarte de auténtico propósito y pasión. No es que todo sentimiento accesible a la humanidad sea equivocado en sí mismo, solo es así cuando resulta indisciplinado. Su nobleza recae en su fuerza y justicia; es incorrecto cuando es débil y motivado por una causa insignificante. Existe un encantamiento mezquino, como el del niño que observa a un malabarista lanzando bolas doradas al aire; y esto es lo más bajo, si así lo desean. ¿Pero creen que el encantamiento es innoble, o la sensación menor, cuando cada una de las almas humanas es llamada a contemplar cómo las bolas doradas del cielo son lanzadas a través de la noche por la Mano que las hizo? Existe una curiosidad mezquina, como la del niño que abre una puerta prohibida, o la del sirviente espiando los asuntos de su señor; y una curiosidad noble que, enfrentada al peligro, se cuestiona el origen del gran río más allá de la orilla, el lugar de los majestuosos continentes más allá de los mares; una curiosidad aún más noble, que se cuestiona la fuente del Río de la Vida y la del espacio del Continente del Cielo, aquello «en lo que los ángeles desean

indagar». De manera que la ansiedad es innoble, cuando te lleva a entretenerte en el curso o la catástrofe de un acontecimiento ocioso; ¿pero piensan que la ansiedad es mayor o menor cuando conduce a observar, o *debería* conducirles a observar, los asuntos concernientes al destino y suerte que afectan a la vida de una nación agonizante? ¡Ay! Es la estrechez, el egoísmo, la pequeñez de sus sensaciones lo que deben deplorar hoy en Inglaterra; la sensación que se consume a sí misma en ramilletes y discursos: en deleites y fiestas; en peleas simuladas y joviales espectáculos de marionetas, mientras uno puede ver cómo son masacradas nobles naciones, hombre tras hombre, sin esfuerzo ni lágrimas derramadas.

He hablado de «pequeñez» y «egoísmo» de las sensaciones, pero habría bastado con decir «injusticia» o «no rectitud» de las sensaciones. Porque no hay nada que permita discernir mejor al caballero del individuo vulgar, ni la nación gentil (semejantes naciones existieron) de la bárbara, que esto, que sus sentimientos resulten constantes y justos, nacidos de la necesaria contemplación del pensamiento equilibrado. Puedes convencer a una turbamulta de cualquier cosa; puede que sus sentimientos, en general, resulten generosos y correctos; normalmente lo son; pero carecen de fundamentos y de gobierno sobre los mismos; uno puede deleitarla o provocarla con ellos a placer; en la mayoría de las ocasiones piensa por infección, pillando un pensamiento como quien pilla un resfriado, y no hay asunto menor que no la haga rugir salvajemente si le es de alguna utilidad; nada tan grande que no lo vaya a olvidar en una hora, cuando la utilidad se haya evaporado. Sin embargo, las pasiones de un caballero, o de una nación gentil, son justas, medidas y tenaces. Una gran nación, por ejemplo, no dedica durante meses todos los recursos de su inteligencia a analizar pruebas que incriminan a un solo rufián en un único asesinato; y durante unos cuantos años contempla a sus propios hijos matarse los unos a los otros a diario por decenas de miles, teniendo solo en cuenta cuáles serán los efectos sobre el precio del algodón, y sin detenerse a considerar cuál de los dos bandos está equivocado. Tampoco una gran nación envía a sus pobres chiquillos a prisión por robar seis nueces; y permite con una reverencia que los insolventes roben a cientos de miles, y que los banqueros, enriquecidos con los ahorros de los pobres, cierren sus puertas «impelidos por circunstancias sobre las que no tienen ningún control», y soltando un «con su permiso»; y que grandes extensiones de tierra sean adquiridas por

hombres que han hecho dinero fletando arriba y abajo del mar de China barcos de vapor armados con los que vender opio en la garganta de los cañones, cambiando así, en beneficio de las naciones extranjeras, la común demanda del bandolero «la bolsa o la vida» por «la bolsa y la vida». Tampoco una gran nación permite que la vidas de sus pobres inocentes se agosten por la neumonía, o que se pudran a resultas de plagas nacidas en estercoleros, a cambio de un beneficio de seis peniques por barba para los terratenientes; para más tarde debatir, con estúpidas lágrimas y diabólica compasión, si no se deberían piadosamente salvar, y cuidar con esmero, las vidas de sus asesinos. Asimismo, una nación que ha llegado a la conclusión de que el ahorcamiento supone el más saludable proceso para lidiar con sus homicidios en general, aún es capaz de distinguir con compasión entre los diferentes grados de culpabilidad en los homicidios; y no aúlla como una jauría de lobeznos arracimados por el frío tras la sangrienta pista de un infeliz muchacho trastornado, o como el canoso y memo Otelo, «perplejo hasta el extremo», en el preciso momento en que envía a un Ministro de la Corona a brindar corteses discursos a un hombre que con su bayoneta está matando a chicas de corta edad en presencia de sus padres, y ajusticiando a sangre fría a nobles jóvenes, con más rapidez de la que emplea el carnicero de un país en liquidar a los corderos en primavera. Y, por último, una gran nación no se mofa del Cielo y de sus Poderes, pretendiendo creer en la revelación que dicta que el amor al dinero es la raíz de *todos* los males, y declarando simultáneamente que todo acto y medida prioritarios para la nación no los impulsa, ni pretende impulsarlos, ningún otro amor.

Amigos míos, desconozco por qué ninguno de nosotros debería hablar sobre la lectura. Queremos una disciplina más aguda que la lectura; pero, en cualquier caso, estad seguros de que no podemos leer. Para la gente en un estado mental así no hay lectura posible. No hay frase alguna de un gran escritor que les resulte inteligible. En estos momentos es simple y notoriamente imposible que el público inglés pueda entender ningún escrito profundo; tan demente es su avaricia que lo ha inhabilitado para el pensamiento. Felizmente, nuestra enfermedad no es, hasta la fecha, mucho más grave que esta incapacidad para el pensamiento; no es corrupción de la naturaleza interna; seguimos sonando sinceros cuando cumplimos con nuestras intenciones; y aunque la idea de que todo debería «dar beneficios» ha infectado nuestros objetivos a un nivel profundo, hasta el extremo de

que, incluso en aquellas ocasiones en que actuamos como el buen samaritano, jamás sacamos dos peniques y se los entregamos al receptor sin decirle: «Cuando regrese, deberás entregarme cuatro peniques», en el núcleo de nuestros corazones aún queda capacidad para las pasiones nobles. Lo demostramos a través de nuestro trabajo, de nuestra guerra, incluso en esas injustas afecciones domésticas que nos llevan a enfurecernos con errores menores de carácter privado, al tiempo que nos mostramos corteses con los errores públicos de bulto: seguimos siendo industriosos hasta la última hora de la jornada, aunque añadamos la furia del jugador a la paciencia del trabajador; seguimos siendo valientes hasta la muerte, si bien incapaces de discernir la causa verdadera para entrar en combate; y seguimos profesando cariño a los de nuestra propia sangre, y a la muerte, al igual que hacen los monstruos marinos y las águilas en las montañas. Y aún existe esperanza para una nación de la que pueda decirse esto. Mientras tenga su vida en sus manos, presta a entregarla por su honor (aunque se trate de un honor ridículo), por su amor (aunque se trate de un amor egoísta) y por su trabajo (aunque se trate de un trabajo elemental), habrá esperanza para ella. Mas solo esperanza; pues esta virtud instintiva y temeraria no puede durar. Ninguna nación que ha devenido bárbara puede perdurar, independientemente de la generosidad de su corazón. Debe disciplinar sus pasiones, y encaminarlas, o serán estas las que algún día la disciplinarán *a ella* con látigos hechos de escorpiones. Por encima de todo, una nación no puede durar en tanto que turbamulta dedicada a fabricar dinero: no puede despreciar con impunidad la literatura —por el mero hecho de existir—, las ciencias, las artes, la Naturaleza, la compasión, y concentrar su alma en los Peniques. ¿Consideran duras o salvajes estas palabras? Sigan teniendo paciencia conmigo un rato más. Les demostraré su verdad, cláusula a cláusula.

(I.) En primer lugar he indicado que despreciamos la literatura. ¿Cuánta preocupación mostramos, en calidad de nación, por los libros? ¿Cuánto creen que nos gastamos en nuestras bibliotecas, sean públicas o privadas, en comparación con lo que nos gastamos en nuestros caballos? Si un hombre gasta a espuertas en su biblioteca, lo llaman loco —bibliomaníaco—. Pero jamás nadie es tildado de caballomaníaco, aunque a diario haya hombres que se arruinan con sus caballos, mientras que no nos llegan recuentos de hombres que se hayan arruinado con sus libros. O, para rebajarnos todavía

más, ¿qué precio dirían que alcanzaría el contenido de las estanterías de libros del Reino Unido, tanto públicas como privadas, en comparación con el que alcanzaría el contenido de sus bodegas de vino? ¿A qué nivel llegaría su gasto en literatura comparado con su nivel en alimentos de lujo? Hablamos de alimento para la mente, así como de alimento para el cuerpo: ahora bien, un buen libro contiene semejante alimento de forma interminable; aporta provisiones de por vida, y para lo mejor que hay en nosotros; pese a ello, ¿cuánto tiempo dedicaría la mayoría de las personas a hojear el mejor libro antes de ofrecer por él lo que cuesta un rodaballo? Aunque ha habido hombres que han dejado de comer y se han deslomado de cara a adquirir un libro, sus bibliotecas les han salido más baratas, sospecho, que la cena a la mayoría de caballeros. Somos pocos los que nos enfrentamos a tal disyuntiva, y bien triste que resulta; pues ciertamente algo preciado lo es todavía más si ha sido obtenido por medio del trabajo o del ahorro; y si las bibliotecas públicas costaran la mitad que las cenas públicas, o los libros costaran una décima parte que los brazaletes, incluso los hombres y mujeres estúpidos quizás sospecharan en algún momento que algo bueno podría obtenerse de leer, al igual que de masticar ruidosamente y de lucir: mientras que lo barata que resulta la literatura está provocando que hasta las personas inteligentes olviden que, si un libro es digno de leerse, también es digno de comprarse. Ningún libro que no valga mucho valdrá nada; ni ha prestado servicio hasta haber sido leído, y releído, y amado, y vuelto a amar; y anotado, de modo que uno pueda hacer referencia a los pasajes que desee, igual que el soldado puede escoger el arma que requiere en una armería, o una ama de casa llevar de la tienda al hogar la especie que necesite. El pan de levadura es rico; mas en un buen libro existe un pan, dulce como la miel, si estamos dispuestos a comérnoslo; y pobre de solemnidad ha de ser una familia que no pueda permitirse, al menos una vez en la vida, pagarle la cuenta al panadero a cambio de rebanadas de cebada tan multiplicables. Nos llamamos una nación rica, ¡pero somos lo suficientemente tontos e indecentes como para ir sacando de la circulación libros de nuestras bibliotecas!

(II.) He comentado que hemos despreciado a las ciencias. «¡Qué!», exclaman ustedes, «¿no estamos acaso en la primera fila de todos los descubrimientos[4], y no está todo el planeta aturdido a resultas —o por ausencia— de nuestros inventos?». Sí, ¿pero considera eso un trabajo

nacional? Ese trabajo se realiza a pesar de la nación; gracias al celo de individuos y capital privados. Estamos de sobra contentos, por descontado, de obtener beneficios gracias a las ciencias; vamos con ansias detrás de cualquier hueso científico que conserve algo de carne: pero si el hombre de ciencia acude *a nosotros* por un hueso o una corteza, ésa es otra historia. ¿Qué hemos hecho públicamente por la ciencia? Por la seguridad de nuestras embarcaciones estamos obligados a saber la hora precisa y, en consecuencia, pagamos por un observatorio; y, a través del Parlamento, cada año nos permitimos atormentarnos de cara a realizar algo, de un modo descuidado, por el bien del Museo Británico; entendiendo bien lamentablemente que este es un lugar en el que conservar animales disecados con el fin de entretener a nuestros hijos. Frente a cualquiera que se ha comprado su propio telescopio y dictamina acerca de una nebulosa, nos pavoneamos de su discernimiento como si fuera propio; si uno de cada diez mil de nuestros escuderos, al salir de caza de repente cae en la cuenta que la tierra se inventó en verdad para ser algo más que un coto de zorros, y él mismo se pone a excavar en ella, indicándonos dónde se halla el oro y el carbón, entendemos que nos es de alguna utilidad; y con toda propiedad lo investimos caballero: ¿pero podemos *nosotros* arrogarnos algún crédito sobre el modo accidental en que descubrió cómo resultarnos más útil? (La negación de tal descubrimiento entre sus hermanos escuderos quizás sí que nos desacreditaría a nosotros, siempre que llegáramos a reparar en ello). No obstante, si ustedes dudan acerca de estas generalidades, hete aquí un hecho sobre el que todos sí deberíamos interceder, ilustrativo como resulta de nuestro amor por la ciencia. Hace dos años se puso a la venta en Baviera una colección de fósiles de Solenhofen; los mejores que existen, conteniendo algunas especies únicas en su perfección y una absolutamente única en tanto que representante exclusiva de una especie (este fósil anunciaba un reino entero de desconocidas criaturas vivas). Esta colección, que entre los compradores particulares habría alcanzado en el mercado una cotización en torno a las doce mil libras, le fue ofrecida a la nación inglesa por setecientas: pero no estuvimos dispuestos a ofrecer setecientas, y todo el set se encontraría ahora en las vitrinas del Museo de Múnich si el profesor Owen, malgastando su tiempo y atormentando pacientemente al pueblo británico a través de sus representantes, no hubiera conseguido autorización para abonar cuatrocientas de una tacada, ¡debiendo constar él

mismo como valedor de las trescientas restantes!, que aquéllos sin duda la restituirán en algún momento, si bien con amargura y sin importarle lo más mínimo el asunto entre manos; aunque dispuesto a pavonearse si algún crédito emerge de él. Consideren lo que significa este hecho, se lo ruego, desde una perspectiva aritmética. Su presupuesto anual de gasto público (un tercio del cual va destinado al complejo militar) es, al menos, de cincuenta millones. Bien, aproximadamente setecientas libras son a cincuenta millones lo que siete peniques son a dos mil libras. Imaginemos, por tanto, que un caballero de ingresos desconocidos, pero cuya riqueza podría calcularse a partir del dato de que gasta dos mil libras al año solo en los muretes que rodean su jardín y en sirvientes, se declarara amante de las ciencias; y que uno de sus criados acudiera excitado a contarle que una colección única de fósiles, los cuales contienen pistas acerca de una nueva era de la creación, puede obtenerse por siete peniques; que el caballero que es amante de las ciencias, y gasta dos mil libras en su jardín, contestara, tras mantener a su sirviente en ascuas durante meses: «¡Bien! Te daré cuatro peniques por ellos, ¡si tú avalas los tres restantes hasta el año próximo!».

(III.) ¡He comentado que han despreciado el Arte! «Qué», repiten una vez más, «¿acaso no disponemos de exposiciones artísticas que se extienden a lo largo de varias millas? ¿Y no pagamos miles de libras por un solo cuadro? ¿Y no contamos con más escuelas e instituciones académicas de las que ninguna otra nación ha tenido jamás?». Es cierto, pero todo esto solo ha sido en beneficio del negocio. De buen grado venderían cuadros como venden carbón, y loza como venden hierro; le sacarían el pan de la boca al resto de naciones si pudieran; al ser incapaces de hacer esto, su ideal de vida consiste en permanecer de pie en las carreteras que cruzan el mundo, como aprendices de Ludgate, gritándoles a los que pasan por delante: «¿Qué le falta?». No saben nada acerca de sus propias facultades o circunstancias; imaginan que entre sus húmedos, llanos y gordos campos de arcilla pueden obtener rápidamente arte sofisticado, igual que los franceses entre sus bronceadas viñas, o los italianos bajo sus acantilados volcánicos; este Arte puede aprenderse, lo mismo que la posesión de libros y, una vez aprendido, les proveerá de más libros. Cuidan de los cuadros, sin duda, igual que de los carteles que cuelgan de sus tétricos muros. Siempre hay espacio en los muros para que puedan leerse los carteles; nunca para poder contemplar los cuadros. Desconocen los cuadros de que disponen (por

reputación) en el país, ni si son auténticos o falsos, ni si se conservan apropiadamente o no; en el extranjero uno encuentra los más nobles cuadros del mundo pudriéndose lentamente en un ruinoso abandono (en Venecia pudo verse a las armas austríacas apuntando intencionadamente a los palacios que los contenían); y si oyeran decir que los mejores cuadros de Europa iban a ser mañana empleados como sacos de arena en los fuertes de Austria, no les preocuparía tanto como la posibilidad de llevarse una o dos presas menos al zurrón tras una jornada de cacería. Así es su amor nacional por el Arte.

(IV.) Han despreciado a la Naturaleza; es decir, al conjunto de profundas y sagradas sensaciones servido por los parajes naturales. Los revolucionarios franceses convirtieron las catedrales de Francia en establos; ustedes han convertido las catedrales de la Tierra en pistas de carreras. Su única concepción del placer radica en atravesar sus pasillos montados en trenes y comer en sus altares[5]. Han tendido un puente para el paso del ferrocarril sobre las cascadas de Schaffhausen. Han perforado los acantilados de Lucerna para construir túneles junto a la capilla de Tell; han destruido la orilla de Clarens del lago de Ginebra; no existe un solo valle tranquilo en Inglaterra que no hayan llenado con el bramido del fuego; no queda una sola partícula de tierra inglesa que no hayan rellenado con cenizas de carbón[6]; tampoco una sola ciudad extranjera donde la huella de su paso por sus agradables barrios viejos y encantadores jardines no esté marcada por una incontenible lepra de nuevos hoteles y perfumerías: los mismos Alpes, amados con tanta reverencia por sus propios poetas, representan para ustedes postes enjabonados en un parque de atracciones, por los cuales intentan trepar para caer a las primeras de cambio entre «gritos de deleite». Cuando se han cansado de tanto gritar, no quedándoles ya voz con la que articular su satisfacción, rompen la quietud de los valles con salvas de pólvora, corriendo hacia casa, encarnados con erupciones cutáneas de engreimiento y locuaces entre convulsos ataques de hipo producidos por la autosatisfacción. Creo que los dos espectáculos humanos más penosos de los que he sido testigo, captando el significado profundo de los mismos, han sido las turbamultas inglesas en el valle de Chamouni, divirtiéndose a base de disparar oxidados obuses; y los cultivadores suizos de Zurich expresando su cristiano agradecimiento por la ofrenda del vino, a base de reunirse en grupos en las «torres de la viñas» para ir cargando y

disparando lentamente sus pistolas de la mañana a la tarde. Es lamentable albergar pobres concepciones del deber; más lamentable aún, me parece, albergar concepciones así de la alegría.

Finalmente, desprecian la compasión. No se requiere de mis palabras para demostrarlo. Me contentaré con reproducir una de esas noticias de periódico que acostumbro a recortar y guardar en un cajón; aquí va una del *Morning Post*, publicada a principios de este año (1865); […] se limita a relatar un hecho bien frecuente hoy en día; solo que este contó con la particularidad de acabar en manos de un juez de instrucción. Voy a imprimir el párrafo en color rojo. No duden de que los hechos que se exponen están escritos con este color, dentro de un libro en el que todos nosotros, alfabetizados y analfabetos, algún día encontraremos escrita nuestra página.

El viernes el juez de instrucción Señor Richards llevó a cabo una investigación en la White Horse Tavern, Christ Church, Spitalfields, en relación a la muerte de Michael Collins, 58 años. Mary Collins, una mujer de aspecto andrajoso, afirmó vivir con el difunto y su hijo en una habitación en el número 2 de Cobb´s Court, Christ Church. El difunto era un «transformador» de botas. La testigo salía a comprar viejas botas; el difunto y su hijo las remendaban, y luego la testigo las vendía por las tiendas al precio que pudiera conseguir, que ciertamente era muy bajo. El difunto y su hijo solían trabajar día y noche con el fin de permitirse un poco de pan y té, así como pagar la habitación (2 chelines a la semana), manteniendo de esta forma unido el hogar. La noche del viernes el difunto se levantó de su catre y comenzó a temblar. Arrojó sus botas al suelo exclamando: «Algún otro tendrá que acabarlas cuando yo no esté, pues ya no puedo más». Carecían de lumbre y dijo: «Me sentiría mejor con un poco de calor». La testigo cogió un par de botas transformadas para venderlas en una tienda, pero solo pudo obtener 14 peniques por los dos pares, ya que los dueños del negocio le dijeron: «Necesitamos obtener nuestro beneficio». La testigo obtuvo 14 lib. de carbón, y un poco de pan y de té. El hijo pasó la noche en vela realizando las «transformaciones» para conseguir dinero, pero el difunto falleció el sábado por la mañana. La familia nunca tuvo suficiente para comer. Juez: «Me parece deplorable que no acudieran al hospicio». Testigo: «Queríamos las comodidades de nuestro pequeño hogar». Un miembro del

jurado inquirió sobre estas comodidades, puesto que no vio más que un poco de paja en un rincón de la habitación, cuyas ventanas estaban rotas. La testigo comenzó a llorar y dijo que disponían de una colcha y de otras posesiones menores. El difunto había afirmado que jamás irían al hospicio. En verano, cuando la climatología era buena, en ocasiones llegaban a ganar hasta diez chelines a la semana. Por sistema ahorraban de cara a la siguiente semana, que solía ser mala. En invierno no obtenían ni siquiera la mitad de esa cantidad. En los últimos tres años habían ido de mal en peor. Cornelius Collins dijo que había asistido a su padre desde 1847. Solían trabajar hasta tan entrada la noche que ambos habían estado a punto de perder la visión. Una película cubría ahora los ojos de la testigo. Cinco años atrás el difunto había acudido a la parroquia. El encargado de repartir ayuda le dio 4 libras de pan y le dijo que, si regresaba, debería «cargar con las piedras»[7]. Esto disgustó al difunto y se propuso no volver a tener tratos con ella. La situación empeoró y empeoró hasta el pasado viernes, cuando no tenían ni medio penique para comprarse una vela. El difunto se estiró entonces sobre el lecho de paja y afirmó que no llegaría hasta la mañana. Un miembro del jurado: «Usted misma está muriendo de malnutrición, debería ir al hospicio hasta que llegue el verano». Testigo: «Si entráramos en él, moriríamos. Al salir con el verano seríamos como personas que acabaran de caer del cielo. Nadie nos conocería, y ni siquiera dispondríamos de una habitación. Si ahora contara con comida, podría ponerme a trabajar ya que mi visión mejoraría». El doctor G. P. Walker dijo que el difunto murió de un síncope, a resultas de agotamiento por falta de alimento. El difunto carecía de ropa de cama. En los últimos cuatro meses no había comido otra cosa que pan. En su cuerpo no había rastro de grasa. No tenía enfermedad alguna pero, de haber recibido asistencia médica, podría haber sobrevivido al síncope del desmayo. Después de que el juez de instrucción remarcara la penosa naturaleza del caso, el jurado sirvió el siguiente veredicto: «El difunto murió de agotamiento por falta de alimento y de las necesidades básicas para vivir; también por carencia de asistencia médica».

«¿Por qué razón la testigo no quiso acudir al hospicio?», se preguntarán. Bueno, la pobre parecía albergar algún prejuicio acerca del mismo que los ricos no poseen; pues, por descontado y en un sentido genérico, todo aquel que recibe una pensión del Gobierno entra en un hospicio[8]: solo los

hospicios para los ricos no llevan adherida la idea de trabajo, y deberían llamarse propiamente teatros(3). Pero parece ser que a los pobres le gusta morir de forma independiente; quizás si hiciéramos que los teatros fueran lo suficientemente bonitos y agradables para ellos, o si les abonáramos sus pensiones en sus casas, y les permitiéramos introducirse un poco en el desfalco de dinero público, sus mentes podrían reconciliarse con las condiciones en las que se encuentran. Mientras tanto, aquí están los hechos: hacemos que nuestra asistencia les resulte tan insultante, o tan dolorosa, que antes prefieren morir que tomarla de nuestras manos; o, una tercera alternativa, los dejamos tan faltos de educación y en una estulticia tal que se mueren de hambre como bestias salvajes y estúpidas, incapaces de saber qué hacer o qué pedir. Yo digo que ustedes desprecian la compasión; si no lo hicieran, una noticia de periódico como esta sería tan imposible en un país cristiano como que se permitiera un asesinato deliberado en la vía pública. ¿«Cristiano», he dicho? ¡Ay! Si fuéramos completamente *a*-cristianos, resultaría imposible: es nuestro cristianismo imaginario el que nos ayuda a cometer semejantes crímenes, dado que nos deleitamos y regocijamos en nuestra fe por la indecente sensación que nos procura; disfrazándola, como a todo lo demás, de ficción. El dramático cristianismo del órgano y del pasillo, de los servicios al amanecer y las reposiciones al atardecer, la Cristiandad que no tememos mezclar burlona y gráficamente con nuestras obras sobre el diablo en las Satanellas, Robertos, Faustos; himnos entonados detrás de ventanas de tracería para generar efectos, y modulando artísticamente el *Dio* a partir de variaciones y más variaciones sobre oraciones imitadas (mientras, al día siguiente, repartimos panfletos sobre lo que suponemos que significa el Tercer Mandamiento en beneficio de los blasfemos sin educación); este cristianismo activado e inspirado por el gas con el que triunfamos, al tiempo que recogemos el dobladillo de nuestras sotanas para evitar que las toquen los herejes que nos lo disputan. Pero dar un ejemplo de rectitud cristiana común por medio de un sencillo acto o vocablo inglés; hacer que la ley cristiana reglamente de algún modo la vida, y, acto seguido, fundar un acto Nacional, o una esperanza: ¡demasiado bien sabemos a qué se presta nuestra fe de cara a conseguirlo! Les resultaría más sencillo obtener relámpagos a partir de humo de incienso que auténtica acción o pasión a partir de su moderna religión inglesa. Sería preferible que se deshicieran del humo y de los tubos del órgano:

déjenselos, junto a las ventanas góticas y las vidrieras pintadas, a sus propietarios; despréndanse del fantasma del carburador de hidrógeno con una saludable expiración y cuiden de Lázaro en los escalones de entrada. Pues existe una verdadera Iglesia allá donde una mano es tendida para procurar ayuda, y esta es la única Iglesia sagrada o Iglesia Madre que siempre hubo, o que siempre habrá.

Repito pues que todos estos placeres y virtudes ustedes los desprecian como nación. Cuentan entre ustedes, por descontado, con individuos que no; cuyo trabajo, fortaleza, vida y muerte les insuflan vida, sin que por ello jamás les den las gracias. Por idénticos motivos, su riqueza, diversión y orgullo resultarían imposibles si no fuera por aquellos a los que desdeñan y olvidan. La policía, que patrulla arriba y abajo por las oscuras avenidas para vigilar la culpa que en ellas han creado; y que, en cualquier momento, pueden acabar con sus cerebros machacados y verse mutilados para siempre, sin recibir nunca agradecimiento; el marinero luchando contra la furia del mar; el estudiante tranquilo volcado en su libro o su vial; el trabajador común cumpliendo con sus tareas sin alabanzas ni apenas pan, mientras sus caballos arrastran sus carretas, desesperanzados y desposeídos: estos son los hombres que hacen vivir a Inglaterra; pero no conforman la nación; solo son su cuerpo y su energía, actuando en base a viejos hábitos en una convulsa perseverancia, mientras la mente está en otra parte. Nuestro propósito y deseo Nacional consiste únicamente en ser entretenidos; nuestra religión Nacional es la representación de las ceremonias eclesiásticas, y los sermones acerca de soporíferas verdades (o mentiras) para mantener a la turbamulta trabajando mansamente, mientras nosotros nos divertimos; y la necesidad de este ocio nos está ciñendo, como una enfermedad febril que provoca sequedad de boca y miradas perdidas; insensible, disoluta, inclemente. Con qué literalidad la palabra *dis-ease* [enfermedad], la Negación o Imposibilidad de *ease* [alivio], expresa con amplitud el estado moral de nuestra Industria Inglesa y sus Entretenimientos.

Cuando los hombres se afanan de forma apropiada, su diversión crece a partir de su trabajo, de la misma manera que los coloreados pétalos lo hacen de una flor llena de frutos; cuando se muestran atentamente serviciales y compasivos, todas sus emociones se vuelven firmes, profundas y duraderas, vivificantes para el alma como el pulso natural para el cuerpo. Pero ahora, desprovistos de auténticas ocupaciones, vertemos toda nuestra energía

masculina en la falsa labor de la producción de dinero; y carentes de emociones verdaderas, debemos tener emociones falsas que se nos presenten disfrazadas para que juguemos con ellas, no de un modo inocente, como niñas que juegan con muñecas, sino de un modo culpable y turbio, igual que los idólatras judíos con sus pinturas en las paredes de las cavernas, obligando a los hombres a cavar para detectarlas. No ejercemos justicia, la imitamos en las novelas o sobre un escenario; la belleza que destruimos en la naturaleza la sustituimos por la metamorfosis de la pantomima, y (requiriendo nuestra naturaleza humana de forma imperiosa de *algún* tipo de asombro y dolor) el noble pesar con el que deberíamos haber cargado junto a nuestros hermanos, y las lágrimas puras que junto a ellos deberíamos haber vertido, lo sustituimos por el regodearnos con el patetismo que desprenden los juzgados de guardia, recolectamos el rocío nocturno de la tumba.

Resulta difícil estimar el verdadero significado de estas cosas; los hechos son sobradamente aterradores; el grado de culpa nacional que acarrean quizás no sea tan grande como parecería a simple vista. Permitimos o causamos miles de muertes a diario, pero no deseamos hacer daño; prendemos fuego a casas, y arrasamos con los campos de los agricultores, aunque nos lamentamos por haber herido a alguien. Seguimos teniendo buen corazón; seguimos siendo capaces de ser virtuosos, pero del modo en que lo son los niños. Al final de su larga vida, Chalmers, después de haber ejercido un gran poder sobre el público y haberse visto acosado gravemente por una alusión a la «opinión pública», pronunció esta acalorada exclamación: «El público es solo un bebé grande». Y la razón por la que me he permitido mezclar tan serios pensamientos con una indagación acerca de los métodos de lectura es porque, cuantos más defectos y miserias nacionales observo, más se reducen a estados infantiles de analfabetismo y carencia de formación respecto a los más comunes hábitos del pensamiento. Repito que no es vicio, ni egoísmo, ni insipidez cerebral lo que debemos lamentar; sino una temeridad propia de un escolar encerrado en sí mismo, que solo difiere de la del verdadero escolar en su incapacidad para verse socorrida, puesto que no reconoce a maestro alguno.

Una curiosa tipología entre nosotros aparece reflejada en una de las encantadoras y olvidadas obras del último de nuestros pintores mayores. Es un dibujo del camposanto de Kirkby Lonsdale con su riachuelo, su valle,

sus colinas y un arrugado cielo matinal coronándolo. Sin reparar en todo esto, como tampoco en los muertos que han abandonado estos valles y cielos por otros, un grupo de escolares ha apilado sus pequeños libros sobre una tumba con la intención de lanzarles piedras. También puede interpretarse que jugamos con aquellas palabras de los muertos que nos aleccionarían, y los alejamos a pedradas con nuestra imprudente y amarga voluntad; no se repara apenas en que esas hojas que el viento escampa se han apilado, no solo sobre una tumba, sino sobre el lacre de una cripta hechizada —es más, contra la verja de una gran ciudad de reyes durmientes, que por nosotros se despertarían y junto a nosotros caminarían, si supiéramos invocarlos por sus nombres—. Con cuánta frecuencia, incluso habiendo llegado a traspasar las marmóreas verjas de acceso, no hacemos más que pasear entre estos viejos reyes en reposo, y tocamos con los dedos los ropajes con los que yacen, y desplazamos las coronas sobre sus frentes; y, pese a esto, continúan en silencio, no aparentando ser otra cosa que polvorienta imaginería; porque desconocemos el ensalmo del corazón que los despertaría; el cual, de llegar a escucharlo, los conduciría a reunirse con nosotros, recuperando su poder de antaño, levantando sus escrutadores ojos hacia nosotros, y examinándonos; y, a imagen y semejanza del modo en que los reyes caídos del Hades salían al encuentro de los caídos y les decían: «¿Os habéis debilitado tanto como nosotros, os habéis convertido en uno de nosotros?», también estos reyes, con sus intactas y fijas diademas, nos recibirían diciéndonos: «¿Os habéis convertido en puros y poderosos de corazón como nosotros, os habéis convertido en uno de nosotros?».

Poderosos de corazón, poderosos de mente —«magnánimos»—: ser así supone sin duda proceder con grandeza en la vida; ir siéndolo de forma progresiva supone ciertamente «avanzar en la vida» —en la vida en sí misma— no en sus trampas. Amigos míos, ¿recuerdan esa vieja tradición escita cuando fallecía el cabeza de familia? ¿Cómo se le vestía con sus más preciados ropajes, se le subía a su cuadriga para ser conducido a las casas de sus amigos; y cada uno de estos lo colocaba a la cabecera de la mesa, procediendo a continuación a celebrar un banquete en su presencia? Imaginen que se les ofreciera con palabras sencillas, igual que les *es* ofrecido con hechos terribles, la posibilidad de hacerse merecedores de este honor escita de forma gradual, mientras pudieran seguir considerándose seres vivos. Imaginen que la oferta fuera la siguiente: Deberá morir

lentamente; su sangre a diario enfriarse; su piel, petrificarse; su corazón, emitir sus latidos postreros como si se tratara de un conjunto de oxidadas válvulas de hierro. Su vida se desvanecerá delante suyo, y se hundirá bajo tierra hasta el hielo de Cania; pero, día a día, su cuerpo irá vistiéndose de forma más vistosa y se subirá a más altas cuadrigas, y lucirá más condecoraciones en la solapa —y coronas en su cabeza, si así lo desea—. A su paso la gente hará reverencias, se quedará embobada y proferirá gritos, se arracimará detrás suyo, calle arriba y calle abajo; le construirá palacios, celebrará banquetes durante toda la noche consigo encabezando la mesa; su alma estará lo suficientemente dentro suyo como para saber lo que están haciendo, y sentir el peso del traje dorado sobre los hombros y cómo el filo de la corona se ciñe sobre el cráneo; ya basta. ¿Aceptarían la oferta realizada verbalmente por el ángel de la muerte? ¿Piensan que los más infames entre ustedes lo harían? Sin embargo, en verdad y en la práctica todos la aceptamos en cierta medida; algunos hasta las últimas consecuencias y en todo su horror. Cualquier hombre que desea avanzar en la vida sin saber lo que es la vida la acepta; también el que solo aspira a tener más caballos, sirvientes, fortuna y honores públicos, y *no* más alma personal. Solo avanza en la vida aquel cuyo corazón se reblandece, cuya sangre se calienta, cuyo cerebro gana en rapidez, cuyo espíritu está penetrando en la paz Viviente. Y los que poseen esta vida dentro de sí mismos son los auténticos caballeros o reyes sobre la Tierra —ellos y solo ellos—. El resto de reinos, siempre que sean auténticos, no son más que derivaciones o emanaciones prácticas de aquéllos; si son menos que ellos, entonces o bien son monarquías histriónicas, espectáculos costosos, organizados ciertamente con joyas auténticas en vez de oropel, pero, aun así, solo pasatiempos de las naciones; o bien no son monarquías en absoluto, sino tiranías, o meramente el resultado práctico y activo de la demencia nacional; razón por la cual he dicho de ellas en otra parte: «Los gobiernos visibles son los juguetes de algunas naciones, las enfermedades de otras, los arneses de algunas, y las cargas de muchas».

Pero no tengo palabras para expresar el asombro que me produce seguir escuchando hablar de Reinos, incluso entre los hombres más sensatos, como si las naciones gobernadas fueran propiedades privadas, y pudieran ser compradas y vendidas, u obtenidas por otras vías, igual que si se tratara de ovejas, de cuya carne el monarca fuera a alimentarse, y cuya lana fuera a

recolectar; como si el indignado epíteto que Aquiles dedicó a los reyes inferiores, «comedores de personas», fuera el título más pertinente y duradero de todos ellos; ¡y la expansión de los dominios de un rey significaba lo mismo que el aumento de los territorios de un ciudadano común! Los monarcas que piensen así, por mucho poder que acaparen, no pueden ser los verdaderos monarcas de una nación, igual que los tábanos no pueden considerarse los monarcas de un caballo; le chupan la sangre, y pueden volverlo loco, mas no lo guían. Si uno pudiera ver con claridad, constataría que ellos, junto a sus cortes y sus ejércitos, no son más que una numerosa especie de mosquito de las ciénagas, dotado de trompas en forma de bayoneta con las que emite bramidos melodiosos y orquestales a través de los aires veraniegos; siendo quizás el crepúsculo el momento más adecuado, pero raramente el más saludable, para formar sus relucientes nubes de pequeños mosquitos. Mientras tanto, los auténticos monarcas gobiernan con calma, si es que llegan a hacerlo, pues detestan la labor; muchos de ellos hacen «il gran rifiuto» (la gran renuncia); y, si no lo hacen, la turbamulta, tan pronto detecta que les puede ser de utilidad, casi seguro que se apresta a desencadenar un «gran rifiuto» en *su* nombre.

Con todo, el rey visible puede convertirse en uno auténtico si llega el día en que estima su dominio por la *fuerza* que desprende, no por sus límites geográficos. Importa bien poco si el río Trent te recorta un trozo de tierra aquí o el Rin te rodea un castillo por allá. Pero a ti, rey de los hombres, sí que te importa la certeza de poder decirle a un individuo: «Márchate», y que él se marche; y a otro: «Ven», y que él venga. Poder alterar su curso, como haces con el Trent, y adónde les ordenas venir, y adónde marchar. A ti te importa, rey de los hombres, si tus súbditos te odian, y mueren junto a ti, o te aman, y viven junto a ti. Puedes medir mejor tus dominios contabilizando por multitudes que por millas; y contabiliza grados de latitud amorosa no procedentes de, sino en dirección a un ecuador de un calor y una infinitud maravillosos.

¡Medida! No, ustedes no saben medir. ¿Quién debe medir la diferencia entre el poder de aquellos que «hacen y enseñan», y que son los más grandes en los reinos tanto de la tierra como del cielo, y el poder de aquellos que deshacen y consumen cuyo poder, en su máxima expresión, se reduce al de la polilla y la herrumbre? ¡Extraño resulta pensar en el modo en que los reyes de las Polillas apilan tesoros para la polilla; y los reyes de

la Herrumbre, que para las fuerzas de sus gentes son como la oxidación para la armadura, apilan tesoros para la herrumbre; y los reyes de los Atracadores, tesoros para el atracador, pero qué pocos han sido en cambio los reyes que han reunido tesoros que no han necesitado de guardián alguno, tesoros para los que cuantos más ladrones hubiera, ¡mejor! Sotana bordada, solo para alquilarse; timón y espada, solo para deslustrarse; joyas y oro, solo para desperdigarse; han existido tres clases de reyes que han acumulado estos. Imaginemos que surgiera una cuarta Orden de reyes, la cual hubiera leído, en algún oscuro y antiguo documento, que existe un Cuarto tipo de tesoro, al que ni las joyas ni el oro podían igualar, y que se resistía a ser valorado en términos de oro puro. Un lienzo primorosamente tejido con la rueca de Atenea; una armadura forjada con fuego divino por una fuerza volcánica; oro extraído del mismísimo corazón rojo del sol, allá donde se posa sobre los acantilados de Delfos; ¡un tejido de profunda hermosura!; ¡una armadura impenetrable!; ¡oro potable!; los tres grandes Ángeles de la Conducta, el Esfuerzo y el Pensamiento, que siguen llamándonos, esperando junto a los pilares de nuestras puertas, de cara a conducirnos con su poder alado y guiarnos con sus infalibles ojos ¡por el sendero que ningún ave de corral conoce y que los ojos del buitre jamás han visto! ¿Podemos imaginar que alguna vez se alzaran reyes que escucharan y creyeran semejantes palabras, y reunieran y mandaran traer tesoros de Sabiduría para sus gentes?

¡Qué empresa tan fantástica resultaría *esta*! ¡Qué inconcebible bajo el prisma del estado actual de nuestra sabiduría nacional! ¡Que convocáramos a nuestros campesinos para realizar ejercicios con libros en vez de con bayonetas! ¡Organizar, entrenar, pagar un sueldo y liderar correctamente ejércitos de pensadores en vez de ejércitos de acuchilladores! Encontrar igual diversión en las salas de lectura que en los campos de tiro. Otorgar premios por apuntar certeramente a un hecho igual que por impactar sobre el blanco de una diana. Expresada con palabras justas, ¡cuán absurda se antoja la idea de que la riqueza de los capitalistas de las naciones civilizadas se destinara a la literatura en vez de a la guerra!

Tengan un poco más de paciencia conmigo, mientras les leo una sola frase, extraída del que probablemente sea el único libro digno de llamarse así de cuantos he escrito, aquel que con mayor seguridad y por más tiempo permanecerá (si es que nada permanece) de entre toda mi obra.

Resulta una forma terrible de operar la que tiene la riqueza en Europa cuando la riqueza de sus capitalistas es la que sostiene por completo guerras injustas. Las guerras justas no necesitan de tanto dinero para ser sostenidas; puesto que la mayoría de los hombres que desatan estas, lo hacen gratis; pero en el caso de una guerra injusta se requiere comprar los cuerpos y las almas de los hombres; además de los mejores instrumentos bélicos para su servicio, lo que dispara al máximo los costes del conflicto; por no hablar del coste derivado del simple miedo, y de la sospecha rabiosa, entre naciones que no encuentran entre sus multitudes la gracia y la honestidad necesarias para comprar una hora de paz mental; tal y como ocurre ahora con Francia e Inglaterra, que se compran mutuamente diez millones de libras esterlinas en consternación cada año (una cosecha marcadamente pobre, hecha a medias de espinas y hojas de álamo, sembrada, cosechada y almacenada mediante la «ciencia» del moderno responsable de políticas económicas, dando lecciones de codicia en vez de verdad). Y, si no es a través del pillaje del enemigo, todas las guerras injustas son únicamente susceptibles de ser sostenidas por medio de los préstamos de los capitalistas, préstamos que luego son devueltos recurriendo a los impuestos de los ciudadanos, los cuales no tienen voz en el asunto, deviniendo en consecuencia la voluntad de los capitalistas la raíz primigenia de la guerra; pero su verdadera raíz es la codicia del conjunto de la nación, que la vuelve inmune a la fe, la franqueza y la justicia, lo que, con el transcurso del tiempo, acarrea pérdidas y castigos por separado para cada persona.

Observemos que Francia e Inglaterra se compran literalmente *pánico* la una a la otra; cada una desembolsa anualmente diez mil veces diez mil libras canjeables por terror. Ahora supongamos que, en vez de comprar estos diez millones anuales canjeables por pánico, resolvieran estar en paz la una con la otra, adquiriendo diez millones anuales canjeables por conocimiento; y que cada nación gastara sus diez mil veces diez mil libras anuales en fundar bibliotecas reales, galerías de arte reales, museos reales, jardines reales, y lugares de reposo. ¿De algún modo no sería mejor tanto para Francia como para Inglaterra?

Aún falta mucho hasta que esto ocurra. Sin embargo, deseo que no transcurra mucho tiempo hasta que se funden bibliotecas reales o nacionales en cada ciudad notable, con series reales de libros en ellas; las mismas series en cada una, libros seleccionados, los mejores en su género, elaborados de la forma más perfecta posible para esas series nacionales; sus textos impresos en hojas de idéntico tamaño, con márgenes amplios, divididos en agradables volúmenes, ligeros al peso, bellos, robustos y meticulosos en el trabajo del encuadernador; y que estas grandes bibliotecas estén accesibles a las personas aseadas y pacíficas durante todas las horas de la mañana y de la tarde; y que se impongan estrictos reglamentos para garantizar esta limpieza y este silencio.

Podría delinear planes alternativos para sus galerías de arte, sus galerías de historia natural, y para numerosos objetos preciosos —muchos, a mi parecer, necesarios—; pero este plan respecto a los libros es el más sencillo y necesario, y se demostraría un tónico de peso para eso que llamamos nuestra constitución británica, la cual últimamente ha caído en la hidropesía, y da muestras de una sed maliciosa, y de un apetito malicioso, y requiere pues de una alimentación más saludable. Han visto derogadas sus leyes del maíz; si no pueden conseguir que en aquélla se aprueben leyes respecto al maíz, procuren ocuparse de un pan mejor; un pan elaborado a partir de ese antiguo y embrujador grano árabe, el sésamo, capaz de abrir puertas; no las puertas de los ladrones, sino las de la Tesorería de los Reyes.

Tráfico

Ofrecida en el Ayuntamiento de Bradford
[21 de abril, 1864]

Estimados amigos de Yorkshire, me habéis traído hasta aquí, entre vuestras colinas, con la intención de que os hable acerca de este edificio de la Bolsa que vais a construir: pero, solicitando por adelantado vuestro perdón con absoluta seriedad, voy a abstenerme de hacer nada parecido. No puedo hablar, o cuanto menos puedo decir bien poco, acerca de este edificio de la Bolsa. Debo referirme a otras cuestiones, mas no por propia voluntad; no sería merecedor de su perdón si, cuando me invitaron a hablar sobre un tema, yo *voluntariamente* hablara de otro. Sin embargo, no puedo disertar con propiedad acerca de aquello que no me interesa; y, de buenas a primeras, debo decirles simple y llanamente que *no* me importa este edificio de la Bolsa de ustedes.

Si, en cualquier caso, en el momento en que cursaron mi invitación yo les hubiera contestado: «No acudiré, no me interesa la Bolsa de Bradford», ustedes se habrían sentido ofendidos con justicia, al desconocer los motivos de tan abrupto desinterés. De manera que he venido hasta aquí con la esperanza de que me permitan explicarles con detenimiento por qué en esta, como en tantas otras ocasiones, he optado por guardar silencio, cuando antaño me habría aferrado a la posibilidad de dirigirme a un auditorio tan gentil.

En pocas palabras, no me importa este edificio de la Bolsa porque a *ustedes* tampoco; y porque saben perfectamente que no puedo conseguir que les importe. Consideren los aspectos generales de este caso que ustedes, en su calidad de hombres de negocios, conocen a la perfección, aunque quizás piensen que yo los he olvidado. Van a gastarse 30.000 libras que para ustedes, en tanto que colectivo, no suponen nada; la compra de un abrigo nuevo, dado el coste que implica, supone para mí un asunto de mayor

relevancia que para ustedes levantar este nuevo edificio de la Bolsa. Pero quizás piensen que su dinero bien puede conseguirles lo que buscan. Saben que por ahí uno encuentra numerosos estilos arquitectónicos bien raros; no quieren caer en el ridículo; entre diversos nombres, les ha llegado el mío en calidad de respetable comerciante de arquitectura, de manera que me han hecho traer para que les indique las modas preeminentes; y cuáles son los más deliciosos y novedosos pináculos que hay ahora en oferta en nuestras tiendas.

Discúlpenme por ser tan franco, pero uno no puede esperar obtener buena arquitectura limitándose a solicitar el consejo de alguien de forma ocasional. Toda buena arquitectura es la expresión del carácter y la vida nacionales; y es el resultado de un gusto nacional a la vez entusiasta y dominante, o de un anhelo de belleza. Y quiero que se detengan a valorar el significado profundo del término «gusto»; porque ninguna de mis proclamas ha despertado controversia con más frecuencia y gravedad que aquella que sostiene que el buen gusto es esencialmente una cualidad moral. «No», afirman muchos de mis antagonistas, «el gusto es una cosa y la moral es otra. Dinos lo que es bello: te agradeceremos saberlo; pero no necesitamos que nos sermonees, incluso en el supuesto de que fueras capaz de ofrecer sermones, cosa que dudamos».

Permítanme, por consiguiente, reforzar de algún modo este viejo dogma mío. El gusto no es solo parte e indicador de la moralidad; es la ÚNICA moral. La pregunta más pertinente y rotunda que se le puede formular a una criatura viviente es: «¿Qué te gusta?». Dime qué te gusta y te diré quién eres. Salgan a la calle y pregúntenle al primer hombre o mujer con el que se topen en qué consiste su «gusto» y, si responden con franqueza, habrán tenido acceso a su cuerpo y a su alma. «Usted, amigo, el de los harapos que anda haciendo eses, ¿qué le gusta?». «Una pipa y una botella de ginebra». Le conozco. «Usted, buena mujer, la que anda a pasitos rápidos y luce un sombrero impecable, ¿qué le gusta?». «Unos fogones limpios y una mesita de té limpia; y a mi marido a mi lado y un bebé al que amamantar». Bien, también la conozco a usted. «Tú, la niña del polo dorado y los ojos dulces, ¿qué te gusta?». «Mi canario y corretear entre los jacintos de madera». «Tú, chaval de manos sucias y frente baja, ¿qué te gusta?». «Asustar a los gorriones y jugar en la feria del pueblo». De acuerdo; ya los conocemos a todos. ¿Qué más necesitamos preguntarles?

«No es así», quizás responderán; «antes que aquello que les gusta, a estos adultos y niños necesitamos preguntarles qué hacen. Si lo que *hacen* está bien, no importará que les guste aquello que está mal; y si lo que hacen está mal, no importará que les guste lo que está bien. El hacer es lo primordial; y no importa que al hombre le guste beber, mientras que no beba; ni que a la niña le guste ser amable con su canario, si no va a aprender las lecciones; tampoco que al chaval le guste lanzar piedras a los gorriones, si luego acude a la escuela dominical». Ciertamente, por un corto período de tiempo y en un sentido provisional, esto es así. Puesto que, si las personas hacen con determinación lo que está bien, acaba por agradarles lo que hacen. Pero solo habrán alcanzado el estado moral correcto cuando *haya acabado* por gustarles hacerlo; mientras no les guste, seguirán en un estado negativo. El hombre que no deja de pensar en la botella que hay dentro del cajón carece de un cuerpo sano, por muy valientemente que soporte su sed; sí lo posee, en cambio, el hombre que disfruta de corazón al beberse un vaso de agua por las mañanas, y uno de vino por las tardes, todo en su justa media y a su debido tiempo. Y el objetivo último de toda educación verdadera radica en conseguir que las personas no se limiten a hacer lo correcto, sino a disfrutar de lo correcto: no que sean meramente diligentes, sino que amen la diligencia; no meramente formados, sino que amen el conocimiento; no meramente puros, sino que amen la pureza; no meramente justos, sino hambrientos y sedientos de justicia.

Con todo, ustedes pueden replicar o pensar: «¿Es el gusto por los ornamentos exteriores —por los cuadros, las estatuas, los muebles o la arquitectura— una cualidad moral?». Sí, no cabe la menor duda, siempre que el gusto se haya asentado con propiedad. Tener gusto por *cualquier* cuadro o estatua no es una cualidad moral, pero tenerlo por los buenos sí lo es. Aunque de nuevo nos enfrentamos a la necesidad de definir «bueno». Por «bueno» no entiendo una ejecución habilidosa —o instruida— o compleja. Tomemos un cuadro de Teniers que muestra a unos borrachos peleándose mientras juegan a los dados; es un cuadro absolutamente habilidoso; tanto que ningún motivo semejante se ha acercado a su excelencia; pero, al mismo tiempo, es un cuadro del todo vulgar y pernicioso. Supone una expresión de deleite en la contemplación prolongada de algo pernicioso, y deleite en el hecho de que sea una cualidad «sin modales» e «inmoral». Es de «mal gusto» en el más profundo

de los sentidos: es del gusto de los demonios. Por otro lado, un cuadro de Tiziano, o una estatua griega, o una moneda griega, o un paisaje de Turner, expresan deleite en la contemplación perpetua de algo bueno y perfecto. He aquí una cualidad enteramente moral: es del gusto de los ángeles. En lo que respecta a las bellas artes, y al amor que se les profesa, todo gira alrededor del hecho de amar aquello que se lo merece. Este merecimiento es la cualidad a la que llamamos «amorosidad» (deberíamos disponer de un antónimo, odiosidad, para designar a las cosas que merecen ser odiadas); y si amamos esto o lo otro no es una cuestión opcional o indiferente; es precisamente la función vital de todo nuestro ser. Lo que nos *gusta* determina lo que *somos*, y es el símbolo de lo que somos; y educar en el gusto implica inevitablemente formar el carácter.

El otro día, mientras rumiaba acerca de esto caminando por Fleet Street, mis ojos se detuvieron en el título de un libro que yacía abierto en el escaparate de una librería. Era *Sobre la necesidad de difundir el gusto entre todas las clases*. «Ah», pensé para mis adentros, «amigo clasificador, una vez hayas difundido tu gusto, ¿dónde estarán tus clases? Considero que el hombre al que le gusta lo mismo que a ti pertenece a tu misma clase. Resulta inevitable. Puedes ponerlo a realizar otras labores si así lo deseas; pero, dadas las condiciones a las que le habrás arrojado, desdeñará esa labor tanto como lo harías tú. Coge a un cartonero o a un vendedor callejero de frutas y verduras, lector del Newgate Calendar y que en cuestiones musicales se decanta por «Pop goes the Weasel». ¿Crees que vas a conseguir que le guste Dante y Beethoven? Deseo que las lecciones te procuren alegría; ahora bien, si lo consigues, habrás hecho de él un caballero: no deseará regresar a su puesto».

Tan absoluto y sin excepciones resulta esto que, si dispusiera de tiempo esta noche, podría mostrarles que una nación no puede verse afectada por ningún vicio o debilidad sin expresarlo, de forma evidente y para siempre, a través del mal arte o de la carencia del mismo; y que no hay virtud nacional, sea grande o pequeña, que no se exprese de forma manifiesta en todo aquel arte que las circunstancias permitan a las gentes poseedoras de tal virtud producir. Tomemos, por ejemplo, esa gran virtud inglesa compuesta de un coraje imperecedero y paciente. Inglaterra cuenta en el presente con un solo arte que dé resultados, véase, el trabajo con el hierro. Saben al dedillo cómo fundir y golpear el hierro. Ahora bien, ¿acaso no creen que en esas masas de

lava con las que construyen conos volcánicos para ser fundidos, los cuales forjan en las bocas de infiernos creados por ustedes; y también en esas planchas de hierro no están grabados por toda la eternidad su coraje y perdurabilidad, no solo con una pluma de hierro sino con un pergamino de hierro? Y tomemos asimismo ese gran vicio inglés —vicio europeo, vicio del mundo, vicio de todos esos mundos que dan vueltas o brillan en el firmamento, si bien arrastran con ellos la atmósfera del infierno—, el vicio de los celos, que trae rivalidad a su comercio, traición a sus comités y deshonor a sus guerras, ese vicio que les ha imposibilitado a ustedes, y a su nación más vecina, desarrollar las ocupaciones más mundanas sin llevar las mallas sobre el pecho y la espada suelta en su vaina; de manera que, al final, han dejado patente a las multitudes que conforman las así llamadas dos grandes civilizaciones sobre la Tierra, les han dejado patente, digo, en persona o por medio de actos, lo que antaño solo fue cierto de los rudos jinetes que recorrían sus colinas de Cheviot.

Trinchaban la carne
con guantes de acero.
Y bebían el vino por la ranura de sus cascos.

¿Piensan que esta vergüenza nacional y ruindad del corazón no están grabadas en cada remache de su armadura de hierro con la misma fuerza que aplicaron sobre ellas las manos diestras que las forjaron?

Amigos, no sé si esto es más absurdo que melancólico. Es ambas cosas de forma bastante terrible. Supongamos que, en vez de haber sido convocado por ustedes, lo hubiera sido por un caballero a título personal, residente en una casa a las afueras, cuyo jardín solo estuviera separado del de su vecino por un muro lleno de frutos; y que me hubiera llamado con el objetivo de pedirme consejo para amueblar su salón. Comienzo por mirar a mi alrededor y noto que las paredes están muy desnudas; barrunto que este o aquel papel podrían resultar favorables; quizás algún pequeño fresco dispuesto aquí y allá por el techo, una cortina de damasco o similar en las ventanas. «Ah», dice mi empleador, «cortinas de damasco, ¡ciertamente! Una gran idea, pero, ¿sabe usted?, en estos momentos ¡no puedo permitirme semejante dispendio!». «Pero si a ojos de la gente usted goza de unos ingresos fenomenales!». «Ah, sí» dice mi amigo, «pero, ¿sabe usted?, en

este preciso momento me veo forzado a invertir casi todo en la adquisición de trampas de acero». «¿Trampas de acero? ¿Destinadas a quién?». «Bueno, ya sabe, a ese individuo al otro lado del muro: somos muy buenos amigos, muy cercanos; pero nos vemos obligados a desplegar nuestras trampas a ambos lados del muro; sin ellas y sin nuestras escopetas nos resultaría imposible mantenernos en términos amistosos. Lo peor de todo es que ambos somos igual de astutos; no hay día en que no demos con un nuevo modelo de trampa o de arma u otra cosa; cada uno nos gastamos unos quince millones de libras anuales en todo ello; ¡y no veo la manera de poder pasar con menos!». ¡Una forma de vida particularmente cómica para dos caballeros! Pero, tratándose de dos naciones, entiendo que no resulta tan cómica. Quizás Bedlam se antojaría cómica si solo hubiera un loco en ella; y una pantomima navideña resulta cómica cuando solo la protagoniza un payaso; pero cuando es todo el mundo el que se apayasa, pintándose a sí mismo de rojo con la sangre de su corazón en vez de con bermellón, considero que el asunto ya no es cómico.

Me consta que una generosa parte de esto no es más que un juego al que se prestan voluntariamente. No saben adónde ir en busca de nuevas sensaciones: la caza del zorro y el cricket no les bastarán de cara a atravesar esta insoportablemente larga existencia mortal; cuando iban a la escuela les gustaban las pistolas de juguete, y los rifles y los Armstrong no son más que versiones mejoradas de las mismas: con todo, lo más grave del asunto es que, aquello que para ustedes de niños era un juego, para los gorriones no lo era; y lo que hoy es un juego para ustedes no lo es para esos Estados que son aves delicadas; y, si no ando errado, a la hora de apuntar contra las águilas negras se muestran algo tímidos.

De todos modos, volveré sobre el asunto. Sin necesidad de recurrir a más ejemplos créanme que podría mostrarles cómo, en cada momento histórico, los vicios y virtudes de toda nación han quedado grabados en su arte: los ejércitos de la Grecia temprana; la sensualidad de la Italia tardía; la visionaria religión de la Toscana; la esplendorosa energía humana de Venecia. No tengo tiempo de hacerlo esta noche (con anterioridad sí lo hice en otros lugares); mas voy a proceder a aplicar el principio sobre nosotros de una forma más incisiva.

He notado que los nuevos edificios, que ocupan el lugar donde antaño se elevaban sus colinas salvajes, iglesias y escuelas, se entremezclan en amplia

proporción con sus molinos y mansiones; y he notado también que las iglesias y las escuelas son casi siempre góticas, mientras que las mansiones y los molinos jamás lo son. ¿Estoy autorizado a preguntar el motivo de ello? Porque no olvidemos que se trata de un fenómeno específicamente moderno. Cuando el gótico fue inventado, las casas y las iglesias eran góticas; y cuando el estilo italiano reemplazó al gótico, unas y otras fueron italianas. Si hay una aguja gótica en la catedral de Amberes, hay un campanario gótico en el Ayuntamiento de Bruselas; si Inigo Jones construye un Whitehall italiano, sir Christopher Wren construye un St Paul italiano. Pero ahora viven bajo una escuela de arquitectura y oran bajo otra. ¿Qué están haciendo? ¿Debo entender que planean volver a la arquitectura gótica; y que experimentan con sus iglesias dado que no importa los errores que puedan cometer con ellas? ¿O debo entender que consideran el gótico un modelo de edificio preeminentemente sagrado y bello, y que, al modo del buen incienso, debe mezclarse exclusivamente en el tabernáculo y reservarse para sus servicios religiosos? Si este es su parecer, por mucho que a primera vista pueda antojarse grácil y reverencial, en su raíz no significa otra cosa que han separado su religión de su vida.

Consideren la amplia resonancia de un acto de estas características; y recuerden que no son solo ustedes, sino todos los habitantes de Inglaterra, quienes están procediendo en estos momentos así.

Todos han adquirido el hábito de referirse a la iglesia como «la casa de Dios». De hecho, he podido observar cómo esta leyenda aparecía grabada sobre las puertas de muchas iglesias. «*Esta* es la casa del Señor y esta es la puerta del cielo». Reparemos ahora de dónde procede semejante leyenda y dónde fue empleada por primera vez. Un muchacho abandona la casa paterna para emprender un largo viaje a pie de cara a visitar a su tío: debe cruzar un árido desierto lleno de dunas; igual que si algún hijo de ustedes tuviera que atravesar los ondulados terrenos para llegar hasta un tío en Carlisle. Al segundo o tercer día, su chaval se encuentra en algún punto entre Hawes y Brough, en medio de los páramos y con el sol poniéndose. El terreno es pedregoso y cenagoso: esa noche no puede dar un paso más. De modo que se estira a dormir en Wharnside, en el mejor rincón que halla, reuniendo unas cuantas piedras con el fin de colocárselas bajo la cabeza; el enclave es tan salvaje que no hay otra cosa que piedras. Y ahí, yaciendo bajo la amplia noche, tiene un sueño; ve una escalera clavada a la tierra,

cuya parte superior se adentra en el cielo, y los ángeles del Señor ascienden y descienden por ella. Al despertar de su sueño, exclama: «Qué lugar más espantoso es este; a buen seguro que no puede tratarse más que de la casa del Señor y de la puerta del cielo». Prestemos atención, este LUGAR: no esta iglesia; no esta ciudad; no esta piedra, aunque decide convertirla en un monumento, el trozo de piedra donde reposó su cabeza. En vez de eso, este *lugar*; esta cuesta ventosa de Wharnside; ¡este páramo vacío, atravesado por torrentes y azotado por la nieve! *Cualquier* lugar al que Dios decida lanzar su escalera. ¿Y cómo puede uno saber cuál será ese lugar? ¿O cómo puede determinar uno dónde se hallará a menos que esté siempre preparado para él? ¿Acaso sabes dónde impactará el próximo rayo? Eso en parte *lo sabes*; puedes guiar al rayo, mas no puedes guiar el avance del Espíritu, que es ese rayo cuando brilla del este al oeste.

Sin embargo, la perpetua e insolente deformación de tan poderoso verso, de cara a servir a un simple propósito eclesiástico, no es más que uno entre los miles de ejemplos con los que nos hundimos de vuelta en el vulgar judaísmo. Llamamos «templos» a nuestras iglesias. Ahora bien, saben perfectamente que no son templos. Nunca tuvieron ni tendrán nada que ver con ellos. Son «sinagogas» —«lugares de reunión»— donde te reúnes en grupo al modo de una asamblea; y al no llamarlos así, de nuevo se les escapa la fuerza de otro texto poderoso: «Tú, en el momento del rezo, no debes actuar como lo hace el hipócrita; pues adora rezar de pie en su *iglesia*» [procederá una traducción] «de cara a ser vistos por los hombres. Pero tú, en el momento de rezar, entra en el cubículo y, cuando hayas cerrado la puerta, rézale a tu Señor»; esto es, no en el prebisterio ni en los pasillos, sino «en secreto».

Ahora, escuchando mis palabras, ustedes sienten —bien sé que es así— como si estuviera intentando desposeer a sus iglesias de su honor. No es el caso; estoy intentando demostrarles el honor de sus casas y sus colinas; no que la iglesia no sea sagrada sino que la Tierra por entera lo es. Quisiera que advirtieran qué pecado más irresponsable, constante e infeccioso se desprende de todas aquellas formas de pensamiento que, al considerar solo a las iglesias «sagradas», están tildando sus casas y hogares de «profanos»; y se han separado ustedes del hogar arrojando al conjunto de sus dioses protectores al suelo, en vez de reconocer, en todos los rincones donde

habitan los numerosos y frágiles Lares, la presencia del Señor Todopoderoso.

«¿Pero qué tiene que ver todo esto con nuestro edificio de la Bolsa?», me preguntan impacientes. Queridos amigos, tiene absolutamente todo que ver; de estas grandes cuestiones interiores dependen todas las pequeñas y exteriores; y si me han convocado aquí a hablarles impulsados por el interés que les ha despertado la lectura de alguno de mis trabajos, deben saber que todo cuanto he expuesto acerca de la arquitectura ha estado encaminado a mostrarlo. El libro que titulé *Las siete lámparas* buscaba ilustrar cómo determinados estados correctos en cuanto a la moral y al temperamento suponen los poderes mágicos bajo los cuales, sin excepción alguna, se ha desarrollado la buena arquitectura. De principio a fin a *Las piedras de Venecia* no lo movía otro propósito que indicar el modo en que la arquitectura gótica de Venecia ha brotado del estado de pureza de su fe nacional y de la virtud doméstica, lo que resulta visible en todos sus elementos; y que su arquitectura renacentista ha brotado de un estado de oculta infidelidad nacional y de la corrupción doméstica, lo que resulta visible en todos sus elementos. Y ahora me interrogan acerca de cuál es el estilo más conveniente en el que construir y, conociendo el significado de ambos, ¿cómo puedo responder si no es formulando otra pregunta? ¿Su intención es construir en tanto que cristianos o infieles? Y aún diré más, ¿en tanto que cristianos o infieles en el sentido más absoluto y confeso? No es de su agrado ser interpelados acerca de cuestiones tan groseras. No puedo evitarlo; se trata de cuestiones de mayor relevancia que este asunto del edificio de la Bolsa; y, si pueden ser respondidas al instante, el asunto del edificio de la Bolsa queda resuelto en un suspiro. Pero antes de presionarlos más, debo solicitarles permiso para explicarles con claridad un punto.

Los esfuerzos de mi anterior trabajo se han consagrado a mostrar que la buena arquitectura es esencialmente religiosa, el producto de individuos virtuosos y fieles, no infieles y corruptos. Sin embargo, durante el curso de esta labor, también he debido enseñar que la buena arquitectura no es *eclesiástica*. La gente se muestra tan dispuesta a considerar la religión un asunto del clero y no de sí misma que, en el momento en que oyen cualquier referencia a algo vinculado a la «religión», piensan que también debe estar vinculado al sacerdocio; y me he encontrado en la tesitura de tener que ocupar un lugar entre ambos errores y combatir ambos,

frecuentemente con aparente incoherencia. La buena arquitectura es una labor de gente buena y creyente; por lo tanto, dirán, o al menos algunos lo dicen, «La arquitectura debe haber sido esencialmente obra del clero, no del laico». No y mil veces no; la arquitectura siempre ha sido una labor de la gente común, no del *clero*. «Cómo», se preguntarán, «¿acaso los constructores de esas gloriosas catedrales —el orgullo de Europa— no alumbraron arquitectura gótica?». No; ellos corrompieron la arquitectura gótica. El gótico adquirió forma en el castillo del barón y la calle del burgués. Obtuvo su forma por medio de los pensamientos, las manos y los poderes de laboriosos ciudadanos y reyes combativos. Los monjes lo emplearon como herramienta para respaldar a su superstición; cuando tal superstición devino una bella locura, y los mejores corazones de Europa soñaron en vano y languidecieron en los claustros, y en vano arrasaron y perecieron en la cruzada, el gótico también alcanzó sus sueños más encantadores, fantásticos y, por último, ridículos, a través de esta furia hecha de fe pervertida y guerra dilapidada; y en esos sueños halló su perdición.

Confío en que se haya disipado ya el riesgo de que me malinterpreten al acercarme por fin al corazón de lo que quiero contarles esta noche, insistir en que toda gran arquitectura nacional ha sido resultado y exponente de una gran religión nacional. No puedes tener trozos diseminados por aquí y por allá, debes tenerla en todas partes o en ninguna. No es monopolio de una orden clerical, no es el exponente de un dogma teológico, no es escritura jeroglífica de un sacerdocio avanzado; es el viril lenguaje de individuos a los que inspira un propósito común y decidido, que despliegan una fidelidad resolutiva y común a las firmes leyes de un Dios incuestionable.

Hasta la fecha han existido tres escuelas distintivas de arquitectura europea. Digo europea porque la arquitectura asiática y africana pertenecen tan por completo a otras razas y ambientes que aquí no hay lugar para ellas; solo de pasada me limitaré a señalar que todo aquello que es bueno y grandioso en Egipto, Siria e India, lo es por los mismos motivos que convierten en buenos y grandiosos los edificios a este lado del Bósforo. Nosotros, los europeos, hemos contado pues con tres grandes religiones: la Griega, consistente en la adoración del Dios de la Sabiduría y el Poder; la Medieval, que adoraba al Dios del Juicio y el Consuelo; la Renacentista, volcada en la adoración del Dios del Orgullo y la Belleza: con las tres

hemos contado —ya forman parte del pasado— y ahora, por fin, los ingleses disponemos de una cuarta religión, así como de un Dios propio, sobre el cual les quiero interrogar. Antes, sin embargo, debo detenerme en estos tres dioses antiguos.

Repito, primero los griegos adoraron esencialmente al Dios de la Sabiduría; de tal forma que todo lo que se opusiera a su religión —un obstáculo para los judíos— los griegos lo consideraban Insensatez.

La idea primigenia de deidad para Grecia quedó expresada en una palabra, de la cual mantenemos un remanente en nuestros términos *«Di*-urno» y *«Di*-vino», el dios del Día, Júpiter el revelador. Atenea es su hija, aunque es especialmente hija del Intelecto, armada desde la cabeza. Solo gracias a la ayuda de recientes investigaciones hemos podido comenzar a profundizar en los significados ocultos bajo los símbolos de Atenea; pero puedo señalar rápido que su *aegis*, la túnica de serpenteantes flecos con la que suele aparecer representada en las mejores estatuas, envolviendo con ella su mano izquierda para defenderse mejor; y también el gorgón en su escudo son, sobre todo, muestras del espeluznante horror y tristeza (la conversión de hombres en piedras) detrás de las esferas más extremas y superficiales del conocimiento, el conocimiento que separa con amargura, dureza y pesar el corazón del hombre adulto del corazón del infante. Pues del conocimiento imperfecto florece el terror, la desavenencia, el peligro y el desprecio; pero del conocimiento perfecto, ofrecido por la reveladora absoluta que es Atenea, surge la fortaleza y la paz, en señal de lo cual aparece coronada con ramas de olivo y sosteniendo una lanza irresistible.

Esta era pues la concepción griega de la más pura deidad; y cada proceder en la vida y forma artística se desarrollaban a partir de la búsqueda de tan luminosa, serena e irrefrenable sabiduría; y el hombre se disponía a proceder con fortaleza y tino crecientes[9]; no impelido por afectos ardientes o esperanzas finales; sino con la energía que emana de una voluntad resuelta y consistente, consciente de que no existe consuelo para la derrota, ni remisión para el pecado. Y la arquitectura griega se alzó certera, brillante, claramente definida y autocontenida.

A continuación, Europa asistió a la fe cristiana, que supuso esencialmente la religión del Consuelo. Su doctrina principal consiste en la remisión de los pecados; por ello ocurre con excesiva frecuencia, en determinadas fases del cristianismo, que el pecado y la enfermedad son glorificados en sí mismos,

como si a más cosas de las que ser salvado, más divina fuera la curación. En términos artísticos el resultado práctico de esta doctrina es una prolongada contemplación del pecado y la enfermedad, y de estados imaginarios de purificación de estos; en consecuencia, obtenemos una arquitectura concebida en base a una mezcolanza de melancolía y aspiración, en parte severa, en parte exuberante, capaz de plegarse a todos nuestros caprichos y necesidades, mostrándose dura o blanda con nosotros de la misma forma que nosotros somos duros o blandos. De todas las arquitecturas es la más vulgar, cuando la construyen las gentes vulgares; de todas, la más noble si son los nobles quienes la construyen.

Y ahora percatémonos del hecho de que estas dos religiones —la griega y la medieval— perecieron como resultado de la falsedad contenida en sus mismos propósitos. La religión griega, basada en la Sabiduría, sucumbió objeto de una filosofía falsa, «las mal llamadas Oposiciones a la Ciencia». La religión medieval, sustentada en el Consuelo, pereció por un falso consuelo; en una remisión de consuelo servida con mentiras. Fue la venta de absoluciones lo que acabó con la fe medieval; y aún les diré más, será la venta de absoluciones lo que hasta el fin de los tiempos determinará la falsedad del cristianismo. El cristianismo puro brinda su remisión de pecados solo desde su *eliminación*; pero el cristianismo falso obtiene su remisión de pecados *emitiéndolos*. Y hay formas bien diversas de emitirlos. Nosotros los ingleses contamos con bonitos, discretos y pequeños métodos para agenciarnos absoluciones, ya sea de iglesias importantes o modestas, métodos mucho más astutos que cualquiera de las artimañas de Teztel.

En tercer lugar siguió la religión del Placer, con la que toda Europa se abandonó al lujo y desembocó en la muerte. Para empezar, *bals masqués* en cada salón y luego guillotinas en cada plaza. Y estos tres cultos oficiaban en vastos templos. Los griegos adoraban la sabiduría y les construyeron a ustedes el Partenón —el templo a la Virgen—. La gente del Medievo adoraba el Consuelo y también les construyeron a ustedes sus templos a la Virgen, si bien a Nuestra Señora de la salvación. Más tarde los Evangelistas adoraron un cierto tipo de belleza y les construyeron a ustedes Versalles y el Vaticano. Por último, ¿serían ahora capaces de indicarme qué es lo que *nosotros* adoramos? ¿Qué construimos?

Ya saben que en todo momento estamos hablando de un culto real, activo, continuo y nacional; aquel por el cual se conducen los hombres a lo

largo de la vida; no aquel sobre el cual hablan a la hora de la muerte. Ciertamente tenemos una religión nominal, que nos reclama diezmos de propiedad y horas de nuestra vida; pero también tenemos una religión seria y práctica, a la que consagramos la casi totalidad de nuestras capacidades y tiempo. Y discutimos de forma abundante sobre la religión nominal: pero todos nos mostramos unánimes acerca de la religión práctica; cuya divinidad rectora supongo que admitirán que puede definirse de forma genérica como «la Diosa del Provecho» o «la Britannia del Mercado». Los atenienses disponían de una «Atenea Agoraia», o Atenea del Mercado, pero era una divinidad de carácter secundario, mientras que nuestra Britannia Agoraia es la protagonista principal. Y, por descontado, todas las grandes obras arquitectónicas se erigen para ella. Ha transcurrido mucho tiempo desde la última vez que construyeron una gran catedral; y cómo se mofarían de mí si les propusiera construir una en la cima de una de estas colinas suyas, ¡y hacer de ella una Acrópolis! Sin embargo, sus montículos atravesados por líneas férreas se extienden más que los muros de Babilonia, sus estaciones de tren son más voluminosas que el templo de Éfeso, a la par que innumerables; sus chimeneas, ¡cuánto más majestuosas y costosas que las agujas de las catedrales! Sus muelles; sus almacenes; ¡sus edificios para la Bolsa!, todo ello se ha levantado en honor de su «Diosa del Provecho»; y ha dado forma, y continuará dándosela, a su arquitectura mientras no dejen de adorarla; y resultaría vano que me preguntaran cómo se debe construir para ella; a este respecto sus conocimientos son mucho más amplios que los míos.

Es sin duda posible que circulen algunas teorías que conciban la posibilidad de una buena arquitectura consagrada a la Bolsa; siempre, claro está, que existiese algún tipo de heroísmo en el acto de canjear dinero, uno que permitiera grabar, según es costumbre, alguna leyenda en el exterior del edificio. Pues ya saben que toda buena arquitectura debe adornarse con escultura o con pintura; y tanto para la una como para la otra necesitas de un motivo. Y, hasta la fecha, las naciones del mundo han compartido la opinión de que los únicos motivos pertinentes eran *heroísmos* de distinta naturaleza. Los griegos ponían a Hércules matando leones hasta en sus cacerolas y jarras, o a Apolo ajusticiando a serpientes, o a Baco dando muerte a gigantes melancólicos o a desalientos bien terrenales. Los griegos grababan en sus templos combates entre grandes guerreros, que estaban en

el origen de la fundación de naciones, o de dioses de espíritu maligno. Tanto en los hogares como en los templos, los cristianos colocaban esculturas de ángeles derrotando a demonios; o de heroicos mártires cambiando este mundo por otro, un tema inapropiado, supongo, para ilustrar el tipo de intercambios que aquí nos ocupan. Y el Maestro de los Cristianos no solo dejó a sus Seguidores sin pistas acerca de las esculturas que debían aparecer en el exterior de los edificios destinados a la Bolsa, sino que además dio muestras evidentes de su disgusto acerca de las operaciones de intercambio que acontecían de puertas adentro. Y, sin embargo, puede que asuntos de esta naturaleza encierren algún tipo de heroísmo; y todo comercio se convierta en una suerte de venta de palomas, para nada impío. Siempre me ha llamado poderosamente la atención el hecho de que jamás se haya pensado que el heroísmo deba guardar la menor relación con la práctica de surtir a la gente de alimentos, o ropa, sino más bien con despedazarlos a cambio de alimentos y con arrancarles la ropa. Destrozar una armadura ha significado en todas las épocas una hazaña heroica; pero vender ropa, vieja o nueva, nunca se ha coloreado con la menor magnanimidad. No obstante, resulta imposible entender por qué alimentar al hambriento y arropar al desnudo debería ser una tarea menor, aunque se practicase a gran escala. ¡Si estuviera al alcance de uno ingeniárselas para asociar estas tareas con el heroísmo del modo que fuese!, en el caso entonces de existir, allá donde fuere, una raza obstinada, reacia a ser consolada, ¡uno podría sentirse orgulloso de ofrecerles consuelo a la fuerza![10], e ingeniárselas, digamos, para «invadir un país» con ofrendas en el lugar de ejércitos. Si uno pudiera considerar victorias idénticas el labrar un terreno yermo que el arrasar un campo de trigo; ¡y competir por ver quién construye los pueblos en vez de por quién los «guía»! ¿Acaso tan serviciales hazañas no son susceptibles de ser concebidas como formas de heroísmo? ¿Albergan dudas sobre quién es más fuerte? ¿Debe dirimirse la cuestión empuñando una pala o una espada? ¿Qué opción es más sabia? Otros asuntos, amén de las campañas militares, exigen que en su planificación valoremos ángulos ingeniosos. ¿Quién es más valiente? Siempre debemos luchar contra los elementos, que son más poderosos que el hombre; y casi igual de inclementes.

El único elemento absoluta e incomparablemente heroico en la labor de un soldado parece ser que se le paga poco y de forma regular: mientras que

sus traficantes y agentes de cambio, así como otros implicados en negocios presumiblemente bondadosos, agradecen ser remunerados cuantiosamente y de forma azarosa. Nunca he acabado de entender cómo puede ser que un jinete errante no espere ser retribuido por sus molestias, mientras que un vendedor ambulante cuente por sistema con ello; que existan personas dispuestas a ser golpeadas con dureza a cambio de nada, pero que no existan personas dispuestas a malvender lacitos; gente preparada para embarcarse en fervientes cruzadas con el fin de recuperar la tumba de un dios enterrado, mas no para viajar con la intención de cumplir las órdenes de un ser vivo; que haya quien acudiría a cualquier lugar con los pies descalzos a proclamar su fe, pero requiere de buenos sobornos para practicarla, al tiempo que está perfectamente listo para difundir el Evangelio, aunque jamás los panes y los peces[11].

Si escogieran aplicar estos principios de la soldadesca; comerciar y alimentar a sus naciones por un salario fijo; y mostrarse tan atentos al repartir los mejores alimentos y ropas, como lo son a la hora de proveer a los soldados de la mejor pólvora; yo sería capaz de esculpir algo en su edificio de la Bolsa digno de ser contemplado. Pero, por el momento, solo puedo sugerir que decoren sus frisos con monederos colgantes; que se aseguren de que su pilares disponen de bases anchas con el fin de insertar los billetes. Y en sus más recónditas cámaras interiores podría erguirse una estatua de la Britannia del Mercado, la cual podría contar convenientemente con una perdiz por cresta, símbolo a un tiempo de su coraje al competir por ideas nobles y de su interés por el juego; y, alrededor de su cuello, lucir la siguiente inscripción en letras doradas, «Perdix fovit quae non peperit»[12]. Por lanza podría tener la varilla de un telar; y en su escudo, en lugar de la Cruz de San Jorge, el jabalí milanés, medio esquilado y en campo abierto, cerca del pertinente pueblo de Gennesaret; y la leyenda «En el mejor mercado»[13], y llevar el chaleco de su armadura, fabricado con cuero, plegado sobre su corazón en forma de monedero, con treinta hendiduras por las que introducir una moneda cada día del mes. Y no me cabe duda de que la gente acudiría a elogiar su edificio de la Bolsa y su diosa.

De todas maneras, quisiera señalarles algunas de las extrañas peculiaridades de esta diosa de ustedes. Difiere en dos aspectos esenciales de las grandes deidades de Grecia y el Medievo; primero, en lo tocante a la duración de su presunto poder; y segundo, a la extensión del mismo.

I. Primero fijémonos en su Duración.

La Diosa Griega de la Sabiduría ofrecía constantes aumentos de sabiduría, igual que el Espíritu Cristiano del Consuelo los ofrecía de consuelo. Con ellos no existía una cuestión de límites o de cesación de sus funciones. Pero con respecto a su Diosa del Ágora ese es justamente el asunto más relevante. Ir tirando, pero ¿en qué dirección? Reunirse, pero ¿con qué frecuencia? ¿Planean reunirse sin descanso mas nunca gastar? Si este es el caso, les deseo que disfruten de su diosa, porque yo soy igual de rico sin las molestias derivadas de tener que adorarla. Aunque en el caso de que ustedes no gasten, algún otro lo hará —algún otro deberá hacerlo—. Y es debido a esto (junto a otros muchos errores) por lo que yo he sostenido que sus así llamadas Ciencias Económicas no son ninguna ciencia: porque han obviado el estudio de la que es precisamente la rama más importante del negocio: el estudio del gasto. Porque gastar es un deber y, en última instancia, debe hacerse en la misma medida en que se gana. Uno recolecta maíz: ¿pretende enterrar a Inglaterra bajo pilas de grano; o, una vez lo haya reunido, se alimentará de él? Uno recolecta oro: ¿construirá los tejados de sus casas con él o lo usará para pavimentar sus calles? No deja de ser una forma de gastarlo. Ahora bien, si lo conservan de cara a obtener más, yo les daré más; les daré todo el oro que deseen, todo el que puedan imaginar, si saben decirme qué uso le darán. Pueden disponer de miles de piezas de oro; miles de miles. Millones, montañas de oro: ¿dónde lo guardarán? ¿Colocarán un Olimpo de plata sobre un Pelión dorado? ¿Convertirán Osa en una verruga? ¿Creen que en ese caso la lluvia y el rocío descenderán sobre ustedes, arrastrados por las corrientes procedentes de esos montes, más bendecidos que aquellos que descienden de las montañas de musgo y piedra que Dios ha hecho para su disfrute? ¡Pero no es oro lo que pretenden recopilar! ¿De qué se trata entonces? ¿Dólares? No; tampoco es eso. ¿Qué entonces cifras tras un YO en mayúsculas? ¡Acaso no pueden practicar la anotación de cifras y escribir tantas como deseen! Dediquen una hora cada mañana a anotar cifras en un libro bien grande y, cuando llegue la tarde, díganse hoy YO soy más merecedor de todos estos ceros de lo que lo era ayer. ¿No les bastará con esto? Entonces, por el amor de Pluto, ¿qué es lo que quieren? ¿No es el oro, no son los dólares, no son las cifras tras un YO en mayúsculas? Después de todo, su respuesta tendrá que ser, «No; lo que deseamos, de una manera u otra, es aquello digno de nuestro dinero. Bien,

¿y eso qué es? Dejen que su Diosa del Ir Tirando lo descubra y aprenda a mantenerse ahí.

II. Sin embargo, existe otra cuestión sobre la que preguntarnos en torno a la Diosa del Ir Tirando. La primera era la duración de su poder; la segunda es su extensión.

Se entendía que Palas y Madonna debían representar a todas las Palas y Madonnas del mundo. Podían aleccionar y consolar a todos. Pero céntrense estrictamente en la naturaleza de los poderes de su Diosa del Ir Tirando; así descubrirán que ella no es la diosa de todos, sino de aquellos que van tirando. He aquí una distinción vital o mejor decir mortal. Confróntenlo con el estado ideal de la vida nacional que esta Diosa está llamada a evocar y mantener. La última vez que estuve aquí les pregunté cuál era; jamás me lo han dicho. Bien, ¿debería intentar decírselo yo?

Creo que su ideal acerca de la vida humana es uno que debería difundirse por un mundo agradable y ondulado, rebosante de acero y carbón bajo su superficie. En cada banco agradable de este mundo debería haber una bella mansión, provista de dos alas; y establos, y cocheras; un parque de dimensiones moderadas; un extenso jardín con invernaderos; y encantadores caminitos para los carruajes flanqueados por matorrales. En estas mansiones deberían vivir los creyentes favoritos de la Diosa; el *gentleman* inglés, con su atenta mujer y su bella familia; él siempre dispuesto a proveer a su mujer de un tocador y de joyas, a sus hijas de encandiladores vestidos de fiesta, a sus hijos de cacerías, y a sí mismo de prácticas de tiro en las Highlands. En las faldas del banco debería haber un molino; de una longitud no menor de un cuarto de milla, con un motor a vapor a cada extremo, y dos en el medio, y una chimenea de trescientos pies de altura. En este molino deberían trabajar sin descanso entre ochocientos y mil empleados, que no bebieran ni gota, jamás hicieran huelga, no faltaran un solo domingo a la Iglesia y siempre se expresarán con corrección.

¿No supone todo esto, a rasgos generales y en lo esencial, aquello que se han propuesto a sí mismos? Visto desde las alturas, es ciertamente bonito; desde abajo, no lo es tanto. Pues observen que, mientras para una familia esta deidad es sin duda la Diosa del Ir Tirando, para otras mil es la de *no* Ir Tirando. «Para nada», dicen ustedes, «todas contaron con su oportunidad». Sí, al igual que todos los que jugaron a la lotería, lo que no quita que esta siempre deba arrojar el mismo número de perdedores. «Ah, pero en la

lotería ¡no es la habilidad ni la inteligencia las que están al mando, es una cuestión de suerte ciega!». Así pues, ¿creen que el viejo dicho de que «deben aceptar a los que detentan el poder y quedarse con los capaces» es menos perverso cuando el poder se ha convertido en una cuestión de cerebro y no de puños? ¿Y que, si bien no podemos sacar provecho de la debilidad de un niño ni de una mujer, sí podemos de la estupidez de un hombre? «No, es que, al final, alguien debe hacer el trabajo y unos han de estar arriba y otros abajo». Concedido, amigos míos. El trabajo siempre existirá, igual que los capitanes del mismo; si ustedes recuerdan en lo más mínimo el tono de cualquiera de mis escritos, estarán al corriente de que se considera que no encajan con esta época, porque no cesan de insistir en la necesidad de un gobierno, así como de hablar con desprecio de la libertad. No obstante, les ruego que reparen en que existe una gran diferencia entre ser capitanes o gobernadores del trabajo y agenciarse sus beneficios. Del hecho de que seas el general de un ejército no se desprende que para ti deba ser todo el botín o la tierra que aquél consiga (si es que lucha por tesoros o por tierras); tampoco que dilapides el conjunto de los beneficios derivados del trabajo de una nación por el hecho de que seas el rey. Por el contrario, el buen monarca destaca invariablemente por apuntar en la dirección opuesta, por quedarse para sí la menor cantidad posible de lo producido por el trabajo de la nación. No hay prueba más infalible de la autentica valía de un rey que esa. ¿La criatura con una corona vive con sencillez, valor y sin ostentación? Probablemente sea un rey. ¿Cubre su cuerpo de joyas y su mesa de manjares? Con toda probabilidad *no* es un rey. Quizás lo sea, siguiendo el ejemplo de Salomón, pero en ese supuesto será la nación la que habrá decidido compartir con él su esplendor. Salomón producía oro, pero no solo para que fuera piedra en su palacio, sino también en Jerusalén. De todos modos, la mayoría de estos espléndidos reinos expiran en ruinas, y únicamente los verdaderos reinos viven, aquellos donde los trabajadores del rey gobiernan sobre los trabajadores reales; donde ambos, pese a llevar existencias arduas, establecen las dinastías genuinas. En conclusión encontrarán que ser el rey de una nación no significa que deba apropiarse de toda su riqueza; tampoco que el ser monarca de una pequeña parte de una nación, y mandar sobre sus medios de producción —sobre los campos, o los molinos, o las minas—, faculte para arramblar con el producto de esa porción de los cimientos que conforman la existencia de la nación.

Me dirán que no necesito sermonear acerca de estos asuntos por cuanto no está en mi mano enmendarlos. No, buenos amigos, no me es posible; pero ustedes sí pueden y así lo harán; o alguna otra cosa puede y así lo hará. Incluso las cosas buenas carecen del poder de la permanencia, ¿y deberían pues estas cosas malas persistir en su malévola victoria? Por el contrario, el conjunto de la historia nos enseña que eso es exactamente lo que jamás pueden hacer. El cambio *debe* llegar; pero nos compete a nosotros determinar si va a ser un cambio de crecimiento, o un cambio de muerte. ¿Debe el Partenón ser unas ruinas sobre unas rocas igual que lo es la abadía de Bolton sobre una pradera, pero en cambio estos molinos de ustedes ser la consumación de los edificios de la tierra, y sus ruedas ser las ruedas de la eternidad? ¿Creen en aquello de «el hombre nace y el hombre muere» mientras que los molinos se quedan para siempre? No es así; a partir de aquí llegará algo mejor o algo peor; y recae en ustedes decidir qué será.

Me consta que todos estos errores no se cometen de forma deliberada. Al contrario, sé que les desean el bien a sus trabajadores; que hacen mucho por ellos, y que desean hacer aún más por ellos, siempre que hallen un camino seguro para alcanzar semejante benevolencia. Sé incluso que todas estas equivocaciones y miserias son el resultado de un retorcido sentido del deber, con cada uno de ustedes esforzándose por hacerlo lo mejor posible; pero, desgraciadamente, sin saber a quién debe destinarse todo este bien. Y todos nuestros corazones se han visto traicionados por la verosímil impiedad del economista moderno diciéndonos: «Hacer lo mejor para nosotros mismos supone, al final, hacer lo mejor para los otros». Amigos, nuestro gran maestro no lo dijo; y de forma absoluta debemos ver que este mundo no funciona así. Ciertamente, hacer lo mejor para los otros es, al final, hacer lo mejor para nosotros; pero no bastará con tener los ojos fijos en este objetivo. Los Paganos han ido más allá. Escuchen lo que un Pagano tiene que decir sobre el asunto; escuchen las que seguramente fueron las últimas palabras de Platón —si no fueron las últimas que dejó por escrito (eso nos resulta imposible saberlo), no hay duda que sí fueron al menos aquellas con las que partió—, palabras con las que, buscando coronar y hallar un armonioso cierre a todos sus pensamientos, expresándolos en una sola frase concedida por el Gran Espíritu, sus fuerzas y su corazón le fallaron, y las palabras cesaron, rotas para siempre.

Se hallan al final del diálogo titulado *Critias* en el que describe, en parte bebiendo de una tradición de base real y en parte de un sueño ideal, el estado temprano de Atenas; y el génesis, el orden y la religión de la legendaria isla de la Atlántida; en cuya génesis concibe la misma perfección inicial y decadencia última del hombre, las cuales, a su vez, encontramos reflejadas en nuestra propia tradición de las Escrituras, cuando estas indican que los hijos de Dios contrajeron matrimonio con las hijas de los hombres, ya que él supone que la raza original fue la de los hijos de Dios; habiéndose luego corrompido, hasta que «su lugar dejó de ser el lugar de sus hijos». Y esto, nos dice, supuso el fin; que ciertamente «a través de muchas generaciones, mientras la naturaleza divina dentro de ellos se mantuvo por entero, mostrándose sumisos a las leyes sagradas, y dirigiéndose amorosamente hacia todo aquello que en ellos imitaba lo divino; pues su espíritu máximo era fiel y auténtico, y grande por todos los lados; de manera que, *en la humildad que otorga la sabiduría, trataban los unos con los otros*; y encaraban todos los riesgos de la vida; y, despreciándolo todo excepto la virtud, se preocupaban poco por el día a día, y *llevaban con ligereza las cargas* del oro y de las posesiones; pues veían que, *solo si crecían el amor y la virtud comunes, el resto de cosas crecerían a partir de ellas*; mas conceder valor y fijar su ardiente búsqueda en las posesiones materiales supondría perder lo primero, y con ello su virtud y su afecto. Y mediante este razonamiento, sobre cuánta de la naturaleza divina permanecía en ellos, obtuvieron toda esa grandeza a la que nos hemos referido; pero cuando la parte que de Dios había en ellos palideció hasta extinguirse, víctima de mezclas constantes, borrada por la prevaleciente mortalidad; y la naturaleza humana finalmente los rebasó, se descubrieron incapaces de soportar el curso de la fortuna; y cayeron en vidas amorfas, y en vileza en presencia de aquel que sí podía ver, habiendo perdido todo de cuanto podía presumir su honor; mientras que a los corazones ciegos, incapaces de discernir la vida auténtica, aquella tendente a la felicidad, creían ser entonces nobles y felices, llenos como estaban de toda la iniquidad que desprenden el poder y las posesiones desorbitadas. Con lo cual, el Dios de Dioses, aquel cuyo Reino radica en las leyes, observando la antaño justa nación arrojada a la miseria, y deseando imponerles castigos que los condujeran al arrepentimiento y al refrenamiento, reunió a todos los dioses en su morada, aquella que situada en el centro del cielo preside sobre

todo aquello que forma parte de la creación; y habiéndolos reunido, les dijo».

El resto es silencio. Las últimas palabras pronunciadas por el sabio supremo de los paganos acerca del ídolo de los ricos; este ídolo de ustedes; este icono dorado, de una altura incontable en codos, emplazado allá donde sus verdes prados de Inglaterra son horneados hasta parecerse a las llanuras del Dura: ese ídolo, a nosotros prohibido en primer lugar por nuestro propio Maestro y nuestra fe; a nosotros prohibido también por cada uno de los labios humanos que alguna vez, en cualquier época o por cualquier colectivo, ha sido señalado como capaz de hablar de acuerdo a los propósitos de Dios. Continúen haciendo de esa deidad prohibida su referente y pronto no quedará más arte, ni ciencia, ni será posible más placer. Se desencadenará una catástrofe; o, peor que una catástrofe, nos marchitaremos y descompondremos en dirección al Hades. Pero si son capaces de establecer una forma de vida genuinamente humana, por la que merezca la pena luchar, una vida igual de buena para ustedes que para todos los hombres; si pueden determinar un orden existencial que resulte honesto y sencillo; avanzando por horadados caminos de sabiduría, que traen la amabilidad, buscando sus senderos tranquilos y apartados, que traen la paz[14]; entonces, habiendo santificado la riqueza como «riqueza común», todo su arte, su literatura, sus desempeños diarios, sus afectos domésticos y sus deberes ciudadanos se unirán y crecerán en gloriosa armonía. Alcanzado este momento, sabrán de sobra cómo construir; construirán bien con piedra, pero aún mejor con carne; templos que no serán obra de manos sino que estarán remachados con corazones; y ciertamente este tipo de mármol, nervado de carmesí, es eterno.

Notas

[1] ¡Por supuesto que no! Jamás he oído hablar de palabras más malgastadas que las empleadas por mí a lo largo de la vida, ni de cebo arrojado sobre aguas más turbias. Este párrafo que cierra el capítulo sexto me parece el mejor del libro, y también el más superficial (1880).

[2] 1 2, Pedro iii, 5-7.

[3] En su mayor parte «Educación» moderna significa darle a la gente la facultad de pensar erróneamente acerca de cualquier asunto concebible que le resulte importante.

[4] Desde que esto fue escrito, la respuesta ha pasado a ser, definitivamente, «No, nos hemos rendido a las naciones continentales en el campo de los descubrimientos árticos, al ser demasiado pobres para costearnos barcos».

[5] Quería decir que los lugares bellos del mundo —Suiza, Italia, el sur de Alemania y demás— son ciertamente las catedrales más auténticas —lugares en los que reverenciar y adorar—; y que solo nos interesa atravesarlos, así como comer y beber en sus puntos más sagrados.

[6] Hace algunos años, me impresionó de forma especial descubrir que la costa del río a la altura de Richmond, en Yorkshire, tenía la tierra negra a resultas del aire impregnado de hollín que había soplado hasta ahí procedente de lugares situados a muchas millas.

[7] La abreviatura del castigo infligido por un trabajo inútil coincide curiosamente en su forma verbal con un pasaje concreto que alguno de nosotros posiblemente recordemos. Quizás sea buena idea que, junto a este párrafo, preservemos otro recorte salido de mi cajón, extraído del Morning Post, con fecha cercana, del 10 de marzo de 1865: «Los salons de Mme. C., que hicieron los honores imitando con astucia la gracia y la elegancia, se vieron abarrotados con príncipes, duques, marqueses y condes; de hecho, con la misma compañía masculina que uno se encuentra en las fiestas del príncipe Metternich y Madame Drouryon de Lluhys. Algunos pares ingleses y miembros del Parlamento estuvieron presentes, y dieron muestras de disfrutar de una escena tan impropia en su animación y esplendor. En el segundo piso las mesas de la cena estaban repletas de todo tipo de manjares de temporada. Con el propósito de que sus lectores puedan hacerse una idea del refinamiento que alcanzaron estos alimentos de un mundo cuasi parisino, les reproduciré el menú de la cena que se sirvió a todos los invitados (unos 200) a las cuatro en punto. Yquem Gran Reserva, Johannisberg, Laffitte, Tokay y champán de las mejores añadas fueron servidos de forma espléndida a lo largo de toda la mañana. Después de la cena, se retomó el baile con animación creciente, y la fiesta concluyó con una chaîne diabolique y un cancan d´enfer a las siete de la mañana. (Servicio matinal: «Al poco brotaron los frescos pastos, bajo los párpados abiertos del Amanecer»). Aquí sigue el menú: «Consommé de volaille à la Bagration: 16 hors-d´oeuvres variés. Bouchées à la Talleyrand. Saumon froid, sauce Ravigote. Filets de boeuf en Bellevue, timbales milanaises, chaudfroid de gibier. Dindes truffées. Pâtés de foie gras, buissons d´écrevisses, salades vénétiennes, gelées blanches aux fruits, gâteaux mancini, parisiens et parisiennes. Fromages glacés. Ananas. Dessert».

[8] Por favor, presten atención a esta declaración, y reflexionen sobre ella, consideren cómo puede ser que una mujer mayor y pobre sienta vergüenza de aceptarle a su país un chelín a la semana mientras que nadie se avergüenza de recibir una pensión de mil al año.

[9] Supone un error asumir que el culto en Grecia, o su principal búsqueda, radicaba en la belleza. Esencialmente consistía en la rectitud y en la fuerza, basadas ambas en la reflexión: la belleza no es el gran protagonista del arte griego, sino el diseño: y el culto a Apolo de los dorios y el culto a la

Virgen de los atenienses son ambos expresiones de adoración de la sabiduría y la pureza divinas. En términos de poder sobre la mente nacional, a estas grandes deidades les siguen Dionisios y Ceres, los proveedores de fuerza humana y de vida; luego, si buscamos ejemplos de héroes, encontramos a Hércules. Entre los griegos no existía el culto a Venus durante las épocas de prosperidad; y las Musas son esencialmente maestras de la Verdad y de sus armonías.

[10] Todo esto resulta bastante serio, aunque se lee como si fuera una broma. [1873]

[11] Por favor, reflexionen sobre este párrafo, breve en exceso y formulado de manera antitética, pero uno de los que me siento más feliz de haber escrito. [1873]

[12] Jeremías, 17,2, (mejor en la Septuaginta y en la Vulgata), «Igual que la perdiz, criando lo que de ella no salió, aquel que obtiene riquezas, no por legítimo derecho, debe abandonarlas llegado a la mitad de sus días, y al final se demostró un idiota».

[13] Cuyo significado completo es: «A ello hemos traído nuestros cerdos». [1873]

[14] Me imagino que el cántico hebreo solo pretende una repetición apasionada, no una distinción de una naturaleza tan imaginativa; aunque podemos hacerla para nuestro provecho al leerla en inglés.

Notas del traductor

(1) «Con confianza emanadas del corazón / Johannes Mooter y Maria Rubi / esta casa han construido. Nuestro querido Dios nos protegerá / de todo infortunio y peligro. / Y que yerga bendecida / durante este trayecto, a través de tiempos pesarosos, / hasta el Paraíso en el cielo / donde moran todas las buenas personas, / allá Dios los recompensará / con la corona de la paz / por toda la eternidad». *[N. del T.]*

(2) La palabra *damn* en inglés significa «maldecir» o «condenar». *[N. del T.]*

(3) El autor juega con el término *workhouse* (hospicio) y el verbo *to work* (trabajar). *[N. del T.]*

Notas de la conversión

Por imposibilidad técnica han sido sustituidos algunos caracteres que podrían no mostrarse correctamente en algunos dispositivos.

{1} καταδικάζω

Título original: *The Lamp of Memory*
© De la traducción: Antonio Lozano
© De esta edición:
2014, Santillana Ediciones Generales, S. L.
Avenida de los Artesanos, 6
28760 Tres Cantos - Madrid
Teléfono 91 744 90 60
Telefax 91 744 92 24
www.editorialtaurus.com/es/greatideas

Esta obra pertenece a la serie Great Ideas, publicada originalmente en inglés en Gran Bretaña por Penguin Books Ltd.

ISBN ebook: 978-84-306-1666-4
Diseño original de cubierta: David Pearson
Conversión ebook: Arca Edinet S. L.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Taurus es un sello editorial del Grupo Santillana

www.editorialtaurus.com

Argentina
www.editorialtaurus.com/ar
Av. Leandro N. Alem, 720
C 1001 AAP Buenos Aires
Tel. (54 11) 41 19 50 00
Fax (54 11) 41 19 50 21

Bolivia
www.editorialtaurus.com/bo
Calacoto, calle 13, n° 8078
La Paz
Tel. (591 2) 277 42 42
Fax (591 2) 277 10 56

Chile
www.editorialtaurus.com/cl
Dr. Aníbal Ariztía, 1444
Providencia
Santiago de Chile
Tel. (56 2) 384 30 00
Fax (56 2) 384 30 60

Colombia
www.editorialtaurus.com/co
Carrera 11A, nº 98-50, oficina 501
Bogotá DC
Tel. (571) 705 77 77

Costa Rica
www.editorialtaurus.com/cas
La Uruca

Del Edificio de Aviación Civil 200 metros Oeste
San José de Costa Rica
Tel. (506) 22 20 42 42 y 25 20 05 05
Fax (506) 22 20 13 20

Ecuador
www.editorialtaurus.com/ec
Avda. Eloy Alfaro, N 33-347 y Avda. 6 de Diciembre
Quito
Tel. (593 2) 244 66 56
Fax (593 2) 244 87 91

El Salvador
www.editorialtaurus.com/can
Siemens, 51
Zona Industrial Santa Elena
Antiguo Cuscatlán - La Libertad
Tel. (503) 2 505 89 y 2 289 89 20
Fax (503) 2 278 60 66

España
www.editorialtaurus.com/es
Avenida de los Artesanos, 6
28760 Tres Cantos - Madrid
Tel. (34 91) 744 90 60
Fax (34 91) 744 92 24

Estados Unidos
www.editorialtaurus.com/us
2023 N.W. 84th Avenue
Miami, FL 33122
Tel. (1 305) 591 95 22 y 591 22 32
Fax (1 305) 591 91 45

Guatemala
www.editorialtaurus.com/can

26 avenida 2-20
Zona nº 14
Guatemala CA
Tel. (502) 24 29 43 00
Fax (502) 24 29 43 03

Honduras
www.editorialtaurus.com/can
Colonia Tepeyac Contigua a Banco Cuscatlán
Frente Iglesia Adventista del Séptimo Día, Casa 1626
Boulevard Juan Pablo Segundo
Tegucigalpa, M. D. C.
Tel. (504) 239 98 84

México
www.editorialtaurus.com/mx
Avenida Río Mixcoac, 274
Colonia Acacias
03240 Benito Juárez
México D. F.
Tel. (52 5) 554 20 75 30
Fax (52 5) 556 01 10 67

Panamá
www.editorialtaurus.com/cas
Vía Transísmica, Urb. Industrial Orillac,
Calle segunda, local 9
Ciudad de Panamá
Tel. (507) 261 29 95

Paraguay
www.editorialtaurus.com/py
Avda. Venezuela, 276,
entre Mariscal López y España
Asunción
Tel./fax (595 21) 213 294 y 214 983

Perú
www.editorialtaurus.com/pe
Avda. Primavera 2160
Santiago de Surco
Lima 33
Tel. (51 1) 313 40 00
Fax (51 1) 313 40 01

Puerto Rico
www.editorialtaurus.com/mx
Avda. Roosevelt, 1506
Guaynabo 00968
Tel. (1 787) 781 98 00
Fax (1 787) 783 12 62

República Dominicana
www.editorialtaurus.com/do
Juan Sánchez Ramírez, 9
Gazcue
Santo Domingo R.D.
Tel. (1809) 682 13 82
Fax (1809) 689 10 22

Uruguay
www.editorialtaurus.com/uy
Juan Manuel Blanes 1132
11200 Montevideo
Tel. (598 2) 410 73 42
Fax (598 2) 410 86 83

Venezuela
www.editorialtaurus.com/ve
Avda. Rómulo Gallegos
Edificio Zulia, 1º
Boleita Norte
Caracas

Tel. (58 212) 235 30 33
Fax (58 212) 239 10 51